MENSAJE

1556 - 1956

CUARTO CENTENARIO

DE LA MUERTE DE

SAN IGNACIO DE LOYOLA

MENSAJE

SEPTIEMBRE - OCTUBRE 1956 - VOL. V - N.° 52 - 53

DIRECCION:
Alonso Ovalle 1452 — Casilla 597
Fono 83226 — Santiago de Chile

DIRECTOR-FUNDADOR
(†) *R. P. Alberto Hurtado Cruchaga*, S. I.

DIRECTOR
José Aldunate Lyon, S. I.

SUSCRIPCION ANUAL:

Ordinaria.....	$ 800
De bienhechor....	5 000
para el extranjero.....	$ 3 USC.
para el extranjero (por vía aérea).....	$ 6 USC.

SUMARIO:

Página

EL CABALLERO DE DIOS, por Mons. Manuel Larraín E. ... 289
NOTAS SOBRE LA VIDA Y MUERTE DE SAN IGNACIO, por el Dr. Gregorio Marañón..... 291
DATOS BIOGRAFICOS DE SAN IGNACIO..... 296
INSTRUMENTOS EN MANOS DE DIOS, por Julio Jiménez B., S. I. 298
LOS EJERCICIOS ESPIRITUALES DE SAN IGNACIO, por Mons. Alfredo Silva S. 315
ESPIRITUALIDAD DE ACCION, por José Correa V., S. I. 321
LA PRIMERA CONQUISTA DE SAN IGNACIO, por Raimundo Larraín Y., S. I. 327
DOS RETRATOS.... 333
SAN IGNACIO Y EL ESPIRITU DE LA RESTAURACION CATOLICA, por Silvestre Stenger, O. S. B. 335
PERSECUCION, por Carlos Aldunate L., S. I. 339
LA COMPAÑIA DE JESUS Y EL ARTE, por el Pbro. Enrique Pascal..... 344
LA INFLUENCIA DE SAN IGNACIO EN LA EDUCACION, por Jorge González F., S. I. .. 352
LOS JESUITAS Y LAS MISIONES, por José I. Cifuentes G., S. I. 356
EL P. ENRIQUE HERAS, por Juan Correia-Afonso, S. I. 366
EL P. FERNANDO VIVES SOLAR, por Mons. Oscar Larson..... 369
RECUERDOS DEL P. ALBERTO HURTADO, por Andrés Cox B., S. I. 374
ORIENTACION BIBLIOGRAFICA SOBRE SAN IGNACIO Y SU OBRA, LA COMPAÑIA DE JESUS 379
DOCUMENTOS: *Pío XII y el Cuarto Centenario de San Ignacio*..... 382

Correspondencia con los Lectores

M. Z.: "Me ha llamado particularmente la atención el discurso del Papa sobre "La Mujer en la Vida Social y Política", que ustedes publicaron en el mes de mayo. Nunca había leído, sobre este tema, algo que tuviese tan en cuenta las condiciones que la vida moderna depara a la mujer, sus peligros y sus ventajas, y al mismo tiempo el pensamiento cristiano al respecto. ¡Qué bien sintetiza el Papa el oficio de la mujer en la vida cuando dice: "Toda mujer está destinada a ser madre: en el sentido físico de la palabra o también en un sentido más espiritual y elevado pero no menos real". Han hecho ustedes un servicio muy grande al dar a conocer este discurso. Generalmente, nosotros los católicos, desconocemos estos discursos del Papa. No tenemos donde leerlos".

—Mensaje desde hace ya un buen tiempo publica en su sección "Documentos" la palabra del Sumo Pontífice. Se escogen aquellos temas que puedan ser de mayor interés de nuestro público.

H. I.: "Hemos comentado en familia el interesante artículo, que ustedes publicaron en junio, sobre el tema "Cultura en el Hogar". Nos hacen un bien inmenso con esta clase de artículos. Creo sinceramente que muchos fracasos matrimoniales, por desgracia tan frecuentes ahora en nuestra sociedad, se originan en ese distanciamiento paulatino que se va produciendo entre marido y mujer al correr de los años de casados. Les felicito; su artículo es bien sugerente".

S. V.: "En cada uno de los números de Mensaje encuentro un estímulo intelectual y espiritual de inestimable valor. Aunque soy de modestos recursos, quiero contribuir a mantener la revista aportando un poco más al precio de la suscripción ($ 800). He sabido que Mensaje se financia con dificultad, y que debe recurrir a erogaciones voluntarias y a préstamos que la gravan. Creo que convendría que ustedes dieran a conocer más esta situación, que es comúnmente desconocida y estoy seguro que no faltarán buenos amigos de la revista que podrán suscribirse con algo más del precio mínimo".

—Le agradecemos mucho su generosa ayuda. En realidad, Mensaje tiene apuros económicos. Su presupuesto anual está por encima de los cuatro millones, y con las suscripciones y los avisos, que son su única entrada, no alcanza a cubrir ese presupuesto. Por estas líneas rogamos a nuestros lectores, que puedan hacerlo, ayudarnos, por ejemplo, con una suscripción de bienhechor ($ 5.000), o proporcionándonos algunos avisos.

A. A.: "Me es muy grato felicitar a usted y demás colaboradores, por la magnífica revista que periódicamente nos trae una visión amplia y clara de los problemas actuales, y el punto de vista católico sobre esos mismos problemas".

—Tendremos muy en cuenta su observación acerca de tratar de temas necesarios a la juventud; agradecemos sinceramente sus felicitaciones, y nos alegramos que Mensaje pueda servirle en su formación. (El autor escribe desde Futaleufú).

Z. A.: "Por casualidad llegó a mis manos el número de junio de la revista que ustedes, los jesuítas, publican en Santiago. Me llamó la atención su buena presentación. Creo que los católicos no tenemos algo mejor en Chile; algo, me refiero que pueda entrar con provecho, se haga leer, incluso en medios reacios a la religión. Como maestro me llamó particularmente la atención el discurso del Papa a profesores y alumnos de un Liceo de Roma. Es algo que los maestros deberíamos meditar seriamente. Les felicito por el artículo y la calidad de la revista".

M. C.: "Felicito de todo corazón a Mensaje, por su obra de difundir el pensamiento católico, y deseo que cada vez llegue a todos los ambientes. Especialmente doy mis felicitaciones por la virilidad en exponer el problema social".

ATENCION DE CALZADO

THE AMERICAN SHOE FACTORY

RECOLETA 1750
FONO 81811
SANTIAGO

Vinos Embotellados
Selección de los Viñedos Chilenos

ORDENAN LA BEBIDA Y
SE CONSERVAN PUROS,
DENTRO DE SU ENVASE
HERMETICO.

ASOCIACION DE EMBOTELLADORES DE VINOS DE CHILE

Dr. Fernando Rodríguez S.
OBSTETRICIA
AMUNATEGUI 75
FONO 80096

ALFREDO SANCHEZ LAZCANO
Corredor de la Bolsa de Comercio
OF. BANDERA 75 — Subterráneo
FONO 83511

DISTRIBUIDORA LITERARIA OMER EMETH
GUILLERMO VIAL IZQUIERDO
LUIS THAYER OJEDA 1892 - FONO 46674

ARTHUR Y BERNALES

Corredores de la Bolsa de Comercio

WILLIE ARTHUR A.
JHON ARTHUR A.
RAMIRO BERNALES V.

ACCIONES — BONOS — ORO

BANDERA 84 - OF. 201 — FONO 80167 — SANTIAGO

Dr. Osvaldo Pérez Z.
MEDICINA GENERAL — R. X.
Consulta con hora solicitada

PROVIDENCIA 329 — 2.º PISO
TELEFONO 43913

IGNACIO OLIVAREZ UTEAUX
CORREDOR DE TRIGO

Agustinas 975 - Of. 407 - Cas. 3357
Teléfonos: 32308 — 31208

PRODUCTOS QUIMICOS
INDUSTRIALES OMER EMETH
GUILLERMO VIAL IZQUIERDO
LUIS THAYER OJEDA 1892 - FONO 46674

DONOSO Y CIA.
Sucesores de Julio Donoso Donoso

Av. B. O'Higgins 1537 - Fono 82795
Calefacción por losas radiantes

JAIME EGAÑA B.

PARCELACIONES — PROPIEDADES — ADMINISTRACIONES — ACCIONES Y BONOS
DEPARTAMENTO AGRICOLA

La Bolsa 81 — Casilla 10023
Fonos: 83311 - 83312 - 68986
SANTIAGO

CARLOS COVARRUBIAS Y CIA.

BANDERA 55
FONOS: 87889 - 87787
SANTIAGO

★

CORREDORES
DE LA BOLSA
DE COMERCIO

SEPTIEMBRE - OCTUBRE 1956

MENSAJE

VOLUMEN V - N.º 52 - 53

El mensaje Cristiano frente al mundo de hoy

MENSAJE se adhiere con el presente número extraordinario a los actos conmemorativos realizados en todo el mundo con motivo del cuarto centenario de la muerte de San Ignacio de Loyola; y a la celebración, entre nosotros, del primer centenario del Colegio de San Ignacio en Santiago.

Hemos tratado de presentar en primer lugar la personalidad de San Ignacio y el espíritu que orientaba su vida. Es una mirada al Santo en acción.

Objeto de la segunda parte es la proyección de la obra de San Ignacio a través de la historia.

Completan nuestro trabajo las obras que podrán ilustrar a nuestro lectores sobre los temas tratados.

Síntesis de todo, es el discurso pronunciado por el Sumo Pontífice el 31 de julio último al clausurarse en Loyola, España, en presencia de su Legado, el año ignaciano.

LA REDACCION.

El caballero de Dios

por el Excmo. Sr. MANUEL LARRAIN E.
Obispo de Talca

Un soldado que cambia el campo de batalla, permaneciendo soldado; un caballero que muda la aventurada empresa, permaneciendo caballero; un santo que sabe elevarse a las heroicidades de la virtud, conservando sus raíces humanas: tales son las notas que definen la personalidad de San Ignacio de Loyola.

En él se vió una vez más confirmado el aforismo teológico de que la gracia no destruye, sino perfecciona la naturaleza.

El soldado del Virrey de Navarra, seguirá siendo el soldado intrépido de Cristo; el soñador de aventuradas empresas terrestres, será el forjador de otra divina; el caballero errante irá a ponerse al servicio de una más alta y duradera caballería; pero la personalidad de Iñigo de Loyola sobrevivirá en el Santo, a quien no podemos denominar mejor que el Caballero de Dios.

Y fué de genuina y noble caballería su empresa.

Ella nace, en primer lugar, de la magnanimidad de un corazón que, según expresiva frase del Papa Gregorio XV, era "más grande que el mundo".

Grandes son sus ambiciones de soldado al lanzarse a la carrera militar. Grandes son sus sueños de gloria al recorrer los libros de caballería. Grandes sus ambiciones espirituales al leer las vidas de los santos: "lo que éstos hicieron ¿por qué no lo he de hacer yo?".

Grande, la concepción de sus Ejercicios Espirituales y grande la idea de su servicio a la Iglesia fundando la Compañía de Jesús.

Con razón el Angélico ha definido la virtud de la magnanimidad como "una cierta inclinación del alma a las cosas grandes". Esa es la raíz humana y divina que hace de Ignacio, el Caballero de Dios.

Y la primera batalla del Caballero se inició contra sí mismo. Velará, cual novel caballero, sus armas ante el altar de Nuestra Señora, en Montserrat. De ahí también saldrá despojado de sus vistosos trajes y cubierto con los harapos del mendigo. Manresa será testigo de sus luchas, penitencias y oraciones. Ahí, igualmente,

sabrá de la más difícil y desconocida victoria.

Si caballeresco es su estilo de entregarse personalmente a Dios, caballeresco también será el método por donde tantos han de seguir el blanco penacho de santidad que su capitán les muestra: los Ejercicios Espirituales.

El edificio de los Ejercicios Espirituales reposa sobre un fundamento: la contemplación del Rey eterno. La caballeresca empresa, se llama la conquista de ese reino. El Capitán, a quien hay que seguir para lograr la victoria, es Jesús. Las condiciones de la conquista son fascinantes. El llamado del Jefe, es un toque al sentido caballeresco del honor: "quien quisiere venir conmigo ha de trabajar conmigo, porque siguiéndome en la pena también me siga en la gloria". El rechazo a la invitación significa la pérdida del honor, elemento fundamental de la caballería—: "Si alguno no aceptase la petición de tal rey, quánto sería digno de ser vituperado por todo el mundo y tenido por perverso caballero". El llamado es un toque a la generosidad del soldado que debe darse por entero —:"los que más se querrán affectar y señalar... harán oblaciones de mayor estima y de mayor momento". Es siguiendo la "bandera de Cristo" como el generoso soldado realizará su ardua empresa y es en la ofrenda al "Rey Eterno y Señor Universal" cómo responderá al amor apremiante de Dios que lo busca: "Tomad, Señor, y recibid mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y mi poseer. Vos me lo disteis; a Vos, Señor, lo torno. Dadme vuestro amor y gracia; que ésta me basta".

Y todo ese ardor caballeresco se expresará en la fórmula que condensa la vida y la obra de Ignacio de Loyola: "a la mayor gloria de Dios". La gloria humana que atormentó su alma de caballero errante se transforma en otra gloria superior que lo obsesiona hasta convertirlo en Caballero de Dios.

Ignacio nos aparece así como el hombre que mueve al esfuerzo personal y a la colaboración activa con la gracia.

Su espiritualidad que llama al combate, tendrá el ímpetu apostólico de Pablo y la resistencia del pueblo vasco que entre sus montañas ha sabido mantenerse como la genuina estirpe de Aitor. La obra que él funda se llamará Compañía, donde el celo de la conquista se hermana con la disciplina firme de la obediencia. Su visión misionera será grande como el mundo y su múltiple actividad no tendrá otros límites que los de la extensión del Reino de Cristo.

El caballero vasco, recio y apasionado, subsiste en el Caballero de Dios. Su reciedumbre es fortaleza "acompañada de gran serenidad" (Astráin). Su pasión es amor que todo lo enciende y todo lo supera. La empresa guerrera no se llamará Pamplona, ni su jefe el Duque de Nájera. Tendrá otro nombre. Se llamará servicio del Rey Eterno. Su Jefe, será Cristo. Su escuadrón, la Compañía. Su campo, el mundo. Su arma eficaz, los Ejercicios.

Y el Caballero de Dios seguirá así viviendo en la única inmortalidad verdadera.

Y al cumplirse cuatrocientos años de su muerte, el mundo siente la necesidad de que el espíritu de esta Caballería divina se renueve y acreciente.

La Iglesia se enfrenta a una de las épocas más decisivas de su historia. El mundo se unifica en la técnica y necesita unificarse en el espíritu. El llamado apostólico a los laicos para cooperar en la Acción Católica a la labor apostólica de la Jerarquía, se hace sentir con fuerza creciente.

Y en el lenguaje áspero y macizo de sus Ejercicios Espirituales, el Caballero de Dios nos muestra la gran empresa que la Iglesia hoy espera de nosotros: la evangelización del mundo moderno, la creación de un orden en que los valores humanos auténticos lleguen a ser, por el apostolado, vitalmente cristianos, la respuesta generosa al llamado que el Vicario del Rey Eterno nos hace: "transformar este mundo de selvático en humano y de humano en cristiano". (S. S. Pío XII).

Quiera el Señor hacernos ver en la figura del Caballero de Dios, la belleza de esta divina y caballeresca aventura.

Notas sobre la vida y la muerte de San Ignacio de Loyola

por el Dr. GREGORIO MARAÑON (1)

JUSTIFICACION

Mi colaboración debe entenderse como un acto de adhesión a una de las más altas figuras de la vida española, aparte de su santidad. No tengo que decir, porque es notorio, que no he dedicado mi modesta y esporádica actividad histórica al estudio de la vida de San Ignacio. Me he contentado con admirarle a la distancia que supone mi paso fugitivo por el siglo en que vivió. Y el reconocimiento de esta limitada posición mía, me obliga a no tratar de improvisar, con unos meses de lectura y de investigación, cualquier punto de vista, por anecdótico que fuera, sobre la vida de uno de los personajes de nuestra Historia, y de todas, que ha suscitado mayor número de estudios y comentarios.

HEROISMO

La salud, las enfermedades y la muerte de San Ignacio de Loyola, han sido descritas y comentadas por todos sus biógrafos y de un modo particular por mi querido amigo el P. J. A. de Laburu, que une a su sagacidad de psicólogo y a su talento literario, profundos conocimientos anatómicos y médicos. Lo que yo pueda añadir, son sólo algunas observaciones de naturalista, que contempla un espectáculo y opina sobre él. Y al decir "naturalista", pretendo poner en primera línea la cualidad más peculiar del médico, a saber, su voluntad de anotar e interpretar lo que ve, escucha o lee, y de cotejar lo observado, con los conocimientos fundamentales de la Biología, dejando de lado todo lo demás que forma, en cada época, la actualidad de la Medicina, esto es, el cúmulo de hechos y de teorías que surgen y se eclipsan, que parecen ser verdaderas y que pueden ser efímeras.

A ese naturalista, que soy yo, lo que le parece dar carácter extraordinario a la existencia mortal de San Ignacio es su heroísmo. Todo gran santo es un héroe, pero en San Ignacio el tema heroico adquiere una realidad y una grandeza patéticas. El héroe es, etimológicamente, un hombre hijo de un ser humano y de un dios. Hay sin duda en esta definición un balbuceo de verdad. Porque el sentido heroico de la vida es el espíritu de superación de lo humano, de lo que es perecedero; es decir, el ansia de la inmortalidad; y apuntaban bien al blanco nuestros remotos antepasados, cuando suponían ligada a un influjo divino esta voluntad, heroica, de sobrevivir a la vida terrena.

La verdad es que todo hombre, por el hecho de serlo, lleva en sí una posibilidad heroica. Los dos grandes instintos que mantienen la vida sobre el planeta, son los mismos en el ser humano y en el bruto: el instinto de la conservación individual y el de la especie. Lo que nos da la gran categoría humana es el tercer instinto, que es sólo nuestro, de los hombres: el instinto de la superación, el instinto de hacer de nuestra vida un uso excelso, de perfeccionarla, para nosotros mismos y para los demás; y de intentar que nuestro vivir no se extinga en la muerte, si no que se acerque a lo perdurable, en cualquiera de las formas en que puede entender la inmortalidad nuestra razón, desde tener una calle con nuestro nombre en el pue-

(1) El Dr. Marañón, miembro de la Real Academia Española y de la Historia, escribe sobre San Ignacio.

blecito que nos vió nacer, hasta sumarse a la grandeza de Dios, contemplándole, a su lado, por toda la eternidad.

Este instinto de la superación se manifiesta en todos los seres humanos, aun en los más ínfimos, a veces por hechos insignificantes, apenas advertidos: por ímpetus de dominio familiar; por pequeños anhelos en la vida social, en los que es difícil distinguir la vanagloria de la verdadera ambición inmortal; por formas sublimes del amor que, acaso, no se pueden separar del todo del amor sensual. Pero su característica es siempre la misma: el instinto de la superación supone la renuncia, cada vez que sea necesario, a los otros dos instintos, el de la conservación y el de la especie. El ansia de superar nuestra condición mortal, nos lleva, sin darnos cuenta, a prescindir de la misma vida y de todo lo que supone la continuidad de la familia y de la especie sobre la tierra. En cuanto ocurre esto, aparece el héroe. Y, apenas hay ser humano en cuya vida esa aparición no haya ocurrido o se haya presentido alguna vez.

Mas los verdaderos héroes nacen sometidos a la dramática renuncia a todo lo que no sea superarse. Y en los grandes santos, como la superación es la identificación con Dios, el heroísmo alcanza dimensiones sobrehumanas.

HEROISMO Y CABALLERIA ANDANTE

Yo no sé si algún otro santo da esta impresión de heroísmo tan clara, casi tan punzante, como San Ignacio. Tal vez sólo su par en la hora crítica de su existencia histórica y en la excelsitud de la pasión: Santa Teresa. Quizás nos lo parece así porque ambos santos nacieron cuando aún estaba vivo el prototipo del heroísmo terrenal, el del Caballero Andante, que es como una armadura bruñida y centelleante que da a quienes la visten un prestigio romántico inigualado.

El Caballero Andante llevaba vivo, debajo de su extremosidad, un tanto retórica, un tanto afectada, no a un gran héroe, sino al prototipo del héroe, bordeando a veces, por su vertiente externa, el ridículo, pero bordeando también, por su vertiente profunda, la más pura y exaltada ansia de superación. Los que pueden hacerlo, han disertado sobre el destello cristiano que ilumina el ímpetu de Amadís. El peligro de los libros de Caballería estaba en su erotismo que, precisamente por no ser descarado, sino envuelto en retórica sentimental, era, dicen, más cautivante que la descarnada obscenidad. Ya lo advertían los teólogos de entonces, y ésta fué una de las razones iniciales de la embestida que dió la Iglesia a la literatura caballeresca, de la que todo español tiene noticia por los veredictos del cura de la aldea de Don Quijote, en el auto de fe que realizó en la biblioteca del buen hidalgo. Se ve que las palabras que Cervantes puso en boca del licenciado, las había oído muchas veces en sus andanzas por España. Fray José de Jesús María, años después de morir San Ignacio, nos habla de "un religioso de mucha virtud y oración" que, ya maduro, se sentía con frecuencia turbado por el recuerdo de sus lecturas del Amadís, hechas veinte años antes. Pero bajo el erótico sentimentalismo corría una vena de generosidad, de desinterés, de amor al prójimo, iluminada de espíritu cristiano.

Don Quijote encomia la ortodoxia de la Caballería, animosa y agudamente; pero más que por sus argumentos, el lector queda convencido, por la inmensa caridad del caballero, de la facilidad con que la llama de Dios se infundía en el espíritu de la Caballería andante. La forma perfecta de ésta ¿no fué la de los grandes Cruzados? Y en la España de los siglos XV y XVI, este espíritu caballeresco, vivo todavía, y reencendido al calor de la quimérica grandeza del reinado de los Reyes Católicos y de la primera mitad del de Carlos V —y aquí se extinguió— hubo de adquirir sus formas más quintaesenciadas en el fervor de la lucha religiosa, que ardía en toda Europa, pero con más ímpetu entre nosotros, gracias a la perpetua llamarada teológica interior y a la convivencia y pugna con judíos y mahometanos, con sus persecuciones, conversiones y disputas.

MISTICISMO Y CABALLERIA ANDANTE

Al calor de estas agitaciones, cuando no de ellas mismas, surgió la mayor gloria del catolicismo español, que es su misticismo. La mayor por su calidad sobrehumana y por el sentido universal de esta gran aventura humana y espiritual. Los místicos, de cristianismo viejo o nuevo, fueron los auténticos caballeros andantes de Jesucristo y de la Virgen María.

Varias veces se ha comentado el sentido caballeresco que tuvieron, en su iniciación, dos figuras cimeras del misticismo español en aquel siglo y en todos: Santa Teresa de Jesús y San Ignacio de Loyola. Santa Teresa fué, como San Ignacio, lectora apasionada, en su adolescencia de los libros de Caballería; y su primera aventura, huyendo de Avila, con su hermano, para correr a tierra de moros, tiene toda la poética pasión de las hazañas de los Cruzados.

Y en la vida de San Ignacio se ha anotado por todos, como punto importante, su afán de "leer los libros mundanos y falsos que suelen llamar de Caballería". El gran historiador actual del Santo, P. V. Larrañaga, comentó el sentido caballeresco del hidalgo de Loyola. Su salida de la casa paterna y sus primeras aventuras, escribe, "se desarrollan en ambiente de tanta grandeza caballeresca, que bastarían por sí solas para inmortalizar su vida". Es verdad. A continuación cita, con oportunidad y justicia, las páginas de la Vida de Don Quijote y Sancho, de nuestro Don Miguel de Unamuno, en las que éste hace un paralelo entre la salida de Don Quijote de su lugar de La Mancha y la de San Ignacio, de la Torre guipuzcoana, para entregarse a Dios. Siento que el sabio biógrafo de San Ignacio añada que este paralelo no podía escapársele "aun a la pluma de Don Miguel de Unamuno", pues ningún otro de los grandes escritores de su tiempo hubiera sido capaz de sentirlo con la efusión y con la autoridad del Rector de Salamanca. Era este tema de la grandeza caballeresca de San Ignacio habitual en la conversación de Don Miguel; y aquí mismo, frente a Toledo, donde escribo estas líneas, le oí varias veces el entusiasta comentario, paseando con sus amigos, algunos vistiendo el traje talar, por los mismos senderos del Cigarral de Menores que hollara con sus pies, ya abotagados, el Padre Mariana, como el mismo Rector de Salamanca gustaba recordar.

MUERTE DEL MILITAR

Idealismo caballeresco es el que alienta en el período militar de la vida de San Ignacio, que él mismo calificó de "ejercicio de armas con un grande y vano deseo de ganar honra". Su fuego bélico, pura Caballería, era tal, que al referir la defensa de Pamplona, a él mismo, que era la modestia hecha carne, se le escapa decir que "en cayendo él, los de la fortaleza se rindieron". El era, en efecto, alma de los demás.

Debió quedar en el fondo de su espíritu un dejo de contrición por su entrega juvenil a la milicia de matar a los hombres, y no a la de salvar las almas; y acaso, he solido pensar, este sentimiento influyó en un pasaje de la vida del Santo que, a pesar de los comentadores, no vemos del todo claro los lectores de hoy; y fué que al ser apresado por unos soldados españoles, yendo de Ferrara a Génova, a poco de su vuelta de Tierra Santa, le hicieron comparecer, después de maltratarle, ante el Capitán; y de repente "le pasó por la fantasía" hablar de vos al Capitán y no hacerle reverencias ni descubrirse delante de él; y fué así, pues no le hizo "ningún modo de cortesía" y le contestó con tanto desvío y parvedad, que el militar, más ducho en el arte de la guerra que en el de conocer a los hombres, "le tuvo por loco" y le echó fuera. ¿No fué todo esto una manifestación subconsciente de protesta contra su propia y ya extinguida vanagloria bélica?

Caballería fué la vela de las armas, sutilmente comentada por el P. Leturia. E igualmente lo fué el discutido episodio de su deseo de servir a una señora "no condesa ni duquesa", "mas era su estado más alto que ninguno de ésos"; la cual señora, tal vez, no fuera ninguna de las egregias

damas que suponen los eruditos, sino cualquier mujer, convertida por él en Dulcinea, como solían hacer los caballeros andantes. Caballería fué también, como apunta el P. Larrañaga, su reacción en defensa de la doncella desvalida y amenazada por la liviandad de unos soldados, en Gaeta, apenas desembarcado en su primer viaje a Italia. Y varios otros trances de su vida.

CABALLERIA HUMANA Y CABALLERIA DIVINA

Pero su Caballería juvenil tenía que ir arrojando el lastre humano, inevitablemente mezclado de vanagloria, para convertirse en puro heroísmo espiritual, en servicio estricto de Dios y de los hombres en cuanto hijos de Dios. Esto se inició cuando convalecía de las operaciones que hubo de sufrir en la pierna herida, en Pamplona; la segunda de las cuales fué un acto heroico, pero todavía de Caballería humana; pues le llevó a ella una preocupación estética: el que el hueso roto en Pamplona y mal curado por los cirujanos de Azpeitia, quedó "tan levantado que era cosa fea; lo cual no podía sufrir, porque estaba determinado a seguir en el mundo y juzgaba que aquello le afearía". Por vanidad, pues, sufrió la terrible reforma del hueso "con la sólita paciencia", que era entonces, para el que la tenía, el único anestésico. Así, Hurtado de Mendoza, el gran historiador de la guerra de las Alpujarras, se dejó cortar una pierna gangrenada "rezando el Credo para sufrir mejor".

¿No habría, sin embargo, nos podemos preguntar, en el fondo de esta preocupación de aparente vanidad, el oscuro presentimiento de que necesitaba la pierna sana, capaz para recorrer el mundo, en la misión proselitista que ya por entonces se anunciaba, imprecisa, en su conciencia?

Fué en efecto, por aquellos días cuando empezó a soñar con hazañas, no como las de los héroes guerreros ni cortesanos, sino como "esto que hizo San Francisco y esto que hizo Santo Domingo". Los dos grandes Santos tenían también su aspecto de caballeros andantes de la fe. La conversión es, a veces, un proceso largo, lleno de flujos y reflujos de la conciencia. Y esta fase de ambivalencia que muchos santos han tenido que trasponer, está consignada por San Ignacio en una frase, esencial, de aquellos días, en la que se describe la inquietud que le producían sus pensamientos agitados y contradictorios, que le dejaban ya triste, ya alegre; hasta que poco a poco, vino "a conocer la diversidad de los espíritus que le agitaban, el uno del demonio y el otro de Dios". El relator de su autobiografía, el P. Cámara, considera perspicazmente este momento como trascendental en la vida del Santo.

Su alma había ya alzado el vuelo; y, en efecto, poco después le aconteció una visión celeste, la de la Virgen, a partir de la cual se le quitaron "del ánima todas las especies que tenía en ella pintadas". Los que le rodeaban, advirtieron, desde "lo exterior, la mudanza que se había hecho en su ánimo interiormente". Nunca más, declara, resucitó la carne. Amadís había muerto y el heroísmo caballeresco estaba, desde entonces, sublimado, al servicio de Dios.

Y aquí, como en todas las grandes conversiones, como en San Pablo, como en San Agustín, asoma, a la vez que el gran hallazgo de Dios dentro de sí mismo, la proyección anhelante del espíritu hacia la naturaleza. El paisaje, como realidad eficaz, aparece por primera vez en las grandes biografías de los santos, en el fondo de la conversión. San Ignacio nos cuenta, pocas líneas después de la visión trascendente, que a partir de entonces, "su mayor consolación era mirar al cielo y las estrellas, lo cual hacía muchas veces y por mucho espacio, porque con aquello sentía en sí un muy grande esfuerzo para servir a Nuestro Señor". El P. Larrañaga completa la autodeclaración con esta cita importante del P. Laínez: "Subíase (San Ignacio) a un terrado o azotea desde donde se descubría el cielo libremente; allí se ponía en pie, quitado su bonete, y sin menearse estaba un rato, fijos los ojos en el cielo". Detrás de las estrellas estaba Dios, es cierto; pero Dios está en todas partes,

y los que le buscan precisamente a través de las estrellas, son los santos heroicos y románticos, a su vuelta del mundo. A San Ignacio, las estrellas, le hacían llorar, "hilo a hilo", como a Fray Luis de León.

EL EPISODIO DEL MORO

El paso del heroísmo humano al divino aparece en varios pasajes de esta época. Pero ninguno, creo yo, es tan significativo como el muchas veces comentado de su conversación con el moro que encontró, yendo hacia Montserrat. Sucedió, como es sabido, que el moro negaba la virginidad de María, madre de Dios, y discutió largamente sobre esto, de mula a mula, con el caballero cristiano. Anotemos, al pasar, la libertad de pensamiento que esta disputa supone, en contradicción con la idea corriente de que en España estaba maniatado el pensamiento. Un moro que vivía tranquilamente en su aldea, podía decir a un desconocido, sin temor alguno, cosas tan graves en el ambiente católico, como las que profirió el compañero de viaje del futuro santo. Llevaba prisa el moro y picó a su caballería, diciendo a Loyola que iba a su lugar, más adelante, no lejos del camino real. Al quedarse solo San Ignacio, se irguió en él el caballero andante y le acometió el deseo de "volver por la honra" de Nuestra Señora, ofendida por el moro, yendo a buscarle a su aldea para apuñalarle. Servía ya "el peregrino", como él gustaba llamarse, a la Virgen, pero, a ratos, la servía aún como los caballeros del mundo, queriendo lavar con sangre las ofensas. Bataillon ha llamado a esto, acertadamente, el "concepto calderoniano de la ortodoxia española", del cual hay muchos ejemplos no solamente en nuestra dramaturgia, sino en nuestra historia. Este es uno de ellos.

Cualquier caballero español se hubiera dejado llevar del impulso calderoniano para apuñalar al blasfemo. Mas, para Ignacio, habían cambiado las cosas. No sabía la teología conceptuosa de los libros. Pero tenía la exacta teología infusa. Y, "cansado de examinar lo que sería bueno hacer", hizo lo que debía, dejar su razonamiento en manos de Dios, sirviéndose del instinto del humilde animal que lo conducía. Dejó, pues, "la rienda suelta hasta el lugar donde se dividían los caminos", el que seguía al Monasterio y el que iba a la aldea del moro; y la mula, aunque el segundo camino "era más ancho y muy bueno", tomó el otro, el áspero, el que llevaba a Montserrat. Si Ignacio hubiera seguido consultando a sus impulsos de caballero de este mundo, o si hubiera podido consultar la opinión de los profesores, es casi seguro que hubiera matado al morisco. Pero era ya el caballero andante de Dios, sin contacto con la furia humana, que se disfraza a veces de heroísmo y de falsa gloria. Y perdonando al moro, siguió su ascensión a Montserrat.

ALGUNAS NORMAS DE CONDUCTA EXTERIOR E INTERIOR

Todos tengan especial cuidado de guardar con mucha diligencia las puertas de sus sentidos, en special los ojos y oídos y la lengua de todo desorden: y de mantenerse en la paz, y verdadera humildad de su ánima, y dar della muestra en el silencio, quando conviene guardarle, y quando se ha hablar, en la consideración y edificación de sus palabras, y en la modestia del rostro, y madurez en el andar, y todos sus movimientos sin alguna señal de impaciencia o soberbia; en todo procurando y deseando dar ventaja a los otros, estimándolos en su ánima todos como si les fuesen Superiores, y exteriormente teniéndoles el respeto y reverencia, que sufre el stado de cada uno, con llaneza y simplicidad religiosa; en manera que considerando los unos a los otros, crezcan en devoción y alaben a Dios nuestro Señor a quien cada uno debe procurar de reconocer en el otro como en su imagen.

San Ignacio — Constituciones. Part. III

Datos biográficos de San Ignacio de Loyola

Hacia 1493: nace en el Castillo de Loyola, *al sud-este de San Sebastián; séptimo hijo de una familia de 10 o tal vez 13 niños.*

1507: muerte del padre de San Ignacio; su madre había muerto anteriormente

1517: Ignacio va a Pamplona, *donde dirige una compañía de soldados.*

1521: el 20 de mayo, Ignacio cae herido en la ciudadela de Pamplona.

1521-22: larga convalescencia en el Castillo de Loyola; Conversión.

1522: el 21 de marzo llega a Monserrat, *cerca de Barcelona, donde en la Basílica de Nuestra Señora hace su vigilia de oración en la noche del 24 al 25.*

1522: el 25 de marzo llega a Manresa, *donde permanece 10 meses; vida de oración, de luchas interiores. Ignacio toma nota de sus experiencias espirituales; primer bosquejo del libro de los Ejercicios.*

1523: febrero, se dirige a Barcelona con la intención de pasar a Tierra Santa: el 29 de marzo está en Roma; *el 4 de septiembre entra en* Jerusalem. *A mediados de enero de 1524 está de vuelta en* Venecia. *Ignacio se decide entregarse a los estudios para poder desarrollar un mejor trabajo apostólico.*

1524: a fines de febrero, llega a Barcelona; *estudia dos años la gramática latina.*

1526: va a la universidad de Alcalá; *su celo y su estilo de vida penitente despiertan sospechas y le causan serias molestias hasta llevarle a la prisión.*

1527: se dirige a la universidad de Salamanca; *encuentra las mismas dificultades.*

1528: el 2 de febrero llega a París, *donde permanece siete años. Vuelve a comenzar el estudio del latín en Montaigu (1528-29); estudia filosofía en el Colegio Santa Bárbara (octubre 1529-abril 1533), luego comienza la teología con los Dominicos. Después de Pascua de 1534 es Maestro en Artes (filosofía).*

Durante sus estudios de filosofía, Ignacio conoce a Pedro Fabro y Francisco Javier. Cuatro estudiantes de Alcalá llegados a París se confían a la dirección espiritual de Ignacio.

1534: el 15 de agosto, votos en Montmartre; *Ignacio y sus seis compañeros hacen votos de pobreza, castidad y de ir a trabajar en Palestina.*

1535: en abril, Ignacio enfermo ha de volver temporalmente a España; de mayo a julio permanece en Azpeitia.

1535: julio: Ignacio llega a Venecia *donde termina su teología y espera a sus compañeros que también terminan sus estudios en París.*

1537: enero; llegan sus seis compañeros de París con tres más agregados. Viven en gran pobreza y ejercitan con entusiasmo el celo apostólico.

1537: el 24 de junio, Ignacio es ordenado sacerdote en Venecia. *Pedro Fabro era sacerdote desde el 22 de julio de 1534.*

1537: noviembre, partida para Roma *a fin de ponerse a la disposición del Papa, ya que el viaje a Tierra Santa se les hacía imposible. Ignacio dispersa a sus compañeros en las ciudades universitarias de la alta*

Italia, donde ejercitan su celo apostólico. Antes de separarse, se ponen de acuerdo sobre la respuesta que darán a los que les pregunten quienes son: "Somos de la Compañía de Jesús".

Visión de la Storta: a 15 kilómetros de Roma, Ignacio entra en una Capilla para orar. Ve a Dios Padre que lo confía a su Hijo.

1538: después de Pascua, Ignacio llama a todos sus compañeros a Roma.

1538: Navidad: Ignacio dice su primera Misa en la capilla del pesebre de Santa María la Mayor.

1539: Cuaresma: el pequeño grupo piensa fundar una Orden religiosa. Los compañeros se reúnen regularmente para discutir los puntos esenciales de la futura Orden.

1539: el 3 de mayo, *se decide la fundación de una Orden Religiosa.*

1539: el 24 de junio, *Ignacio redacta una breve "Formula" del Instituto. El 3 de septiembre el Cardenal Contarini lee la "Formula" al Papa Pablo III, quien la bendice y la aprueba. Pero se necesita un Breve escrito, e Ignacio ha de esperar un año, debido a las oposiciones que se multiplican.*

1540: el 27 de septiembre, *por la Bula* "Regimini militantis Ecclesiæ" *la Compañía de Jesús recibe su existencia canónica.*

1541: se empieza la redacción de las Constituciones.

1541: Cuaresma: *Ignacio es elegido* General *por la unanimidad de sus compañeros.*

1541: el 22 de abril, *en la Capilla del Crucifijo en la Basílica de San Pablo extramuros, los primeros jesuítas hacen los* votos.

1547: Ignacio se consagra enteramente a la redacción de las Constituciones.

1550: reunión de todos los jesuítas en Roma para aprobar el texto de las Constituciones. Ignacio pide, sin éxito, ser exonerado del oficio de General.

1550: el 21 de julio, el Papa Julio III confirma las Constituciones.

1553: Ignacio escribe su famosa carta de la obediencia a los estudiantes de Portugal.

1556: el 31 de julio, *muere San Ignacio. Hacía ya tiempo que su salud estaba resentida.*

1572: primera Vida de San Ignacio escrita por Ribadeneira (en latín).

1595 primeros procesos en vista de su beatificación.

1609: su Beatificación.

1622: el Papa Gregorio XV le canoniza, juntamente con S. Felipe de Neri, Santa Teresa de Jesús y San Isidro Labrador.

1922 el Papa Pío XI le proclama Patrono de los Ejercicios Espirituales.

•

"No el mucho saber harta y satisface el alma, sino el sentir y gustar de las cosas internamente".

San Ignacio.

Instrumentos en manos de Dios

Meditación teológica sobre San Ignacio y la Compañía de Jesús

por JULIO JIMENEZ B., S. I.

CONVENIENTE VARIEDAD DE ORDENES RELIGIOSAS

a) *Una, pero no uniforme.*

La unidad propia de la Iglesia es la de un organismo. Dista mucho de la indiferenciada uniformidad de una playa interminable, en la que cada grano de arena es igual a cualquier otro; o de la homogeneidad de una barra de cobre refinado, cuyos átomos son todos iguales. Por el contrario, implica en sus integrantes armoniosa variedad y mutua complementación, como corresponde a verdaderos miembros, dotados de conformación, aptitudes y funciones diversas.

Por eso San Pablo la compara con la unidad del cuerpo humano, cuya perfección resulta de admirable diversidad y correlación: "Siendo el cuerpo uno, tiene (sin embargo) muchos miembros; y todos los miembros del cuerpo, con ser muchos, son un cuerpo único". Difieren entre sí, porque "Dios ha dispuesto los miembros en el cuerpo, cada uno de ellos como ha querido"; pero dependen y se perfeccionan mutuamente, "porque el cuerpo no es un solo miembro, sino muchos" y así "no puede decir el ojo a la mano: No tengo necesidad de ti. Ni tampoco la cabeza a los pies: No necesito de vosotros"; y, "si padece un miembro, todos los miembros padecen con él; y si un miembro se goza, juntamente se gozan todos los miembros" *(1 Cor.,* 12, 12-26).

En medio de tal variedad de componentes, la Iglesia disfruta de concorde unidad, debido a que todo el conjunto es vivificado y movido por una sola y misma alma común, es decir, por el único Espíritu Santo: "Hay diversidad de dones, pero uno mismo es el Espíritu. Hay diversidad de operaciones, pero uno mismo es Dios, que obra todas las cosas en todos. Y a cada uno se le otorga la manifestación del Espíritu para común utilidad. A uno le es dada por el Espíritu la palabra de sabiduría; a otro la palabra de ciencia, según el mismo Espíritu; a otro fe en el mismo Espíritu; a otro don de curaciones en el mismo Espíritu; a otro operaciones de milagros; a otro profecía, a otro discreción de espíritus, a otro variedad de lenguas, a otro interpretación de idiomas. Todas estas cosas las obra el único y mismo Espíritu, que distribuye a cada uno como quiere" *(1 Cor.,* 12, 4-11).

b) *Variedad en la vida religiosa.*

También en la vida religiosa, como en tantos otros aspectos de la Iglesia, se manifiesta esa orgánica y complementaria diversidad. Hay riquísima y variada multiplicidad de Ordenes y Congregaciones, igualmente inspiradas por Dios y aprobadas por la Jerarquía Eclesiástica; y cada una de ellas resplandece especialmente por algún peculiar espíritu y propia misión, que redunda en bien de las otras y de la Iglesia entera, y recibe a su vez el correlativo influjo de las demás.

c) *Ventajas de esa variedad.*

Gracias a esa distribución o especialización de funciones, se cumple más directa y adecuadamente con los varios fines o tareas específicas que pertenecen a la vida cristiana perfecta; se atiende con mayor suavidad a las diversidades naturales y sobrenaturales de las personas, proporcionando a cada uno de los llamados al estado religioso, un ambiente acomodado a su propio carácter e inclinación; y sobre todo, se imitan y participan mejor las diversas virtudes, los diversos estados, los varios misterios reunidos en la insondable plenitud de Cristo.

Hay en El, como escribe Mons. Gay, a

manera de "un texto incomparable que no bastarían a explicar los más sabios y elocuentes comentadores; pero Dios ha querido que sea objeto de perpetuo comentario" y que, "así como la luz una, al quebrarse en el prisma, se nos muestra varia, de análogo modo" suceda con El: "la Iglesia es el prisma de Cristo; y de aquí esta grande y maravillosa variedad que en ella existe de gracias, de dones, de vocaciones, de misiones, de estados y de ministerios" (1).

Esa variada dispersión hace que, en cada uno de los imitadores, haya cierta dedicación más especial, limitada a un solo aspecto del inagotable modelo; sin embargo, por eso mismo, se alcanza una mayor intensidad o acentuación del parecido en cuanto a ese rasgo; y, en su conjunto, la Iglesia refleja mejor, con alguna mayor nitidez y riqueza, aunque siempre inadecuadamente, la excelsa perfección que hay en Cristo, "de cuya plenitud todos hemos recibido gracia sobre gracia" (*S. Juan*, 1, 16). Por eso, según palabras de Pío XI, "de esa tan grande variedad de Ordenes Religiosas, como de árboles diferentes plantados en el huerto del Señor, brota y se ofrece para salud de todo el mundo, una gran diversidad de frutos; y nada hay más hermoso y agradable de contemplar, que el conjunto y multiplicidad de tales Sociedades. Aunque en último término responden a un mismo y único anhelo, tienen, sin embargo, cada una su propio campo de preocupaciones y trabajos, distinto en algo de los otros; porque efectivamente la sabiduría de la divina Providencia hace que nazcan y florezcan los correspondientes Institutos Religiosos precisamente cuando hace falta atender a nuevas necesidades" (2).

d) *A qué se debe, ante todo.*

En realidad, más allá de las múltiples causas inmediatas que pueden señalarse, esa variedad proviene de la acción del Espíritu Santo; porque los diversos Fundadores de Ordenes Religiosas, como dice Pío XI poco después de las palabras antes citadas, "al hacer surgir sus respectivos Institutos, no hicieron otra cosa que obedecer a divina inspiración". Es a "la suma Sapiencia y Bondad de Dios nuestro Creador y Señor", a quien verdaderamente debe cada una de las diversas Ordenes y Congregaciones Religiosas el "comenzar" según su peculiar constitución, lo mismo que es El quien después las ha de "conservar y regir y llevar adelante en su santo servicio", según ese mismo espíritu y fin propio de cada una (3).

EL CASO CONCRETO DE LA COMPAÑIA

a) *Visión corta y superficial.*

Como tantos otros, el P. Humbert Clérissac O. P. se complacía en contemplar, dentro de esa magnífica variedad, "el papel providencial, el carácter esencial y la misión de cada una de las grandes familias religiosas" dentro de la Iglesia. Lo detallaba ampliamente para las diversas Ordenes, monásticas, mendicantes, apostólicas; y, como es natural, comprendía y celebraba especialmente la estirpe doctrinal de su propia vocación dominicana. En cuanto a la Compañía de Jesús, veía su papel providencial, carácter esencial y misión propia en "asegurar, adaptándola a las condiciones de vida de los tiempos modernos, la disciplina ascética de la voluntad cristiana" (4).

---

(1) Mons. Carlos GAY, *De la vida y de las virtudes cristianas*, trad. españ., Madrid, 1903, Del estado religioso, tomo I, p. 80.

(2) Epístola Apostólica "Unigenitus Dei Filius", a los Superiores Generales de Ordenes y Congregaciones religiosas; A.A.S. 16 (1924) 133-134. El texto siguiente, p. 135.

(3) *Constituciones de la Compañía de Jesús*, Proemio, n. 1.

(4) *El misterio de la Iglesia*, obra póstuma; eso está en el bellísimo "prefacio" del editor, Jacques Maritain; trad. españ., Buenos Aires, 1933, p. IX. Ese tema general de la misión propia, dentro de la Iglesia, de las diversas formas de la vida religiosa, es muy corriente. Aparte de las obras teológicas mayores (v. gr. SUAREZ, *De Religione*, tract. IX: "De varietate religionum"), se le halla aun en

Siempre me pareció inapropiada esa concepción de la Compañía. No tanto, es claro, como algunas deformaciones y caricaturas, propias de periodistas incompetentes en estos asuntos (como son las de Fülöp Miller, para no aludir a otras calumniosas diatribas o anacrónicas leyendas). Pero, de todos modos, pobre, incompleta y, principalmente, superficial. Limitada a un solo aspecto, detenida en la corteza, en lo exterior, en una mera aplicación o consecuencia. Incapaz, por lo mismo, de hacer comprender "el carácter esencial", la realidad más íntima, o —si se me permite una expresión escolástica, que obtiene aquí cierto sabor bremondiano— *"la esencia metafísica"* de la Compañía de Jesús.

b) *¿Cómo reemplazarla?*

Pero, ¿cómo reemplazar esa concepción demasiado estrecha y simplista, por otra que sea a la vez sencilla y profunda, simple y comprensiva, verdaderamente central y adecuada? Por más que buscaba, no veía una respuesta satisfactoria; algo que para la Compañía equivaliera siquiera de lejos a esa magnífica frase de Santa Catalina de Siena cuando atribuye a la Orden de Predicadores, dentro de la Iglesia, "el oficio del Verbo": o sea, la expresión interior de la Verdad, en la contemplación y el estudio, y su manifestación hacia afuera, por desbordamiento apostólico de esa plenitud (5). De una manera semejante a ésa, ¿qué "oficio" de Cristo corresponde a la Compañía en la Iglesia?

La ansiada respuesta me apareció, hace veinte años, a principios del Noviciado, leyendo o releyendo, en la "Addition" a la "Doctrine Spirituelle" del P. Louis Lallemant, el capítulo IX titulado "De l'esprit de la Compagnie de Jésus". No se encuentra ahí esa solución ya construída, ni siquiera directamente expresada; pero están señalados sus elementos básicos, al presentar como peculiarmente participados por la Compañía, ciertos aspectos de Cristo en los que está necesariamente implicada.

c) *Para una "teología de la Compañía"*

Esa que me pareció ser la concepción central para una "teología de la Compañía", ya entonces desarrollada y redactada en cuanto a todo lo esencial, y completada después, constituye el origen del intento de síntesis que aquí se va a proponer y que podría llamarse la idea íntima fundamental o la esencia última de lo que la Compañía es dentro de la Iglesia (6). Por eso antes hablé de "la esencia metafísica", es decir, del atributo o característica fundamental, que por lo mismo explica toda la esencia física, la realidad religiosa entera de la Compañía, con todas sus propiedades y aspectos.

Se refiere directamente a su postura espiritual propia, a su peculiar "espiritualidad", e intenta dar razón de toda ella desde dentro, a partir del núcleo primero, del cual lo demás viene a ser deriva-

---

las obras espirituales más clásicas y difundidas; por ejemplo, en el P. LA PUENTE, *Meditaciones Espirituales*, parte VI, meditación 47, punto segundo; o *Del Estado Religioso*, tratado III, capítulos III y IV. Desde un punto de vista más bien cultural, lo expone magníficamente BALMES, *El Protestantismo comparado con el Catolicismo*, tomo II, capítulos 38-47. Por la inversa, han sido condenadas por la Iglesia, pese a ciertas restricciones circunstanciales (Concilios Lateranense IV y Lugdunense II), ciertas afirmaciones generales opuestas a esa variedad "entendida de las Ordenes e Institutos aprobados por la Santa Sede". (Denz. Banw. 1582 y 1584).

(5) *El Diálogo* de Santa CATALINA DE SIENA, capítulo 158, n. 9; en la magnífica edición traducida al castellano de A. MORTA, de la "B.A.C.", con nueva división, está en Parte V, cap. III, § 3, b), pág. 527.

(6) Conservo copia de una amplia exposición de todo eso que escribí en junio de 1936; y bastantes otros apuntes de textos ignaciones pertinentes y de reflexiones complementarias de entonces o más recientes. De ahí proviene prácticamente todo este artículo. Hace poco tiempo he tenido la satisfacción de conocer una exposición posterior pero enteramente independiente, de pluma muy autorizada, que coincide en lo esencial con buena parte de estas reflexiones mías, tanto por su contenido mismo como por su inspiración en Lallemant, y así viene a confirmar que son objetivas; es de F. CHARMOT, en *La doctrina espiritual de los hombres de acción*, trad. españ., Santiago, 1943, sobre todo en los capítulos 27, 28 y 33. Algo de eso puede también decirse de A. SOLIGNAC, *Le réalisme apostolique de saint Ignace de Loyola*, en "Rev. d'Asc. et de Myst.", 27 (1951) 205-236; y de algunos otros.

ción, comentario o aplicación particular. Pero no se limita a la espiritualidad. Esta, es una Orden Religiosa, es la razón de ser de todo; y, por consiguiente, lo que sea raíz de ella, lo será también de cuanto es y hace dicha Orden en el Cuerpo Místico de Cristo.

VERDADERO ALCANCE DE ESA PECULIARIDAD

a) *No es algo exclusivo.*

Al hablar del carácter peculiar de la misión de la Compañía dentro de la Iglesia, no se pretende significar, por supuesto, que se trate de algo que se halle única y exclusivamente en esa Orden Religiosa. En éste, como en todos los otros casos similares, no puede haber monopolio alguno, ni siquiera pueden darse diferencias muy profundas. La vida cristiana es substancialmente la misma en todos los miembros de la Iglesia, y con mayor razón en todos los religiosos. Se deriva del único y común Padre Celestial, por incorporación vital a un solo Cristo, gracias a la acción animadora de un mismo Espíritu Santo, en el regazo maternal de la única Iglesia. Y además, no puede existir o desarrollarse unilateralmente, sólo en algunos de sus elementos constitutivos, con atrofia de los restantes, sino en armoniosa y proporcionada integridad, con mutua presencia e influencia de todos ellos.

b) *Mera acentuación o enfoque.*

Por eso, las llamadas "escuelas de espiritualidad" que legítimamente coexisten dentro de la unidad católica, e igualmente las varias concepciones particulares de la vida religiosa, sólo difieren *por el acento* mayor o menor con que ciertos aspectos se destacan, o por el *modo más directo* con que son enfocados. Pero cada uno de ellos también está presente en la espiritualidad o la vocación y vida religiosa de todos los demás; sólo que se halla con menor relieve, o sólo como involucrado en algún otro.

Supuesta la actitud católica fundamental, dentro de los límites que ella traza, se dan en la Iglesia múltiples de esas diversas *acentuaciones o especializaciones o enfoques directos.* Provienen principalmente, como quedó dicho al presentar la variedad de Institutos Religiosos, de la acción misma del Espíritu Santo. Mediante esas diversas vocaciones, ha querido mostrar mejor y hacer accesible en diferentes modos la incomparable riqueza encerrada en Cristo, y proporcionar a todos los miembros de la Iglesia, clérigos y laicos, una especie de "levadura" evangélica, destinada a promover en todos la necesaria imitación de cada uno de esos aspectos del Divino Modelo.

c) *Algunos casos concretos.*

Así, por ejemplo, los Benedictinos encarnan y representan, en su "Dominici schola servitii", a Cristo en cuanto perfecto *adorador del Padre,* y todo lo subordinan y dirigen a la plena alabanza rendida a Dios en el culto litúrgico, hasta el punto de que "nihil Operi Dei præponatur". La Orden Dominicana, en cambio, según la espléndida expresión de Santa Catalina que ya citamos, imita a Cristo y lo reproduce "tomando el *oficio del Verbo*" en medio de la Iglesia, dedicándose íntegramente a la Verdad, contemplada y comunicada. No hay exclusión recíproca: los Dominicos atienden cuidadosamente al culto divino, y los Benedictinos a la doctrina de la Verdad: pero el enfoque directo y primero, que por vocación especial corresponde a unos y a otros, es diverso. Otro tanto podríamos decir de los Franciscanos, en quienes también se dan esos dos elementos, pero cuya característica es la conformación con Cristo en el amor y la humildad de su *humanidad santa y pobre,* crucificada por amor, con toda la ternura y sencillez propias de esa compenetración evangélica con Cristo. O de los Carmelitas, para quienes, pese a tener también todo eso otro, el especialmente imitado y participado por vocación peculiar es Cristo en el *íntimo trato con su Padre en la oración* de sus noches a solas con El. Y así po-

dríamos seguir con las otras Ordenes y Congregaciones.

Cada una de las grandes formas de vida religiosa, cada uno de los diversos Institutos, tiene así dentro de la Iglesia su característica propia, querida por Dios e inspirada providencialmente al Fundador. Recibe especialmente la gracia y la misión de participar uno de los aspectos de Cristo, de realizarlo en sí y presentarlo a los ojos de los otros, de un modo más vigoroso y manifiesto. Pero sin exclusividad. Por el contrario, eso mismo en algún grado ha de hallarse en todos los miembros de Cristo. Precisamente esa intensidad especial con que el Espíritu Santo lo promueve en algunos, sirve para fomentarlo en todos los demás cristianos, clérigos o laicos, religiosos o no, recordándoles esa necesidad de que todos lo procuren y ofreciéndoles unos como ejemplares en pequeño, puestos más a su alcance. En los diversos Santos proporciona Dios a su Iglesia eso que había en San Pablo y que él mismo decía de sí: "Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo" *(1 Cor.,* 11, 1; cfr. 4, 16). Y algo de eso intenta igualmente el Espíritu Santo mantener en la Iglesia mediante esas prolongaciones del matiz propio de cada Santo Fundador, como son las diversas Ordenes y Congregaciones Religiosas.

d) *La realidad queda corta.*

Por otra parte, esa especial vocación no implica juicio alguno acerca de cómo se ha respondido efectivamente a ella. Es posible que el Instituto Religioso de hecho no sea lo que debería ser; no promueva, porque ni aun realiza en sí mismo, ese aspecto de la imitación de Cristo que por vocación le es peculiar. También es posible —y perfectamente claro en los Santos— el que haya cristianos que, sin pertenecer a un determinado Instituto Religioso, sean superiores a los miembros de él (por lo menos, a muchísimos), incluso en esos mismos aspectos de la virtud cristiana que a ellos corresponde practicar por vocación especial. Una cosa es el llamado a la perfección, o el hallarse en un estado de consagración a buscarla; y otra, la perfección misma, realizada y vivida.

Por todo esto, aparece claro que el insistir en la peculiar participación de Cristo que es propia de alguna de las Ordenes Religiosas, no implica exaltarla ni menos aún anteponerla, ni siquiera en cuanto a ese aspecto, como si lo hubiera ya conseguido realizar. Simplemente significa recordar lo que debe ser; tomar conciencia de lo que Dios le pide en forma especial; reconocer su propia divina vocación y misión específica en y para la Iglesia; y admitir que le incumbe así una particular obligación que cumplir.

e) *En el Fundador y en su Instituto.*

Ese ideal ha sido ya realizado por la divina gracia en el Santo Fundador, en quien concentró, como en un modelo, ese espíritu; pero ha de seguir siendo vivido por sus continuadores. Por eso Pío XI, hablando de lo que necesitan hacer "todos los religiosos, si quieren participar con seguridad y abundancia de las gracias propias de la vocación de cada uno", lo reducía todo a que "miren al ejemplar que tienen en su propio Fundador y paterno Legislador", procuren así "reproducir en sí mismos esa característica que cada uno de ellos quiso imprimir en su propio Instituto" y, "a modo de óptimos hijos, dirijan todos sus pensamientos y esfuerzos a honrar a su Padre legislador, cumpliendo todos sus preceptos y consejos y empapándose de su espíritu" (7).

---

(7) L. c. en nota 2, p. 135. Esa necesidad de compenetrarse del propio espíritu de su respectiva Orden o Congregación, tan insistente y enérgicamente inculcado por la Iglesia, es un principio básico de la buena formación de los religiosos, reiterado en la legislación particular de las diversas Ordenes y Congregaciones. Como ejemplo de tales textos, puede verse el siguiente: "Lo más importante, y a lo que debe atenderse con mayor cuidado en una Comunidad, es que todos los que la componen tengan el espíritu que le es peculiar. Aplíquense, pues, los novicios a adquirirlo, y los que a ella están ligados cuiden ante todo de conservarlo y aumentarlo en sí mismos. Porque este espíritu es el que debe animar todas sus obras y ser el móvil de toda su conducta" (Cap. II, n. 1, de las "Reglas Comunes y Constituciones de los Hermanos de las Escuelas Cristianas").

Por eso también, equivale a lo mismo el hablar del espíritu propio de algún Santo Fundador, y del que corresponde al Instituto Religioso nacido de él.

VARIEDAD PARA PRESENTAR EL CARACTER PECULIAR DE LA COMPAÑIA

a) *No es una clase de actividades.*

Refiriéndonos ya a la Compañía de Jesús, es manifiesto que su característica esencial *no podrá reducirse a una manera particular de actividad* espiritual o apostólica. Tiene como norma, desde sus fundamentales "Fórmulas del Instituto", la ilimitación, la universalidad, la *disponibilidad abierta a las más variadas formas* de vida y de acción, sólo buscando el mayor servicio y gloria de Dios y más ayuda del prójimo. Igualmente típico jesuíta es San Pedro Canisio o San Roberto Belarmino, teólogos Doctores de la Iglesia, como San Francisco Javier y demás grandes misioneros, o San Alonso, sencillo hermano coadjutor, o los Santos Jóvenes, meros estudiantes. Los directores espirituales y predicadores, lo mismo que los profesores de colegios, y que los investigadores especializados, recluídos en observatorios, archivos y bibliotecas. Y así tantas variedades más.

No es el género de actividad lo característico de la Compañía; sino *el cómo;* es decir, un cierto espíritu que igualmente anima todas esas varias ocupaciones, e igualmente subsiste en cada una de ellas: que no depende de ellas. ¿En qué consiste?

b) *Varias respuestas acertadas.*

Aun así, prescindiendo de las concepciones claramente inadecuadas —además de las mentirosas, que también las hay—, se podría, sin embargo, presentar en varias formas diferentes esa característica esencial de la Compañía. No son necesariamente opuestas. Pueden ser complementarias, y así todas verdaderas, según el punto de vista elegido.

Por ejemplo, el P. de Guibert presenta —con toda razón y mucha agudeza y profundidad— como la actitud básica de San Ignacio, legada por él a la Compañía, la del servicio entusiasta y prudente por amor: "una armoniosa unión de ímpetu y de amor con un juicio muy firme, al servicio de Cristo", centrándolo todo "en el pensamiento del mayor servicio de Dios, de Cristo, de su Iglesia y de las almas rescatadas por El"; "servicio por amor, servicio apostólico para la mayor gloria de Dios, en la conformidad generosa con la voluntad de Dios, en la abnegación de todo amor propio y de todo interés personal, en pos de Cristo, Jefe apasionadamente amado" (8).

El P. Hugo Rahner insiste especialmente en que el servicio de Cristo ayudando a las almas se realiza en la Iglesia militante, con la "cáritas discreta", amor ardiente que lleva al "magis", pero con atenta y humilde discreción, en su doble significado de razonable y de espiritual discernimiento bajo la luz de Dios y la guía jerárquica de la Iglesia (9).

Pueden agregarse las conocidas expresiones con que Jerónimo Nadal define el espíritu de San Ignacio, que debe continuar en sus hijos, por el hecho de ser "in actione contemplativus" y así "hallar a Dios en todas las cosas": tenía gran familiaridad con Dios, "con el afecto de lo espiritual en todas las cosas y en lo que hacía y decía, contemplativo en la acción, que es lo que Ignacio solía explicar con la fórmula 'hallar a Dios en todas las cosas'" (10).

Muchas veces, como Nadal y Lallemant también lo hacen, se destaca la finalidad de la mayor gloria de Dios, "Ad Maiorem Dei Gloriam", con toda la universalidad que implica; o se la relaciona con el doble fin de la salvación y perfección propia y de los prójimos.

---

(8) J. de GUIBERT, *La Spiritualité de la Compagnie de Jésus,* Roma, 1953, pp. 57 y 170; cfr. pp. 591 y ss.

(9) H. RAHNER, *Saint Ignace de Loyola et la Genèse des Exercices,* trad. francesa, Toulouse, 1948, passim.

(10) Véase el texto y su análisis en M. NICOLAU, *Jerónimo Nadal. Obras y doctrinas espirituales,* Madrid, 1949, p. 255.

c) *¿Hay algo más central?*

Todo eso y otras varias formas de proponerlo es exacto y aclara bastante cuál es el espíritu propio de San Ignacio y de la Compañía. En los tres primeros casos indicados, se lo expresa por la actitud o manera de actuar; y en el otro, por el fin a que se tiende. Sin embargo, ¿no podríamos ir más a la raíz de todo, aun de eso mismo así recalcado, si preguntáramos, no por la actividad ejercida o por el fin buscado en la Compañía, sino por lo que intrínsecamente la constituye y especifica? Esto daría razón de que actúe de ese modo y para tal fin, puesto que "operari sequitur esse". ¿Qué es ella en sí misma? ¿Cuál es su esencia peculiar, lo que la define y determina o caracteriza internamente, y que se manifiesta por esa manera de obrar?

En otras palabras, más allá del simple "operari", habría que procurar venir hasta el "esse", hasta la manera básica de ser de la Compañía en la Iglesia como participación especializada y obtenida directamente (o sea, por razón de sí, bajo ese mismo aspecto), de alguna realidad que primero y con perfección está en Cristo, "de cuya plenitud todos lo recibimos todo".

ALGUNOS TEXTOS DEL P. LALLEMANT

a) *"Como a Salvador".*

La respuesta —que después será explicada y fundamentada— parece hallarse, al menos implícita, en los textos donde el P. Lallemant dice de la Compañía que "pertenece a Jesucristo como a Salvador" y, según esa idea, analiza "el espíritu de la Compañía de Jesús" (11).

Después de haber recordado la sublime visión divina tenida por San Ignacio en la iglesia de La Storta, Lallemant llega a la conclusión de que "es en su calidad de Salvador cómo Jesucristo ha recibido en su servicio a la Compañía, para emplearla en procurar la salvación de las almas; y le ha dado su nombre para recalcar que la asociaba al oficio que ese nombre sagrado significa" (12).

b) *"Dos naturalezas".*

La asociación con Cristo, participando de El en su calidad de Salvador, según el significado propio del nombre de Jesús, queda precisada por lo que otros pasajes de Lallemant muestran estar implicado en esa calidad de Salvador y en participar de El en cuanto tal. El espíritu característico de la Compañía, dice, "debe imitar el de Jesús en que, así como Jesús tenía dos naturalezas, una divina y la otra humana, lo mismo nuestro espíritu, por relación con las dos naturalezas de Jesús, se compone de dos naturalezas, de lo divino y de lo humano, de lo interior y de lo exterior. Jesucristo, según el exterior, parecía simplemente un hombre como los otros; y en el interior (su humanidad) estaba unida a Dios hipos-

(11) *La Doctrine Spirituelle*, du P. Louis LALLEMANT, S. J., 2º Principio, sección II, cap. 1, art. 2; y cap. IX de la "Addition", respectivamente. De ahí, sobre todo del segundo lugar indicado, están tomados los textos que se citan a continuación. En la edición de Al. POTTIER de 1924 están en pp. 91 y 469-474.

(12) Esa visión sucedió mientras Ignacio iba con dos compañeros, camino de Roma, en noviembre de 1537; "en este viaje, narra la *Autobiografía*, fué muy especialmente visitado de Dios" y seguía "rogando a Nuestra Señora le quisiese poner con su Hijo"; un día, haciendo oración en esa iglesia, vió "que Dios Padre le ponía con Cristo su Hijo". En otras narraciones conservadas principalmente por Nadal y Laínez, aparecen los detalles de que Ignacio recibió ahí de Dios Padre estas palabras: *"Yo estaré con vosotros"*. Dirigiéndose después el Eterno Padre a Jesús, quien aparecía llevando la cruz a cuestas, le dijo: "Quiero que tomes a éste por servidor tuyo"; e Ignacio vió cómo "Jesús lo tomaba diciendo: 'Quiero que tú nos sirvas' ". En su diario espiritual, siete años después, alude San Ignacio a esa gracia de "cuando el Padre me puso con el Hijo" y agrega cómo siente "imprimírseme tanto el nombre de Jesús". De ahí provenía su firmeza en tener por recibido de Dios el nombre de Jesús para la Compañía, punto incluído entre las cosas substanciales primarias del Instituto de la misma; decía que "sólo Dios podría cambiarle ese nombre y denominación que tiene". Para el detalle de estos textos puede consultarse, entre otros, a V. LARRAÑAGA, *Obras completas de San Ignacio*, ed. "B.A.C.", vol. I, pp. 503-510. De *MHSI*. véase principalmente en *Fontes Narrativi de S. Ignatio*, I, pp. 313-314 y 497-499, y II, p. 133.

táticamente. Así, debemos ser en lo exterior semejantes a los demás por una vida corriente; y por dentro, estar unidos a Dios por la atención y por amor. Estamos obligados a ocuparnos de los trabajos de celo y de caridad para con el prójimo; y para esto debemos tener grandes habilidades y grandes virtudes", como son "una gran obediencia, gran fortaleza en los trabajos, gran prudencia en la manera de actuar". "Eso es lo exterior de nuestro espíritu. Lo interior es el estar poseídos por Dios y tener en el alma una santa disposición que influya en todo lo que hacemos hacia afuera y que lo anime", a base de "grande abnegación y gran menosprecio del mundo" y de "gran ciencia de las cosas espirituales, gusto de Dios, gran oración, dependencia del Espíritu Santo, libertad de corazón y celo ardiente".

Según eso, el aspecto propio de "la relación de nuestro espíritu con el de Jesucristo, consiste en reunir juntamente esas cosas en apariencia contrarias", como "Nuestro Señor juntaba en su persona la divinidad con la humanidad"; así, para el recto ejercicio del celo apostólico, "es necesario, por ejemplo, mezclar en nuestra vida grande afecto hacia las cosas sobrenaturales, con el estudio de las ciencias y con otras ocupaciones naturales". Por eso "el Espíritu Divino ha dado a San Ignacio una luz particular para reunir juntamente esas cosas en nuestro Instituto", de lo cual resulta "el espíritu de la Compañía, que honra e imita la manera cómo la divinidad estaba unida a todo lo que era humano en Jesucristo, a las facultades de su alma, a los miembros de su cuerpo, a su sangre, y todo lo divinizaba. Así el espíritu de Dios en nosotros se ha de juntar con todo lo que es bueno naturalmente, como son los talentos naturales y adquiridos, y divinizar todo lo que puede contribuir para la gloria de Dios".

c) *Ideal difícil.*

Es claro que "esa unión es difícil", puesto que "es muy fácil echarse demasiado hacia uno de los lados. Se puede tener demasiada pasión por las ciencias, y descuidar la oración y demás cosas espirituales; o, si se quiere ser un hombre espiritual, se puede no cultivar bastante los talentos naturales, como la doctrina, la elocuencia, la prudencia, de donde se sacan medios para acertar en nuestros ministerios". Se trata, pues, de "un punto de perfección sublime pero difícil"; por eso "debemos juzgar de la grandeza y perfección del espíritu de la Compañía, no tanto por lo que se practica comúnmente, como por el ideal trazado por nuestro Fundador, San Ignacio"; el cual consiste, según repite una y otra vez Lallemant, en participar de Jesucristo precisamente en cuanto a "unir juntamente cosas que se alían tan dificultosamente como una gran oración, grande abnegación, perfecto desasimiento de todas las cosas, gran desprecio de lo mundano, plenitud del Espíritu Santo; y la conversación, el estudio, las misiones, los viajes, los ministerios exteriores".

CONCEPCION IMPLICADA EN ESAS REFLEXIONES

a) *Instrumento unido al Verbo.*

En todos esos textos de Lallemant, sea que se refieran directamente a Cristo, sea que hablen de la participación de El que ha de realizarse en la Compañía, aparece siempre que la calidad de perfecto Salvador implica en Cristo estas dos condiciones conjuntas: que su humanidad santísima es perfecta *en su propia línea humana;* y juntamente es perfecta *en cuanto a su unión con el Verbo Dios,* a quien está plenamente subordinada. Esta unión llega a un plano tan íntimo y fundamental que hay unidad personal o hipostática: es la misma Persona Divina quien existe, vive y actúa en esa su propia humanidad, y mediante ella posee personalmente y ejerce activamente su oficio de Salvador.

Esa doble perfección —como humana y como unida a Dios— es precisamente lo que corresponde a esa humanidad santa de Cristo como *instrumento perfectísi-*

mo del Verbo para efectuar la salvación. Cristo es Salvador porque tiene en esa su humanidad el perfecto instrumento para salvar; y ella es ese instrumento, precisamente por razón de esa doble perfección antes indicada. "La naturaleza humana, dice Santo Tomás, fué en Cristo instrumento de la divina", "instrumento del Verbo Dios que le está unido personalmente"; lo cual encierra dos cosas: primera, que en Cristo "la naturaleza humana tiene su propia operación distinta de la operación divina", es decir, la que corresponde a su propia perfección humana (como, por ejemplo, hablar, comer, andar, ver, razonar, sufrir, morir, etc.); y segunda, que, sin embargo, en cuanto instrumento, "la naturaleza humana participa de la divina operación, como el instrumento participa de la operación del agente que lo emplea", y "la naturaleza divina usa de la operación propia de la naturaleza humana"; de tal modo que "la operación que tiene la naturaleza humana de Cristo en cuanto es instrumento de la divinidad, no difiere de la operación de la divinidad: en efecto, no salvan con dos salvaciones diversas, la humanidad de Cristo y su divinidad". La razón de esto es precisamente que "la acción del instrumento en cuanto es instrumento, no es diversa de la misma acción del agente principal", puesto que el instrumento en cuanto tal "no actúa en virtud de su perfección propia, sino únicamente por el movimiento que le imprime el agente principal" (13).

b) *Lo que es un instrumento.*

Para poner un ejemplo, digamos que un piano tiene una actividad que es propia suya; la de emitir determinados sonidos con cada una de sus cuerdas. En cambio, la perfección artística de algún concierto dado con ese piano, aunque está en los mismos sonidos emitidos por él, ya no corresponde al piano *como tal,* sino *como instrumento* movido y utilizado por un buen pianista. Este no expresa su arte sino a través de los sonidos propios del piano; y tampoco el piano produce esa belleza sino sirviendo de instrumento al artista. Hay, según comenta el Cardenal Cayetano, "una como penetración del arte en el instrumento" (14); y la calidad artística de la ejecución no se halla separada sino que está como embebida en los mismos sonidos emitidos por las diferentes cuerdas. Eso es lo que Santo Tomás expresa con la frase antes citada: "la acción del instrumento *en cuanto es instrumento* no es diversa de la misma acción del agente principal". Por eso la perfección del instrumento en su condición de tal es doble: incluye la de su propia línea de ser —que sea un buen piano, en este ejemplo—; y la de su unión con el agente principal que lo emplea como instrumento —con el pianista, de modo que responda dócilmente al movimiento que él quiera imprimirle.

c) *Perfecto instrumento para salvar.*

De todo lo anterior resulta que las condiciones propias de Cristo en su calidad de Salvador, se reducen a que su santa humanidad es *perfecto instrumento del Verbo Dios para salvar,* con esa doble perfección del instrumento: la que le corresponde en su propia línea —la de humanidad, en este caso—; y la de perfecta unión con el agente principal que lo utiliza y mueve como instrumento —la de esa humanidad con la Persona Divina que la tiene hipostáticamente asumida.

"Hombre perfecto", como lo proclama la Iglesia, Cristo hacía servir esa su humanidad para toda su misión salvadora: para efectuar los milagros, que brotaban al contacto de sus manos o al imperio de su voz; para difundir su enseñanza incomparable, de tanta elevación y claridad en la doctrina, lógica implacable en sus refutaciones, belleza y ternura encantadoras en la expresión y arte maravilloso en las comparaciones y parábolas; para cumplir su misma obra redentora, que culmina en los actos supremos de la Cena y el Calvario, donde mediante su hu-

(13) *Suma Theologica,* 3, 13, 2, c; 19, 1, c y ad 2; 62, 1, c.

(14) *Comment. in S. Th.,* in 3, 13, 2.

manidad se ofreció en sacrificio y fué víctima inmolada, obtuvo la restauración de la amistad divina para el hombre y "adquirió con su sangre la Iglesia de Dios" *(Act.,* 20, 28). Todo eso y todo lo demás que podría detallarse, era tan humanamente perfecto en El, que por sí solo parecía explicar suficientemente el entusiasta seguimiento de las muchedumbres, la adhesión total de sus discípulos, las transformaciones súbitas de los pecadores, el cambio decisivo en la historia.

Pero la verdadera explicación no estaba ahí. "Nadie puede venir a Mí, declaró el mismo Jesús, si mi Padre que me envió no lo atrajere" *(Juan,* 6, 44). No bastaban las cualidades humanas para esa obra sobrenatural. Lo que daba eficacia en tal orden a esas acciones humanamente perfectas, era la Divina Persona del Verbo, a quien pertenecían como suyas propias, por ser El quien las ejecutaba en esa humanidad que era personalmente suya por la unión hipostática. Era el mismo Hijo de Dios en persona quien sanaba a los enfermos, detenía las tempestades, multiplicaba los panes, o conversaba, exponía y argumentaba, o se ofrecía como víctima y moría en la cruz. El propio sacrificio de la Cena y el Calvario tuvo eficacia redentora debido a que esos actos de su humanidad estaban dignificados infinitamente gracias a la unión substancial de esa humanidad con la Persona Divina del Verbo. Todo eso correspondía como a causa inmediata a esa perfecta humanidad; pero, en todo, ella actuaba como instrumento unido al Verbo, plenamente dependiente de El, subordinada a El, puesta "en manos de El", para servirle en la obra de salvación que El realizaba en ella y por ella.

Así pues, Cristo es Salvador porque tiene en su humanidad santísima el perfecto instrumento requerido para realizar la salvación. Y ese instrumento perfecto lo es porque cuenta con esa doble perfección propia del instrumento: la de que la misma humanidad sea perfecta en cuanto humanidad; y que sea perfecta en cuanto a su unión con Dios.

LA "INSTRUMENTALIDAD" PARA CON DIOS, CARACTER PECULIAR DE LA COMPAÑIA

a) *Como la humanidad de Cristo.*

Eso trae una consecuencia muy importante respecto a lo que Lallemant decía de la Compañía de Jesús. Lo que él expresa como relación, vínculo o participación especial de ella a Cristo como a Salvador, según su misma calidad de tal, de "Jesús", pasa a convertirse automáticamente en esto otro: la Compañía ha de *participar de la humanidad de Cristo en cuanto que ésta es para el Verbo Dios el instrumento perfecto de salvación.* Y esto, a su vez, significa que ha de participarla *según esa doble perfección* que la constituye perfecto instrumento: la de *perfección humana,* y la de *perfecta unión con Dios.*

En eso consistiría, por tanto, ese carácter peculiar o "esencia metafísica" de la Compañía de Jesús, a que antes nos referimos; y ésa vendría a ser la concepción central de una "teología de la Compañía". Constituiría el aspecto directo, primero y fundamental en que se realiza para ella la parcial reproducción o participación que Cristo le proporciona de la perfección total que hay en El.

b) *Cómo ha de entenderse.*

Tal como ya lo explicamos, sólo se trata de señalar una especial acentuación o enfoque más directo, dentro de un fondo que es a todos común. Y aun en cuanto a esto mismo habría que entenderlo sólo de esa condición de instrumento mirada según lo que es propio del instrumento como tal: de la humanidad santa de Cristo según esa sola condición que la constituye perfecto instrumento, o sea, la doble perfección ya indicada. Es algo que, para la Compañía, corresponde primeramente a su ser y actitud espiritual o "espiritualidad", y sólo consiguientemente a la manera de actuar.

En cambio, no ha de entenderse de un modo material. Porque se dan múltiples *casos particulares* de ciertos instrumen-

tos de Dios y de Cristo, *para determinados efectos* —como es, por ejemplo, el caso del sacerdocio ministerial, con el respectivo carácter sacramental; para no hablar de carismas especiales—. Es claro que no corresponde a esa "especialidad" característica de la Compañía en la Iglesia, la realización material de cada uno de esos diversos casos particulares de instrumentos, la materialidad de cada uno de ellos. Lo característico es sólo *la condición misma de instrumento en cuanto tal,* en cuanto a la misma "instrumentalidad", a lo que constituye al instrumento en su ser de tal; es la humanidad santa de Cristo en cuanto perfecto instrumento de salvación, por verificar esa doble perfección de su propia naturaleza y de su unión con Dios.

Eso, materialmente, se habrá de concretar en diversas formas particulares, según los varios casos y efectos de que se trate. Pero, en cada uno de ellos, *siempre será esa doble perfección la que constituya al instrumento como tal.* Pues bien, eso, en ese mismo aspecto genérico de "instrumentalidad", según eso mismo que significa el ser instrumento, es lo que decimos ser el aspecto peculiar en que a la Compañía le corresponde imitar participadamente a Cristo, y mantener así en la Iglesia una insistencia especial en la simultánea búsqueda de esos dos aspectos conjuntos e indispensables del perfecto instrumento.

c) *Lo propio de la Compañía.*

Llegar a serlo en realidad, es cosa que a todos los cristianos se nos pide procurar y que podemos buscar efectivamente aun insistiendo de un modo directo en otros aspectos especiales. Cada uno lo realizará según la perfección que, por la divina gracia, de hecho alcance a conseguir. Lo peculiar de la Compañía es únicamente el tener por vocación suya especial este modo de seguir a Cristo como el que *directamente, según ese mismo aspecto,* ha de procurar vivir y atestiguar en la Iglesia.

Por eso, así como, según la expresión ya citada de Santa Catalina de Siena, a la Orden de Predicadores le corresponde en la Iglesia "el oficio del Verbo"; podríamos decir que a la Compañía de Jesús le corresponde "el oficio de su santa humanidad", el de ser, unida a ella, instrumento de salvación en manos de Dios.

d) *Esa es la raíz de todo.*

De ahí su espiritualidad peculiar de servicio: como que lo propio del instrumento es el servir y que de él se sirva quien lo emplea como tal; y servicio por amor, puesto que se trata de instrumento libre, cuya actividad de tal no será perfectamente puesta en manos de quien lo maneja, si esa entrega no nace de haberle dado primero el corazón, de haberse así constituído voluntariamente en instrumento suyo. De ahí la discreción en el amor y la actividad ajustada a la de la Iglesia militante; pues el instrumento ha de estar dócilmente a la disposición de quien lo utiliza, y en la forma en que de hecho quiere utilizarlo —la cual, en el plan divino actual, es la de esa humilde Iglesia de la tierra—. De ahí también la búsqueda de ser contemplativo en la acción, procurando hallar a Dios en todas las cosas; puesto que el instrumento tiene su unión con quien lo maneja en el mismo hecho de ser manejado por El. De ahí, por fin, esa orientación hacia "la mayor gloria de Dios", con plena disponibilidad para todo lo que ella requiera; porque el instrumento no tiene otro papel que el de buscar y realizar lo mismo que intenta el agente principal al que está entregado y a quien sirve, y ha de ser manejable por él, estando del todo "a su disposición".

Parece, pues, que esa participación de la humanidad santa de Cristo en cuanto que es instrumento de Dios para salvar, con esa doble perfección que la constituye tal, explica todos esos otros caracteres que han sido presentados como los peculiares de la Compañía dentro de la Iglesia. Da razón de todos ellos y así los unifica y reduce a una raíz común.

e) *Comprobaciones fáciles.*

Para su exactitud, eso constituye una valiosa confirmación. Naturalmente, no es decisiva por sí sola y se funda en la verdad parcial, según su propio punto de vista, contenida en cada una de esas diversas opiniones —la cual, por lo demás, está bastante bien establecida—. Siempre haría falta presentar además en forma directa los fundamentos últimos de la afirmación básica; es decir, mostrar documentadamente, en los mismos hechos y demás datos elementales, cómo la vocación propia y peculiar de la Compañía tiene ese aspecto de Cristo como el buscado directa e inmediatamente.

Sería relativamente fácil, para comprobarlo, reunir abundantes y muy pertinentes textos legislativos o doctrinales y hechos históricos y documentos, de vida espiritual o de apostolado, hacer su análisis respecto a eso y mostrar cómo convergen interna y objetivamente hacia ese resultado. Pero una tal demostración, aun reducida a un somero esbozo, no cabe en los estrechos límites de un simple artículo (que ya, pese a todo, con la sola exposición que hemos hecho, va resultando demasiado largo).

Por eso, fuera de quedar aquí indicada esa posibilidad de hacer fácilmente dicha demostración, apenas si se podrá presentar, como simples ejemplos de ella, algunos de tales comprobantes, relativos a cada una de esas dos perfecciones constitutivas del instrumento en manos de Dios.

ASI COMO LA HUMANIDAD DE CRISTO ES INSTRUMENTO HUMANAMENTE PERFECTO...

a) *Hechos generalmente reconocidos.*

La primera de esas perfecciones propias de la humanidad santa de Cristo como instrumento de Dios, es participada por la Compañía con una intensidad y amplitud que, precisamente por referirse a un aspecto externo y comprobable, se le reconoce y alaba comúnmente, y aun a veces con manifiesta exageración. Aparte de los valores humanos muy claros, de psicología, prudencia, método y esfuerzo, manifiestos en sus doctrinas y prácticas ascéticas; son múltiples las formas, muy apropiadas y valiosas, de perfección humana con que, a través de cuatro siglos, se ha ejercido el apostolado por los miembros de la Compañía.

Se dan aun en la predicación y administración de sacramentos, ejercicios y congregaciones marianas; y más directamente, en el cultivo científico y enseñanza oral y escrita de las ciencias sagradas con todos sus ramos auxiliares, en el trato personal o los libros y otros escritos espirituales. Pero también hay altas investigaciones y cultivo de las ciencias y las artes profanas, filosóficas, matemáticas, astronómicas, meteorológicas, sismológicas, físicoquímicas y naturales, históricas, sociales, lingüísticas y literarias; formación superior, especial y humanística en innumerables universidades, seminarios y colegios; atención de necesidades económicosociales y materiales en variadas organizaciones, y en hospitales y hasta leproserías. En una palabra, las mil formas diversas que reviste la actividad humana, han encontrado en los jesuítas una dedicación esmerada y, en muchos casos, destacadísima. Sería imposible entrar aquí a dar nombres o datos concretos, que corresponden numerosos a cada uno de los rubros mencionados y a otros más especiales que podrían detallarse.

b) *Prescripción expresa del Instituto.*

Todo eso no es mera coincidencia. Responde, como simple ejecución práctica —imperfecta, por supuesto—, a los textos básicos del Instituto, donde San Ignacio dejó trazado el carácter propio del espíritu, organización y actividad de la Compañía de Jesús. Y en ellos aparece expresamente que ese cultivo de las cualidades y aptitudes humanas del apóstol y esa aplicación esmerada e intensa de los medios naturales más apropiados, pertenece —y es procurado porque pertenece— a la condición del apto instrumento de Dios en la obra de la salvación.

Prescindiremos de muchos pasajes de

las Constituciones en que se trata en detalle "de procurar el edificio de letras (o sea, de los diversos estudios) y el modo de usar dellas, para ayudar a más conocer y servir a Dios nuestro Criador y Señor" (como dicen al comienzo de su "Cuarta Parte", toda la cual está dedicada a esa materia); y de los que se refieren a diversos otros medios también de orden natural. Bastará citar aquí un pasaje que, hacia el finel, en la "Décima Parte", resume todo este asunto.

Se está hablando ahí de lo que contribuirá "para la conservación y aumento no solamente del cuerpo, o sea, de lo exterior de la Compañía, pero aun del espíritu della, y para la consecución de lo que pretende, que es ayudar las almas para que consigan el último y supernatural fin suyo" (n. 2º). Además de otras cosas que después diremos, prescribe ayudarse para eso de "los medios naturales que disponen el instrumento de Dios nuestro Señor para con los prójimos", cuidando de "que se aprendan y ejerciten por solo el divino servicio, no para confiar en ellos, sino para cooperar a la divina gracia, según la orden de la suma Providencia de Dios nuestro Señor, que quiere ser glorificado con lo que El da como Criador, que es lo natural, y con lo que da como Autor de la gracia, que es lo sobrenatural. Y así deben procurarse los medios humanos o adquiridos con diligencia, en especial la doctrina fundada y sólida, y modo de proponerla al pueblo en sermones y lecciones, y forma de tratar y conversar con las gentes" (n. 3º).

c) *Confirmación epistolar de San Ignacio.*

Esas fundamentales prescripciones de las Constituciones, que dan su verdadero sentido al empleo de tales medios, las repite San Ignacio en su correspondencia, insistiendo, por ejemplo, en carta a sus religiosos del gran colegio de Coímbra, en "cuán debida cosa es que os dispongáis a todo trabajo y diligencia para haceros idóneos instrumentos" o "enteros instrumentos de la divina gracia y cooperadores de esta altísima obra de reducir a Dios, supremo fin, sus criaturas", para lo cual habrán de ir "de una parte aparejando las letras" (Carta de 7 de mayo de 1547).

Más en particular explana y defiende esa actitud respondiendo a un corresponsal que había tenido expresiones seudoespirituales de menosprecio para el empleo de medios naturales, pues lo había llegado a tachar de "doblar las rodillas ante Baal". San Ignacio le hizo responder, entre otras consideraciones, que tal opinión "no parece vaya muy sólida ni muy verdadera; es a saber, que usar medios o industrias humanas y aprovecharse o servirse de favores humanos para fines buenos y gratos a Nuestro Señor, sea doblar las rodillas ante Baal; antes parece que quien no piensa sea bien servirse dellos y expender entre otros este talento que Dios da, reputando como fermento o mixtión no buena la de los tales medios con los superiores de gracia, que no ha bien aprendido a ordenar todas las cosas a la gloria divina, y en todas y con todas aprovecharse para el último fin del honor y gloria divina".

Le agrega que, supuesta la recta ordenación hacia Dios, si alguien "para el servicio suyo con solicitud se aprovecha de los dones que El da, internos y externos, espirituales o corporales, pensando que su virtud infinita obrará con medios o sin ellos todo lo que le pluguiere, pero que esta tal solicitud le place cuando rectamente por su amor se toma, no es esto doblar las rodillas ante Baal, sino ante Dios, reconociéndole por autor, no solamente de la gracia, pero aun de la natura" (15).

(15) Es carta del Secretario General, P. Juan de Polanco, pero "de parte de Mtro. Ignacio"; insiste diciendo "yo soy como pluma" que sólo escribe "por comisión de N. P. M. Ignacio"; es de 18 de julio de 1549 y está en *Monum. Ignatiana*, ser. I, vol. II, pp. 478-484. Además de agregar otras reflexiones, comprueba esa doctrina con ejemplos del Antiguo y del Nuevo Testamento, especialmente de San Pablo, "que no pensaba él doblarse ante Baal cuando se aprovechaba de las pasiones de los fariseos contra los saduceos, diciendo por librarse dellos: soy juzgado acerca de la resurrección, etc.; y cuando queriéndole maltratar se aprovechó de ser ciudadano de Roma; y cuando a Agripa rey dijo tenerse por beato por decir ante él su causa; y en sus epístolas a diversos usa tiros de tanta humana prudencia, ayudada por la superhumana, que el autor de la una y de la otra le comunicaba". Igualmen-

d) *La práctica.*

Podría mostrarse cómo el mismo San Ignacio practicaba todo eso, por ejemplo, en su propia larga y laboriosa dedicación a los estudios, en la selección y formación cuidadosa de sus primeros compañeros, en la prudencia para informarse, aconsejarse y pesar pausadamente las razones, aun gozando de tantas luces sobrenaturales —como, entre tantos casos que citar, al componer las Constituciones—; en fin, en esa manera humanamente razonable y prudente de proceder, hasta en los asuntos mínimos, y de aconsejar otro tanto a los suyos.

Pero, en realidad, tanto respecto a él mismo como a la Compañía, esos hechos son generalmente reconocidos. No sólo no presentan duda alguna, sino que hasta a veces son destacados como si fueran lo único o al menos lo principal dentro de la actitud peculiar de la Compañía en la Iglesia. Sin llegar hasta atribuirle, como la ya muy desprestigiada fábula, un empleo indiscriminado de todos los medios que parezcan útiles, no es raro el que sea presentada como su característica básica dentro de la Iglesia, únicamente la de aplicar, con energía y constancia, métodos, conocimientos, habilidad, prudencia, voluntad fuerte y tenaz, sagacidad, influencias, riquezas, y mil otras variedades de la línea humana de medios de acción. Algo de eso era lo que había en la opinión del P. Clérissac citada al comienzo.

e) *Perfección del instrumento.*

Que no es así, lo diremos a continuación. Aquí baste el haber indicado que todos esos valores humanos se procuran en la Compañía, según sus Constituciones y la doctrina insistente del Fundador, bajo ese aspecto de perfeccionamiento humano del instrumento de Dios; es decir, según el modelo de la humanidad santa de Cristo en su propia línea de tal, de instrumento unido a Dios pero *humanamente perfecto.*

ASI COMO LA HUMANIDAD DE CRISTO ES INSTRUMENTO PERFECTAMENTE UNIDO A DIOS...

a) *Lo principal del instrumento.*

Quienes, mirando sólo por fuera —y más aún si lo hacen desde fuera de la Iglesia—, ven en ese primer elemento el característico de San Ignacio y de la Compañía, o siquiera el más importante y apreciado, desconocen lo principal: o sea, en el mismo San Ignacio, su altísima vida mística, desde Manresa hasta la muerte; y en él y la Compañía, la entera *subordinación* —y, por tanto, *inferioridad*— de todos esos medios humanos respecto a lo que constituye primera e ineludiblemente al instrumento de Dios en su calidad de tal, que es la unión con El.

b) *Las "Constituciones" lo dicen.*

Incluso en esos mismos pasajes citados en apoyo del punto anterior, aparece expresamente esta enseñanza. Las Constituciones, no sólo principian proclamando que "la suma Sapiencia y Bondad de Dios nuestro Criador y Señor es la que ha de conservar y regir y llevar adelante en su santo servicio esta mínima Compañía de Jesús, como se dignó comenzarla; y de nuestra parte, más que ninguna exterior constitución, la interior ley de la caridad y amor que el Espíritu Santo escribe e imprime en los corazones ha de ayudar para ello" (Proemio, n. 1); no sólo reiteran múltiples veces tal doctrina; sino que en el mismo lugar donde vimos tan inculcado el empleo de "los medios naturales que disponen el instrumento de Dios nuestro Señor para con los prójimos", anteponen una expresa y apremiante insistencia sobre la primacía total e incondi-

---

te en la historia de la Iglesia, se ve que los más grandes Santos "han usado las partes e industrias humanas de doctrina y elocuencia y destreza; y aun armas de potentes, para fines santos del divino servicio, no les pareciendo adorar a Baal, sino a Dios omnipotente, a quien solo con medios naturales y supernaturales servían. Y así es determinación de los doctores escolásticos que se deben usar los medios humanos, y que sería muchas veces tentar a Dios si, no tomando los tales que Dios envía, se esperasen milagros en todo".

cional de la unión con Dios: "Para la conservación y aumento no solamente del cuerpo, o sea, de lo exterior de la Compañía, pero aun del espíritu della, y para la consecución de lo que pretende, que es ayudar las almas para que consigan el último y supernatural fin suyo, los medios que juntan el instrumento con Dios y le disponen para que se rija bien de su divina mano, son más eficaces que los que le disponen para con los hombres: como son los medios de bondad y virtud, y especialmente la caridad y pura intención del divino servicio, y familiaridad con Dios nuestro Señor en ejercicios espirituales de devoción, y el celo sincero de las almas por la gloria del que las crió y redimió, sin otro algún interés. Y así parece que a una mano debe procurarse que todos los de la Compañía se den a las virtudes sólidas y perfectas y a las cosas espirituales; y se haga de ellas más caudal (es decir, se les dé mayor importancia) que de las letras y otros dones naturales y humanos. Porque aquellos interiores son los que han de dar eficacia a estos exteriores para el fin que se pretende" ("Décima Parte", n. 2º).

Unicamente "sobre este fundamento" inculcan a continuación el empleo de esos otros "medios naturales", y expresamente intercalan al hablar de ellos la salvedad de que se les use "no para confiar en ellos" (n. 3º). La razón fundamental ha sido una vez más proclamada inmediatamente antes: "Porque la Compañía, que no se ha instituído con medios humanos, no puede conservarse ni aumentarse con ellos, sino con la mano omnipotente de Cristo Dios y Señor nuestro; es menester en El solo poner la esperanza de que El haya de conservar y llevar adelante lo que se dignó comenzar para su servicio y alabanza y ayuda de las almas. Y conforme a esta esperanza el primer medio y más proporcionado será de las oraciones y Sacrificios (de la Santa Misa), que deben hacerse a esta santa intención" (n. 1º).

c) *También las cartas de San Ignacio.*

Las mismas cartas que citamos para el punto anterior también recuerdan este otro elemento principalísimo de poner "en Dios el fundamento todo de su esperanza", "pensando que su virtud infinita obrará con medios o sin ellos todo lo que le pluguiere" y que así "en Dios y su gracia se tiene el áncora firme de la esperanza" junto con "usar medios humanos a sus tiempos, enderezados puramente a su servicio" (18 de julio de 1549, a Juan Alvarez). Se reitera que, "para poner en otro la forma de la humildad, paciencia o caridad, quiere su Divina Sapiencia que la causa inmediata que El usa como de instrumento, como es el predicador o confesor, sea humilde, paciente y caritativo. En manera que, como os decía, aprovechando a vosotros mismos en toda virtud, grandemente servís al prójimo; porque no menos, antes más apto instrumento para conferirles gracia aparejáis en la vida buena que en la doctrina, bien que en lo uno y en lo otro requiere El perfecto instrumento" (7 de mayo de 1547, a Coímbra). A los de Ferrara repetía San Ignacio que "cuanto ellos fueren mejores, tanto estarán más dispuestos a ser aceptados por Dios como instrumentos de la edificación de los de fuera y de la perpetuidad de la fundación" (13 de junio de 1551). Y así en otros muchos casos.

d) *Sentido ignaciano de la obediencia.*

Desde otro punto de vista aparece esta misma doctrina a propósito de la obediencia, tal como en la Compañía la inculcó, y con tanta insistencia, San Ignacio. Para él, más aún que el aspecto de renuncia, de "obediencia-sacrificio", o el de medio indispensable para la acción disciplinada y concorde, hay en esta virtud un medio excelente de conexión del instrumento humano con Cristo Dios que se sirve de él, "conformando del todo vuestras voluntades con la regla certísima de toda rectitud, que es la divina voluntad, cuyo intérprete os es el Superior que en su lugar os gobierna"; en efecto, puesto que "por su amor (de Cristo) os habéis puesto debajo de obediencia, sujetándoos a la voluntad del Superior *por más conformaros con la divina*" (subrayo ese aspecto decisivo), se puede estar cierto de

"que no faltará su fidelísima caridad (la de Dios así buscado) de enderezaros por el medio que os ha dado" (Carta "de la obediencia", de 26 de marzo de 1553).

Por eso, a quien vaya en contra de esa dependencia respecto a la dirección divina que trae la obediencia, no es de creer "que Dios N. S. lo quiera aceptar por instrumento de su servicio y gloria. Porque, como vemos por experiencia que medianos talentos y del medio abajo, son instrumentos muchas veces de muy notable fruto y muy sobrenatural, por ser enteramente obedientes y dejarse mover y poseer, mediante esta virtud, de la potente mano del Autor de todo bien; así al contrario se ve en talentos grandes trabajar más sin mediano fruto: porque moviéndose por sí mismos, es decir, de su amor propio, o no se dejando, a lo menos bien, mover de Dios N. S. por medio de la obediencia de sus mayores, no hacen efectos proporcionados a la omnipotente mano de Dios N. S., que no los acepta por instrumentos, sino a la suya muy débil y flaca" (17 de diciembre de 1552, a D. Mirón). Poco antes de su muerte, volvía San Ignacio a recordar que "poderoso es Dios Nuestro Señor para obrar cosas muy grandes aun con instrumentos de suyo debilísimos, pero movidos de la santa obediencia" y así dice que "suele usar de misericordia, valiéndose de los debilísimos instrumentos de su Compañía". (6 de junio de 1556, a J. B. de Fermo).

e) *Aparece en múltiples otras formas.*

Esa misma visión del instrumento unido a Dios, puesto en sus manos para ser eficazmente manejado por El, podría mostrarse en muchísimos otros aspectos de San Ignacio y de la Compañía. Por ejemplo, en los Ejercicios Espirituales, con toda su obra de rectificación según el querer divino, para "en todo amar y servir a Su Divina Majestad"; o en sus Reglas para sentir con la Iglesia y para discernir espíritus, que ayudan a seguir fielmente el impulso que externa o internamente viene de Dios; o en la misma actitud del "cuarto voto" característico de la Compañía, que busca el tener así "una más cierta dirección del Espíritu Santo"; o en la de ser "contemplativo en la acción" y "hallar a Dios en todas las cosas", o, como dicen las Constituciones de la primera de las dotes que debe reunir el Padre General, "que sea muy unido con Dios nuestro Señor y familiar en la oración y (en) todas sus operaciones" ("Nona Parte", cap. 2, n. 1).

Pero ahora es imposible detallar más. Basten las someras indicaciones presentadas de cómo esa segunda perfección del instrumento de Dios, o sea, la unión con El, aparece claramente como rasgo esencial, el más importante e insustituíble, de la concepción fundamental de la Compañía de Jesús. Es precisamente ésa la que la constituye en su condición de instrumento asumido de hecho por Dios para salvar, y le da así el participar especialmente de la perfecta unión con el Verbo que hace de la humanidad santa de Cristo el "instrumentum coniunctum", instrumento unido por excelencia.

EQUILIBRIO TOTAL

a) *Doble perfección del instrumento.*

Perfección en la línea humana, y perfección en la unión con Dios, componen la perfección propia del instrumento que es la humanidad santa de Cristo, y que también es, a inconmensurable distancia y por simple participación y vocación especial, la Compañía de Jesús en la Iglesia.

Esa doble perfección no significa mera yuxtaposición de dos elementos independientes. Por el contrario, la segunda consiste precisamente en relacionar la primera, en unirla con Dios, en ponerla como en sus manos, para que El la maneje y se sirva de ella.

Hay una armonía o equilibrio que guardar, una proporcionada complementación de ambos elementos, con necesaria plena supervivencia de cada uno. De ahí la posibilidad mencionada por el P. Lallemant de "echarse demasiado hacia uno de los lados" y perder algo de los valores humanos requeridos, o de la indispensable unión con Dios.

b) *Peligros en ambos sentidos.*

Aparte del peligro que siempre hay de no responder sino muy flojamente a una vocación sublime, aquí se presenta el de alterar la debida proporción y mutua relación de ambos factores, por darse demasiado a uno de ellos. Los medios o fines subordinados pueden llegar a erigirse en fines dominadores, independizarse y desconectarse; o puede venir el fiarse o gloriarse de ellos, como si les correspondiera la eficacia y el fruto sobrenaturales. Por el otro extremo, además del peligro señalado por Lallemant de no cultivar bastante las cualidades y valores naturales, puede también caerse en un mero aprovechamiento utilitario, que confunda la búsqueda subordinada con el desconocimiento, desprecio o servicio insincero de las personas o de ciertos valores como la verdad, el bien, la justicia, la amistad, el progreso, la cultura, la belleza, el arte, y tantos otros genuinos y dignos fines.

El instrumento de Dios ha de mantener el equilibrio de la doble perfección jerarquizada que le corresponde, como lo hay en la santa humanidad de Cristo. Hay que estar en guardia contra las deformaciones que, en nombre de un bien verdadero, pero sólo parcial, desarticulan esa unidad del instrumento en manos de Dios.

c) *"A Dios rogando y..."*

San Ignacio, no sólo evitaba admirablemente tales peligros, sino que insistía en mantener esa armonía, con diversas fórmulas que expresan la conjunta aplicación de los recursos humanos y la dependencia de Dios y, por lo mismo, la confianza puesta en El solo. Una de esas fórmulas más auténticas se halla en una carta a San Francisco de Borja: "Mirando a Dios N. S. en todas las cosas, como le place que yo haga, y teniendo por error confiar y esperar en medios algunos o industrias en sí solas; y también no teniendo por vía segura confiar el todo en Dios N. S., sin quererme ayudar de lo que me ha dado; por parecerme en el Señor nuestro que debo usar de todas dos partes, deseando en todas cosas su mayor alabanza y gloria, y ninguna otra cosa" (17 de septiembre de 1555).

Tal es el equilibrio que corresponde a esa condición de "instrumentos en manos de Dios", realizada con total perfección en la humanidad santa de Cristo y en cuya peculiar participación me parece estar la misión propia de la Compañía de Jesús en la Iglesia.

•

CINE EXPLICADO

"CINE EXPLICADO" constituye una valiosa innovación en el estudio artístico y moral de la cinematografía.

La Oficina de Información Cinematográfica del Instituto Fílmico de la Universidad Católica y de la Fide, ha organizado desde comienzo de agosto, sesiones dominicales (17.30 horas) en el Colegio San Ignacio, dedicadas a los Sacerdotes, Religiosas, Educadores y mayores de 18 años, comentadas antes de su proyección y seguidas de un foro. Se suspenderán durante el mes de septiembre para reanudarse permanentemente el domingo 30 de septiembre.

Los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola

Su perenne actualidad

por el Excmo., Sr. ALFREDO SILVA SANTIAGO
Arzobispo de Concepción
Rector de la Universidad Católica de Chile

1. —Conmemorar el cuarto centenario de la muerte de San Ignacio de Loyola, y, con tal motivo, celebrar la vida y la obra del glorioso Santo, y no recordar de modo especialísimo su "Libro de los Ejercicios Espirituales", y la providencial práctica de éstos que siguió a su divulgación, sería no sólo cosa por demás extraña, sino hasta inexplicable e imperdonable.

2. —En verdad, Ignacio de Loyola ha legado a la humanidad y a la Iglesia una riquísima y preciosísima herencia espiritual:

a) el ejemplo vivo, luminoso y conquistador de su personalidad extraordinaria en santidad y en fecundidad apostólica cuando, rota la unidad religiosa de Europa e imprescindible la reforma y restauración católica, más se necesitaba de una y otra cosa;

b) la fundación de la "Compañía de Jesús", entre todas las grandes Ordenes e Institutos religiosos de la época moderna, la más ilustre y la de más amplia y profunda influencia religiosa y social al servicio del Pontificado Romano, centro y cabeza de la unidad católica;

c) y finalmente, los Ejercicios Espirituales según su método, los cuales, por su originalidad, riqueza ascética y eficacia sobrenatural, han venido a ser en el orbe católico entero los Ejercicios Espirituales por antonomasia e instrumento incomparable de renovación de la vida cristiana en las almas y en los más variados y difíciles ambientes.

En esta triple herencia no cabe duda de que los Ejercicios Espirituales tienen la primacía.

3. —Porque ¿quién podría alcanzar una visión de conjunto, una visión íntima y profunda de Ignacio de Loyola, sin conocer el contenido del "Libro de los Ejercicios Espirituales"? El que haya trashojado siquiera la vida de San Ignacio, y conozca a la vez sus Ejercicios Espirituales, no puede menos de observar y considerar que desde su permanencia en Loyola en 1521, a raíz de su conversión, hasta que en Roma, por el verano de 1556, terminó su existencia terrena, toda ella no es sino un fidelísimo trasunto del "Libro de los Ejercicios", como éstos, a su vez, son copia o traslado del original que era el mismísimo Ignacio en cuerpo y alma, enriquecido por Dios con admirables prendas de naturaleza y elevado por la abundancia de la gracia divina y por los carismas de la más subida contemplación, a la insigne calidad de perfecto caballero y soldado de Cristo.

En el "Libro de los Ejercicios Espirituales" —más aún que en sus Cartas (1) o en su Autobiografía o Confesiones (2) —, hay que buscar para admirarla en toda su belleza y sublimidad, la configuración de su espíritu regulado por la razón, el deber y la fe; y de su carácter decidido, constante e intrépido sin menoscabo ni de la humildad ni de la prudencia; y, sobre todo, de su magnánimo corazón pleno del más puro y encendido amor — amor de abnegación y sacrificio— a Dios, a Jesucristo, a la Iglesia y a su Vicario visible en la tierra.

4. —Y ¿qué decir de la Orden nueva por él fundada? ¿Qué pensar de la Compañía de Jesús? Con ese pequeño libro de los Ejercicios Espirituales, el cual sólo equivale a las dos terceras partes de la Imitación de Cristo (3), fué como for-

(1) Cartas de San Ignacio de Loyola: Madrid 1874-1899.
(2) Monumenta Ignatiana: Madrid 1904.
(3) Espasa, tomo 28, primera parte, pág. 952.

mó y plasmó San Ignacio el espíritu de la Compañía. Y a través de los siglos, su libro al parecer tan insignificante, continúa siendo la pieza maestra y el principal resorte humano y divino que airosamente sostiene a la Compañía de Jesús en una acción apostólica extraordinariamente universal y en el puesto siempre de avanzada en la pacífica, pero ardua lucha por establecer el Reino de Cristo en las almas y en la sociedad.

Tanto es así que el que desee penetrar en la hondura interior de la Orden que trajo a la Iglesia una nueva y providencial forma de vida religiosa del todo militante y conquistadora como lo exigían las circunstancias morales, sociales y religiosas de los tiempos modernos; y el que anhele estudiar la causa última de por qué la Compañía ocupa quizás las páginas más nutridas y gloriosas de la Historia de la Iglesia en las cuatro postreras centurias; y en fin, el que quiera darse cuenta cabal del sentido del odio amargo de unos y del amor encendido de otros al Instituto que lleva como pregón de todas sus empresas "la mayor gloria de Dios": que tome y lea el "Libro de los Ejercicios Espirituales", que los confronte, en seguida, con las Constituciones de la Compañía de Jesús, y tendrá la visión exacta y completa del rol que éstas tienen en la organización y aquéllos por una evidente inmersión en las Constituciones, en el principio de vida y en el corazón que hace circular la gracia divina, fruto de la sangre de Cristo, en la gran colectividad de los hijos y discípulos de Ignacio de Loyola.

5. —Lo expresado hasta aquí, y además los maravillosos resultados que viene produciendo la práctica de los Ejercicios Espirituales conforme a la doctrina y al método de San Ignacio, justifican sin hipérbole alguna, el juicio de un célebre escritor e historiador quien no vacila en afirmar que el "Libro de los Ejercicios" es "uno de los más extraordinarios libros del mundo". (4)

6. —Mas ¿qué es este "Libro" considerado en sí mismo? Y en consecuencia ¿qué son los Ejercicios Espirituales de San Ignacio? A estas demandas responde un hagiógrafo del Santo: "Sería tarea poco menos que imposible describir estos Ejercicios sin practicarlos, como lo fuera pretender explicar las reglas de la navegación a uno que no tuviera idea alguna del mar ni conociera lo que es un barco". (5)

Hecha esta salvedad, que sólo encierra cierta parte de razón, no juzgamos del todo imposible definir, aunque sea imperfectamente, la naturaleza íntima de los Ejercicios según la mente y método de San Ignacio.

7. —A este respecto afirma el R. P. Astráin, que el Libro de los Ejercicios Ignacianos es "el más original y sublime que ha escrito la ascética cristiana" (6). Como la teología ascética o ciencia de los santos tiene por objeto propio la perfección de la vida sobrenatural o cristiana, ya sabemos, según la frase de Astráin, cual es, en último análisis, la naturaleza y fin de los Ejercicios de San Ignacio.

Lo cual más explícitamente aún lo expresa Su Santidad Pío XI en su Encíclica "Mens nostra" (7) sobre los Ejercicios Espirituales. Sus palabras textuales son éstas: "Cumple llamar especial y principal Maestro de los Ejercicios Espirituales a San Ignacio de Loyola, cuyo admirable libro de los Ejercicios, pequeño ciertamente en volumen, pero repleto de celestial sabiduría, desde que fué solemnemente aprobado, alabado y recomendado por Nuestro Predecesor de feliz memoria Paulo III (8), sobresalió y resplandeció como *código sapientísimo y enteramente universal* de normas para dirigir las almas por el camino de la salvación; como fuente inexhausta de piedad muy eximia a la vez que muy sólida; y como eficacísimo estímulo y peritísimo maestro para procurar la reforma de las costumbres y alcanzar la cima de la vida espiritual". (9)

---

(4) Pastor: Historia de los Papas, tomo XII, pág 7.

(5) Espasa: volumen ya citado, pág. 952.

(6) R. P. Astráin: Historia de la Compañía de Jesús, Tomo 1.°, San Ignacio, pág. 140.

(7) De 20 de diciembre de 1929. Acta Apostolicæ Sedis, vol. 21, pág. 689-706.

(8) Paulo III: Breve "Pastoralis Officii". de 1548.

(9) A.A.S.,; volumen citado, pág. 703.

Estos juicios que constituyen el mayor encomio que se puede hacer del Libro de los Ejercicios y de su práctica, vale la pena, aunque sea sucintamente, presentarlos en mayor amplitud en cuanto al significado que encierran a la luz del mismo libro.

8. —Este significado superior e íntimo lleno de eficacia para llegar a los preciosos fines a que se refiere Su Santidad Pío XI, lo señaló el propio San Ignacio en dos partes: en el título mismo del Libro, y en lo que podemos llamar el proemio de él, o sea, en las veinte enjundiosas anotaciones "para tomar alguna inteligencia en los Ejercicios Espirituales que se siguen, y para ayudar así el que los ha de dar, como el que los ha de rescibir". (10)

En el título indica qué son sus Ejercicios: "Exercicios Espirituales para vencer a sí mismo y ordenar su vida, sin determinarse por afección alguna que desordenada sea". Y en el proemio, en la primera anotación, explica con mayor claridad y precisión la naturaleza y el fin inmediato que tienen, con estas palabras: "La primera anotación es que, por este nombre, excercicios espirituales, se entiende todo modo de examinar la conciencia, de meditar, de contemplar, de orar vocal y mental, y de otras espirituales operaciones *según que adelante se dirá*".

Esta última frase, según nuestra opinión, entraña importancia capital si se quiere poner de relieve la auténtica naturaleza de los Ejercicios ignacianos. Ella nos da a conocer y aun nos demuestra que los Ejercicios de San Ignacio de Loyola, a diferencia de otra clase de Ejercicios Espirituales, llevan consigo una manera, o mejor dicho, un método propio y bien determinado de hacer "aquellas espirituales operaciones", cuyo admirable conjunto tal como se halla en el Libro, constituyen los Ejercicios que el penitente de Manresa había concebido y explanado, no tanto por luces puramente naturales o adquiridas, sino, como en 1617 lo reconocieron los jueces de la S. Rota Romana, impresas por el mismo divino Espíritu (11). Con razón —perdónesenos esta digresión —, hoy en día se habla en Teología Ascética y Mística de la "Escuela ignaciana" cuyas ideas fundamentales y rasgos característicos son los del Libro de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio.

Mas no sólo la excelencia e importancia de una cosa, sino también su naturaleza intrínseca se conoce por la determinación de su fin. San Ignacio a continuación inmediata de la cita literal del Libro de los Ejercicios que ya hemos hecho, nos indica el fin que éstos se proponen: "Así como el pasear, caminar y correr son exercicios corporales, por la mesma manera todo modo de preparar y disponer el ánima para quitar de sí todas las afecciones desordenadas, y después de quitadas para buscar y hallar la voluntad divina en la disposición de su vida, para la salud del ánima, se llaman exercicios espirituales".

Cuanto acabamos de exponer nos proporciona una noción general de los Ejercicios ignacianos, pero no nos deja la visión que anhelamos de las notas distintivas de la espiritualidad de los mismos. La tarea de hacerlo con toda la luz y fuerza magnífica que del conciso y medular Libro de los Ejercicios se infiere, es asaz difícil, y, por lo mismo la juzgamos superior a nuestros alcances. Pero vamos a intentarla siquiera.

9. —Se ha dicho, y con razón, que los Ejercicios ignacianos son ejercicios de *elección* de estado para los que todavía no lo hubieren hecho, o bien de *reforma* para quienes ya tienen estado determinado de vida. Más aún, no sólo tal es el fin próximo de los Ejercicios, sino que toda la fábrica variada y maravillosa de ellos, y toda la estupenda unidad orgánica de sus meditaciones y contemplaciones afectivas (parte principal de los Ejercicios), como de sus mismas anotaciones, adicio-

(10) San Ignacio: título de las 20 Anotaciones.

(11) Con ocasión de la beatificación de San Ignacio, los jueces de la S. Rota Romana declararon: "Nos vemos obligados a confesar que dicho conocimiento y luz sobrenatural que recibió Ignacio del Cielo al tiempo de la composición del Libro de los Ejercicios fueron más bien infusas que adquiridas".

nes, instrucciones y reglas, con sabiduría y prudencia se encaminan a ese fin eminentemente práctico y trascendental para el alma y vida del ejercitante y para la conservación y dilatación de la Iglesia, verdadero Cuerpo y Reino Místico de Cristo.

Para alcanzar ese fin, y alcanzarlo en toda su integridad, como lo exigen la gloria de Dios y el bien de las almas, dos grandes meditaciones se dan la mano, y ambas apretando fuertemente la del ejercitante ferviente y generoso, lo conducen más adelante, en su tiempo oportuno, a la elección o a la reforma.

Esas dos meditaciones, quintaesencia de los Ejercicios, son las siguientes: aquéllas con que se abren los Ejercicios (12) y que el Santo las agrupa en una sola bajo el significativo título de "Principio y fundamento"; y, en seguida, aquélla que es como la portada a las meditaciones de la segunda semana o parte de los Ejercicios, es decir, la del Reino de Cristo. También esta meditación puede y debe llamarse "Principio y Fundamento", si no de todos los Ejercicios, a lo menos, de la más profunda y fecunda parte de ellos, cuales son las tres últimas semanas que tienen por objeto la perfección cristiana vivida en toda su radiante plenitud.

Pues bien, notemos aunque sea brevemente que en las meditaciones del "Principio y fundamento" de los Ejercicios y de toda la vida moral y espiritual del hombre, se echan en forma y medida incomparables por la lógica y psicología que envuelven, las bases graníticas de razón y de fe para convencer eternamente el entendimiento y mover la voluntad del ejercitante a la generosa y enérgica resolución de servir a Dios y salvar su alma. Todavía más, le persuaden e inducen a *desear* y *elegir* solamente lo que más puede conducirle para el fin que ha sido criado. Una disposición habitual por la cual *"se hace indiferente"* a todas las cosas criadas, en todo lo que es concedido a la libertad de nuestro libre albedrío y no le está prohibido" (13), le mantendrá firme y constante, sin ser traicionado por su corazón, en ese deseo y en esa elección.

Las meditaciones que inmediatamente vienen en pos del "Principio y fundamento" son de una importancia innegable para toda clase de almas, aun de aquellas que, gracias a Dios, se hallan en estado de perfección.

Son las meditaciones en que el Santo quiere que, haciendo uso de las tres potencias del alma, se medite hondamente en la justicia de Dios que castiga el pecado, pues ello conduce a afianzarse en el recto uso de las criaturas y en la indiferencia para con ellas, a purificarse en el sacramento de la confesión y a conseguir aquella libertad de espíritu y corazón que será la mejor e insustituible condición para sacar el mayor fruto de los Ejercicios.

Se cierra entonces la primera parte de aquéllos y se abre el camino de las tres partes que le siguen. Antes, empero, de entrar en estas partes, San Ignacio, como movido por un rayo de luz sobrenatural, se detiene en el curso de sus Ejercicios Espirituales y quiere y exige que el ejercitante se detenga con él ¿y para qué? Para que considere atentamente el segundo "Principio y fundamento" de su vida cristiana, sin el cual, dada su flaca y caída naturaleza, no sabrá perseverar en sus propósitos, como la historia del género humano lo demuestra.

Ese segundo "Principio y fundamento" es la hermosa meditación del Reino de Cristo, la cual, como ya hemos dicho, se da estrechamente la mano con el primer "Principio y fundamento", y ambas a una se iluminan, se robustecen y perfeccionan hasta transformarse en un ideal sobrenatural incomparable por su luz, su belleza y su fuerza. El Santo, con cierto no velado dramatismo capaz de interesar y conmover, lo titula: "El llamamiento del Rey temporal ayuda a contemplar la vida del Rey eternal".

(12) Es verdad que al "Principio y fundamento" San Ignacio no le da el carácter de meditación, pero de ordinario los comentaristas del Libro de los Ejercicios lo dividen en tres meditaciones: fin del hombre, fin de las criaturas e indiferencia respecto a las criaturas.

(13) San Ignacio: Libro de los Ejercicios: Principio y fundamento.

¡Llamamiento! ¿De quién? ¡Respuesta! ¡Oblación! ¿A quién?

Llamamiento de Cristo, Nuestro Señor, Rey eterno y Señor universal, deseoso, por la gloria de su Padre, de extender su reinado espiritual por todo el mundo y para ello pide a todos que se incorporen en su ejército y se pone a la cabeza de sus fieles soldados solamente exigiéndoles que quien quisiere venir con El ha de trabajar con El, "porque siguiéndole en la pena, también le siga en la gloria". (14)

Respuesta, oblación del noble y sincero ejercitante, y cuanto más noble y sincero más generoso y desprendido, que no puede hacerse "sordo al llamamiento" de tal Rey, sino, al contrario, "presto y diligente por cumplir su santísima voluntad", ofreciéndose, conforme a la vocación y estado a que el Señor se digne llamarle, a establecer y dilatar el Reino de Cristo con fe viva y ardiente caridad.

10. —Henchido a h o r a el corazón del ejercitante de vivo amor a Jesucristo, cuyo llamamiento a seguirle de cerca ha tenido la dicha de conocer y recibir, resuelto a ir en pos de El y fundir, si es la divina voluntad, su propia vida con la vida del Rey celestial, comienza para él un camino más suave y dulce que el que quizás ha recorrido hasta el momento..

Entra no tanto a meditar cuanto a contemplar afectuosamente la vida y misterios de Cristo para más conocerlo, y conociéndolo amarlo, y amándolo imitarlo. Contempla sobre todo a Nuestro Señor Jesucristo en su vida privada en Nazaret como ejemplar del estado común y ordinario de guarda de los mandamientos, y en la ida del Señor al templo como modelo de perfección evangélica.

Esta es entonces la hora providencial de parar un momento en la contemplación de los misterios de Cristo a fin de disponer el ánimo para una circunstancia la más grave e importante de la vida: la elección de estado o bien la reforma y mejora del que una vez se eligió. Mas a fin de que tal elección o reforma sea esmerada, prudente y sobre todo eficaz, San Ignacio vuelve a pedir al ejercitante que una vez más ponga en ejercicio las tres potencias de su alma entregándose a las originales y sapientísimas meditaciones que denomina "Dos banderas", "Tres binarios o clases de hombre", y "Tres grados de humildad". Estas meditaciones profundamente prácticas (15), junto con dar al ejercitante una idea clara y distinta de la perfección cristiana, le renuevan en el propósito de seguir de cerca a Jesucristo y a estar muy atento a la moción de las divinas inspiraciones.

11. —Despierto así el deseo, firme la voluntad y tenaz la determinación de aceptar y pasar por cualquier trabajo y sacrificio por cumplir la divina voluntad, resuena en lo más íntimo de la conciencia del ejercitante la hora cumbre de los Ejercicios Espirituales, la hora del triunfo de la gracia, la hora de eterna resonancia, la hora que hará que salga transfigurado del retiro y de los Ejercicios, la hora de la *elección* y de la *reforma*.

Para una y para otra, y principalmente para la primera, trae el Santo sabias y oportunísimas reglas. Tan sabias y oportunas que, en realidad, constituyen además de un documento de inapreciable valor ascético, un conjunto admirable de principios y deducciones prácticas de la más pura y alta pedagogía.

12. —Hecha una prudente y seria elección o enmienda de la propia vida, debe el ejercitante confirmarse más y más en sus propósitos, a pesar de que las pasiones capitales y de que la sensualidad y el amor carnal o mundanos se empeñarán en apartarlo del camino que tan sobrenaturalmente ha escogido. Para ello San Ignacio le convida a contemplar la Pasión sagrada del divino Redentor y a Jesucristo Resucitado y en plena posesión de su gloria. Tal es la materia de las dos últimas semanas o parte de los Ejercicios Espirituales. Ciertamente no podía el Santo haber escogido consideraciones, ni más hermosas, ni más conmovedoras para llenar el espíritu y corazón del ejercitan-

(14) San Ignacio: Libro de los Ejercicios: Llamamiento del Rey.

(15) Los comentaristas del Libro de los Ejercicios Espirituales suelen llamarlas "Meditaciones sobre la elección".

te, de consuelo, ánimo y confianza, y aún de gozo espiritual, para perseverar en una vida cristiana intensamente vivida con Cristo y por El y para El.

Pero San Ignacio quiere asegurar aún más esa perseverancia. Es así como antes que el ejercitante se relaje quizás de la actividad personal que ha venido practicando hasta el momento, antes que abandone el recogimiento y retiro de los Ejercicios donde el Criador y el Redentor han hablado tan íntimamente a su alma, le presenta una última contemplación: la contemplación para alcanzar amor. Es decir, teniendo presente lo que hay más profundo en el hombre, lo que es el primer móvil de su ser y de su acción, le hace recordar y ponderar uno tras otro los motivos del amor de Dios. De la suave y dulce consideración de estos motivos, ¿cómo no se aumentará en el corazón del ejercitante su amor para con Dios? Pero el amor tiende a la unión, y la unión se perfecciona y consume en la comunidad de vida.

El ejercitante sale, pues, de los Ejercicios Espirituales repitiendo con San Ignacio: "Tomad Señor y recibid cuanto tengo y cuanto poseo... dadme solamente vuestro amor y gracia que esto me basta". (16)

13.—Tales son los Ejercicios Espirituales *propiamente dichos* que, por disposición de la Divina Providencia, salieron a luz por obra del insigne siervo de Dios San Ignacio de Loyola: "Tesoro", como lo llamaba Ludovico Blosio, venerable varón de la ínclita Orden de San Benito.

No es mía la frase: lo es, veinte y cinco años ha, de Su Santidad Pío XI en su Carta Encíclica acerca de cómo se debe promover cada vez más el uso de los Ejercicios Espirituales. (17)

La palabra del Vicario de Cristo nos demuestra la perenne actualidad de los Ejercicios Ignacianos.

Y nos demuestra también que, entre sus múltiples y preciosas propiedades, está el mérito de que con facilidad se pueden siempre adaptar a toda clase de personas o comunidades, sin necesidad de apartarse ni del orden admirable de sus partes, ni de sus meditaciones, ni aún de sus mismos documentos. Su variedad, su sorprendente e inagotable variedad, nace de la fuerza de su método y de la seguridad y riqueza de su espiritualidad. No ocultemos este tesoro. Antes bien, hagamos participantes de él a todas las almas que podamos. Caritas Christi urget nos.

---

(16) San Ignacio: Contemplación para alcanzar amor: punto primero.

(17) Encíclica "Mens Nostra", ya citada; A.A.S., vol. 21, pág. 697.

El Santo nos dice que el amor hay que ponerlo más en las obras que en las palabras, y que estas obras tienen que ser una mutua comunicación de bienes entre el amado y el amante. Por esto nos hace recordar los beneficios que hemos recibido de Dios, con el fin de despertar nuestra generosidad a corresponder al amor de Dios con magnanimidad.

"El primer puncto es traer a la memoria los beneficios rescibidos de creación, redempción y dones particulares, ponderando con mucho afecto quánto ha hecho Dios nuestro Señor por mí y quánto me ha dado de lo que tiene, y consequenter el mismo Señor desea dárseme en quanto puede según su ordenación divina. Y con esto reflectir en mí mismo, considerando con mucha razón y justicia lo que yo debo de mi parte offrescer y dar a la su divina majestad, es a saber todas mis cosas y a mí mismo con ellas, así como quien offresce affectándose mucho: Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, mi memoria, mi entendimiento y toda mi voluntad, todo mi haber y mi posseer; vos me lo distes, a vos, Señor, lo torno; todo es vuestro, disponed a toda vuestra voluntad; dadme vuestro amor y gracia, que ésta me basta".

San Ignacio — Ejercicios Nº 234

Espiritualidad de acción

por JOSE CORREA V., S. I. (*)

EL PROBLEMA

Hay dos personalidades en el Nuevo Testamento que caracterizan dos aspectos o tendencias de la vida cristiana. Son San Juan y San Pablo. Ambos grandes santos y genuinos discípulos de Cristo, pero la gracia que los inundó con abundante efusión, se adaptó al temperamento de cada uno.

San Juan, es el discípulo del Prólogo y del Discurso de la Cena. Tranquilo, sereno a la par que intuitivo, penetrador profundo del alma del Maestro; penetración que adquirió en el silencio y en el amor. Es como un mar calmado, solemne, profundo, que invita a la contemplación apacible y estática.

San Pablo, en cambio, es el hombre de lucha, el hombre que tiene una misión que cumplir "oportune et importune", apremiado por el aguijón de un mensaje que comunicar, un Misterio que evangelizar. Es un mar tempestuoso que arrasa con todo y cuya fuerza lo lanza a través de las fronteras, soportando azotes y naufragios, peligros entre judíos y gentiles, vigilias, hambre, frío y desnudez, porque no puede resistir a la "caridad de Cristo que lo urge" e impulsa.

No se trata de dos posiciones irreconciliables. Son dos aspectos de una misma realidad; dos frases que expresan una misma verdad: Cristo. Ni S. Juan excluye la acción, ya que fué un "enviado" del Señor; ni S. Pablo, arrebatado al tercer cielo, rechaza la contemplación. Con este paso diferente los cristianos de todos los siglos han ido siguiendo a Cristo por el único camino: la Iglesia.

A unos, los contemplativos, Dios les ha hecho la gracia de llamarlos a una profunda unión con El, en medio de la soledad y del silencio; y en esta forma ellos son apóstoles por su testimonio y por la eficacia sobrenatural de sus vidas.

A otros, les ha confiado una misión que realizar en su reino. Una obra de evangelización, de caridad o de docencia, que contribuya al desarrollo del Cuerpo Místico de su Hijo. Son sus enviados, sus apóstoles.

Pero así como los contemplativos son apóstoles a su manera, así también los apóstoles son contemplativos a la suya. Es esta manera de contemplación en medio del apostolado la que quisiéramos presentar en este artículo al proponer la espiritualidad de la Compañía de Jesús como una *espiritualidad de acción.*

Existe una frase de Santo Tomás ya consagrada en la espiritualidad: "contemplata aliis tradere": comunicar a los demás por el apostolado lo que anteriormente se ha asimilado y contemplado en la oración. No cabe duda de que el contenido de esta frase es verdadero y necesario; sin embargo, trataremos de proponer otro matiz de gran interés para los apóstoles y que completa la riqueza del "contemplata aliis tradere". Es el "in actione contemplativus", es decir, ser contemplativo en la acción misma. Que la acción no sea un desgaste de las energías espirituales acumuladas en una contemplación aislada y tranquila, sino que por el contrario el mismo trabajo apostólico emprendido por amor a Cristo y a su Iglesia y por celo de las almas, se convierta en fuente de energía espiritual, en instrumento de purificación, y en medio para adquirir una alta vida de unión, equivalente a la de los "contemplativos".

Comencemos por estudiar el problema encarnado en la persona de San Ignacio.

(*) El autor, P. José Correa V., es director espiritual de los jóvenes jesuítas en el Noviciado Loyola.

IGNACIO ACTIVO

San Ignacio fué un gran *activo* por temperamento. El que cayera herido en la defensa de Pamplona no era una excepción en su familia. Su padre se había señalado en el servicio del Rey combatiendo a los moros en Granada, su hermano mayor en la campaña de Nápoles, otro en la conquista de Méjico, un tercero peleando contra los turcos. Esa era la sangre que inflamaba sus venas y que, una vez convertido, lo llevará a cambiar la armadura por un saco de peregrino, pero no a abandonar el deseo de "señalarse en el servicio de su Rey", aunque ahora se trate de su Rey Eternal.

En los Ejercicios, Cristo se le presentará como el Rey Eterno, que teniendo delante el universo mundo lo "llama y dice: Mi voluntad es de conquistar todo el mundo y todos los enemigos, y así entrar en la gloria de mi Padre; por lo tanto, quien quisiere venir conmigo ha de trabajar conmigo, porque, siguiéndome en la pena me siga también en la gloria". Y su impulso generoso lo hace exclamar: "considerar que todos los que tuvieren juicio y razón ofrecerán todas sus personas al trabajo". (1)

Su temperamento, enardecido por tales sentimientos, lo llevará a fundar una Orden activa: una Compañía al servicio de su Rey, para que sean soldados de Cristo "bajo el estandarte de la Cruz y sirvan a sola su Divina Majestad y a su Esposa, la santa Iglesia bajo el Romano Pontífice, Vicario de Cristo en la tierra" (2). Años más tarde lo vemos de rodillas ante este Vicario de Cristo, ofreciéndose con la primera patrulla de su escuadrón "a todo lo que nuestro Santo Padre que es hoy, y los que por tiempo fueren Pontífices romanos nos mandaren para el provecho de las almas y acrecentamiento de la fe. E iremos sin tardanza (cuanto será de nuestra parte) a cualquier provincia donde nos enviaren, sin repugnancia ni escusarnos, ahora nos envíen a los turcos, ahora a cualesquier otros infieles, aunque sean las partes que llaman indias, ahora a los herejes y cismáticos, o a cualesquier católicos cristianos". (3)

IGNACIO MISTICO

Este es un aspecto del santo y un aspecto de su obra.

Si de esta impetuosa actividad y deseo de servicio, nos adentramos en su interior, nos encontraremos con un hecho desconcertante y desconocido para muchos: este gran activo es a la vez un gran místico. Unas páginas escapadas de la papelera nos lo muestran en íntima y diaria comunicación con las personas de la Sma. Trinidad, e inundado de consuelo y de lágrimas. En una tomada al azar escribe: "En la oración a la larga en mucho continua y en muy grande devoción, claridad calorosa y gusto espiritual, y tirando en parte a un cierto elevar. Después... con algunas internas mociones espirituales y motivas a lágrimas, y así acabada la misa, quedando en mucho reposo espiritual. En la misa lágrimas en mayor abundancia que en el día pasado... asimismo sintiendo inteligencias espirituales, a tanto que me parecía así entender que casi no había más que saber en esta materia de la Sma. Trinidad, etc." (4)

Los que lo conocieron en sus últimos años nos pintan este emocionante cuadro: "subíase a un terrado o azotea, de donde se descubría el cielo libremente; allí se ponía en pie quitado el bonete, y sin menearse estaba un rato fijos los ojos en el cielo, luego hincadas las rodillas hacía una humillación a Dios; después se asentaba en un banquillo bajo, porque la flaqueza del cuerpo no le permitía hacer otra cosa, allí se estaba la cabeza descubierta, derramando lágrimas hilo a hilo, con tanta suavidad y silencio, que no se le sentía ni sollozo, ni gemido, ni ruido, ni movimiento alguno del cuerpo". (5)

---

(1) Ejercicios, N°. 95.

(2) Bula "Exposcit debitum", de Julio III.

(3) ibidem.

(4) Diario Espiritual, 21 Febrero 1544.

(5) Vida de San Ignacio, Ribadeneira, p. I, 5, C I

MISTICA ACTIVA

Pero el interés que presenta su vida mística, es que ella también es una mística activa. A diferencia de los místicos de vida contemplativa, su mística no lo conducirá tanto a una unión amorosa cuanto a un servicio por amor. "Nada en nuestro santo —escribe el P. de Guibert— que parezca al lirismo del "Cántico espiritual", y de la "Llama de amor" de San Juan de la Cruz; no solamente faltan al fundador de la Compañía los magníficos dones poéticos del Doctor Carmelita, sino el fondo mismo de los pensamientos expresados en sus páginas. Al contrario, lo que domina todas las relaciones de éste con las divinas personas, con Cristo, es la actitud humilde y amante del servidor, el cuidado de discernir en sus más delicados matices el servicio deseado, la generosidad en cumplirle perfectamente, por costoso que sea, con un arranque gozoso de amor, pero también con un sentimiento profundo de la infinita majestad de Dios y de su trascendente santidad" (6). Todas las gracias infusas que recibe van ordenadas a orientarlo e inflamarlo en su ideal de servicio a Cristo en su Iglesia, a gloria del Padre.

Su mística lo dirige a la acción, pero algo más importante aún, para el tema que nos ocupa, es que fué un *místico en la misma acción.* Su unión íntima y profunda con Dios no se limitaba a los momentos de oración sino que impregnaba toda su vida, todas sus actividades, todo lo hacía "in Domino", en el Señor. Lo importante era crear un contacto habitual con Dios, llenar de él todo su ser, sus potencias, sus sentidos; como él dirá: "revestirse de Cristo" para así obrar todo "en el Señor", a "gloria de Dios".

Sus contemporáneos testimonian: "es cosa mucho de notar la facilidad que tiene en unirse a Dios por oración" (7). Mas, en seguida añadirán que esta unión no se limitaba a la sola oración: "en todas las cosas encontraba a Dios, en los negocios, en las conversaciones", etc. (8). Otro añade: "parece increíble la facilidad y expedición que tiene nuestro Padre para recogerse, aun en medio de las agitaciones de los negocios y para unirse a Dios por medio de la oración" (9); un tercero agrega: "se eleva a Dios a propósito de cualquier cosa". Esta disposición para encontrar a Dios en todo y elevarse a El fácilmente se transluce en la Contemplación para alcanzar Amor, de sus Ejercicios; en ella nos invita a "mirar como Dios habita en las creaturas, en los elementos dando ser, en las plantas vegetando, en los animales sensando, en los hombres dando entender... haciendo templo de mi siendo creado a similitud e imagen de su divina majestad" (10). Y "mirar como todos los bienes y dones descienden de arriba... así como del sol descienden los rayos, de la fuente las aguas, etc." (11)

LECCION A SUS HIJOS

Este encontrar a Dios no sólo en la oración, sino en todas las cosas, en todos los sitios y empleos, gracia tan necesaria para un apóstol, lo conduce a inculcar en sus hijos esta doctrina.

Al Rector del Colegio de Coimbra responde el Padre Polanco en nombre del Santo: "Cuanto a la oración y meditación, no habiendo necesidad especial por tentaciones, como dije, molestas o peligrosas, veo que más aprueba procurar *en todas las cosas que hombre hace, hallar a Dios,* que dar mucho tiempo junto a ella. Y este espíritu desea ver en los de la Compañía: *que no hallen* (si es posible) *menos devoción en cualquier obra de caridad y obediencia, que en la oración o meditación".* (12)

A un Padre Procurador que se quejaba de que la preocupación de los negocios temporales le impedía darse a la oración como sería su deseo, responde: "Del cargo de las cosas temporales, aunque en al-

(6) La Spiritualitè de la Compagnie de Jésus. J. de Guibert, p. 38-9.
(7) M. H. S. I.. Fontes Narrativi, I, 635.
(8) F. N., II, 123.
(9) F. N., II, 364.
(10) Ejercicios Nº. 235..
(11) ibidem Nº. 237.
(12) Epist. Ignac. III, 502.

guna manera parezca y sea distractivo, no dudo que vuestra santa intención y dirección de todo lo que tratáis a la gloria divina lo haga *espiritual y muy grato* a su infinita bondad, pues las distracciones tomadas por mayor servicio suyo, y conformemente a la divina voluntad suya, interpretada por la obediencia, *no solamente pueden ser equivalentes a la unión y recolección de la asidua contemplación, pero aún más aceptas,* como procedentes de la más violenta y fuerte caridad". (13)

A una consulta sobre el tiempo que los estudiantes deben consagrar a la oración, responde: "atendiendo al fin de los estudios, por el cual los escolares no pueden tener largas meditaciones, allende de los ejercicios que tienen para la virtud... se pueden ejercitar en *buscar la presencia de nuestro Señor en todas las cosas,* como en el conversar con alguno, andar, ver, gustar, oír, entender, y en todo lo que hicieremos... Y esta manera de meditar, hallando a nuestro Señor Dios en todas las cosas es más fácil que no a levantarnos a las cosas divinas más abstractas". (14)

A San Francisco de Borja, que se daba a grandes penitencias y largas oraciones, le recomienda, supuesto que no existan especiales dificultades espirituales, "que la mitad del tiempo se mudase en estudio", pues le será muy útil para el futuro y le desea que guarde "la propia ánima quieta, pacífica y dispuesta para cuando el Señor nuestro quisiere obrar en ella; que sin duda es mayor virtud de ella *y mayor gracia poder gozar de su Señor en varios oficios y en varios lugares, que en uno solo*". (15)

A este cuadro el P. Nadal pone una última pincelada de gran importancia por el comentario que él mismo agrega: "sabemos —nos dice— que el P. Ignacio recibió de Dios la gracia singular de poder sin esfuerzo orar y reposarse en la contemplación de la Sma. Trinidad... hacia ella se sentía impulsado, a ella se unía con todo el corazón y con gran sentimiento de devoción y gusto espiritual... Contemplación que le fué concedida casi continuamente durante los últimos años de su peregrinación... A esto se agrega que en todas las cosas, acciones, conversaciones, sentía y contemplaba la presencia de Dios y el afecto a las cosas espirituales; era *contemplativo en la acción* (lo que él solía llamar: encontrar a Dios en todas las cosas). Y termina este testimonio con una consideración de gran interés para sus hijos: "y algo de esa gracia nos parece que deriva hasta nosotros". "Por esto creemos que este privilegio concedido al P. Ignacio, ha sido también acordado a toda la Compañía, y confiamos que la gracia de esa oración y contemplación nos está preparada a todos nosotros en la Compañía, y la consideramos unida a nuestra vocación". (16)

LA COMPAÑIA HEREDA SU ESPIRITU

Siempre existe un paralelismo estrecho entre los fundadores y sus Ordenes. La Compañía es una orden apostólica y activa, porque su fundador fué, como lo hemos visto, un gran activo; pero así como él también fué un místico en la acción, ella también heredó su espiritualidad de acción.

Arriba consideramos las recomendaciones que daba a sus hijos. Veamos ahora cómo éstos han comprendido su lección. Escogeremos dos representantes de este tipo de espiritualidad: uno antiguo, contemporáneo de San Ignacio y en quien él depositaba toda su confianza, y otro moderno, contemporáneo nuestro, que merece toda la nuestra: los Padres Jerónimo Nadal y Léonce de Grandmaison.

Ambos reconocen la necesidad de la oración para vivir una vida de íntima unión con Dios, de docilidad al Espíritu Santo y de sobrenatural eficacia apostólica, pero esta oración no ha de ser tal que retraiga del apostolado. "El sentimiento de la oración y afecto de ella —nos indica

(13) ibidem IV, 127.
(14) ibidem III, 506-13.
(15) ibidem II, 233-37.

(16) M. H. S. J., Nadal IV, 651-2.

el P. Nadal—, que inclina a recogimiento y solitud no necesaria, no parece ser propia oración de la Compañía, sino *la que inclina al ejercicio de su vocación y ministerio*" (17). Nótese que dice "recogimiento y solitud *no necesaria*", porque él mismo defenderá la necesidad de una oración diaria recogida.

Para el P. de Grandmaison "la oración formal es más bien un medio que un fin; ante todo es una preparación a una vida de oración virtual constante y de amistad con Dios". (18)

Tratemos de comprender lo que él entiende por esta vida de oración virtual. "La oración —explica— es una conversación, un trato habitual y amante con Dios, con el Maestro interior. Este trato, esta conversación es de dos suertes: *actual,* esta es la oración propiamente dicha, hecha distinta y conscientemente... y *virtual,* que es la disposición habitual del corazón, del espíritu, de la voluntad para escuchar y seguir la voz del Maestro interior, la dirección del Espíritu Santo; ella consiste en la docilidad a Dios...

La oración virtual, con relación a la actual, es un estado débil o casi vacío desde el punto de vista intelectual y de trabajo mental. Es un estado sentimental, voluntario, afectivo, que se hace consciente con intermitencias y que es compatible con una ocupación mental activa totalmente diferente... es un trato constante, una relación ininterrumpida... La oración virtual es la disposición que hace los amigos de Dios, las almas "hijas de Dios", los "docibiles Dei". Es la causa de una inmensa paz, es la condición de un apostolado fecundo". (19)

Se trata pues, de una especie de atención, de inclinación interior hacia Dios aun en medio de las ocupaciones, semejante a la de una madre que trabaja junto a su hijo enfermo, y se afana y preocupa por sus quehaceres, pero al mismo tiempo, en el fondo de su alma tiene una tendencia o atención al rincón donde se encuentra el lecho de su hijo, y bastará que éste haga el menor movimiento para que ella lo note y acuda en su ayuda. El hábito de esta oración virtual, de esta atención de fondo a Dios, nos hace fácil el recurso a él en medio del trabajo; las alegrías y las penas, los éxitos y los fracasos, y las mismas tentaciones, nos presentarán la ocasión de reanudar una unión más explícita. En esta forma, como nos pedía S. Ignacio, nos acostumbraremos a *"encontrar a Dios en todas las cosas"*, y seremos "instrumentos unidos y dóciles" al supremo Motor, asegurando así la eficacia de nuestra acción sobrenatural.

De manera muy semejante, aunque quizás más interior, el P. Nadal nos explica esta *espiritualidad de acción,* o esta *contemplación en la acción.* Propone una definición admirable: *"el estado de oración* —dice— *es un estado de vida espiritual en Jesucristo".* (20)

En otro sitio explica más claramente este "estado de vida espiritual en Jesucristo". "Yo vivo —dice— por el ejercicio espiritual de mis facultades. Pero esta vida es la vida de la gracia; no es humana, sino divina; no es según la carne y el mundo, sino es de arriba, según el espíritu... es la vida de Cristo que por la gracia, por las virtudes y por los dones del Espíritu Santo se ha hecho mía... por lo tanto, con razón no hablo ya de mi vida, sino de la de Cristo... yo no vivo, sino él mismo vive en mí". (21)

El hecho de que esta oración sea un "estado de vida espiritual en Jesucristo" presenta la ventaja de que no se limita a ciertos actos esporádicos, sino que inunda toda la actividad diaria, iluminándola, vivificándola y presentándola en un plano de fe. La actividad apostólica emprendida en este plano de fe, lejos de ser un obstáculo al recogimiento y al espíritu de oración, es —lo repetimos— una constante ocasión de unión entre el instrumento humano y el agente sobrenatural. Así la oración y acción se complementan y ayudan mutuamente formando un *círculo espiritual que va de la oración a la acción y de la acción a la oración.* Oigamos al

(17) ibidem, 672-81.
(18) Ecrits Spirituels, I. 192.
(19) ibidem, II, 182-4.
(20) M. H. S. I., Nadal, IV, 672-81.
(21) Adnotationes in Evangelia.

P. Nadal: "este es el círculo que yo suelo decir que hay en los ministerios de la Compañía que por aquello que vos habéis hecho con el prójimo y servido a Dios en aquel ministerio y en cualquier oficio vuestro, Dios después os ayudará más en vuestra oración y en las otras ocupaciones que tenéis para ayudaros y esta mayor ayuda que tenéis aquí, hace que después con mejor ánimo y mayor provecho os ocupéis con el prójimo en vuestros oficios. De modo que un ejercicio "vicissim" ayuda al otro". (22)

Como se ve, esta actitud de contemplación en la acción comporta dos elementos: uno de orden intelectual y volitivo y otro de orden afectivo. El primero: que en nuestro apostolado "busquemos puramente el servicio de Dios". Esto supone una gran rectitud de intención, un gran desinterés apostólico, olvido de sí mismo, lucha contra el orgullo, egoísmo y sensualidad, es decir, un serio trabajo de purificación.

El segundo elemento, es de orden afectivo, consiste en una inclinación cariñosa, por así llamarla, y constante hacia Dios; es esa actitud de atención tenue, pero ininterrumpida, que con frecuencia se actúa en una conversación amigable e íntima. Esto se realiza en un ambiente de recogimiento interior, al mismo tiempo que ayuda a mantenerlo.

El apóstol "contemplativo en la acción" vive de la convicción de que Dios es su Padre, y el mundo en que se mueve la casa del Padre; los hombres a quienes sirve son hermanos suyos e hijos de Aquel, y si los mira con fe, a través de ellos descubre el rostro de Cristo. Cree que el Espíritu Santo ha anidado en su interior, ha venido a hacer mansión en él, y que desde allí le acompaña, anima y fortifica; le dice que su trabajo es continuación del de Cristo, que Cristo sigue bautizando por sus manos y predicando con sus labios, que su pasión es la pasión de Cristo, y que sus sufrimientos escondidos son redentores. Le agrega que en la confesión, es él quien le está sugiriendo los consejos y, al mismo tiempo, ablandando el corazón del penitente; y cuando agotado se encamina a auxiliar a un enfermo, le dice que es el Buen Pastor que en él continúa buscando la oveja perdida. En esta forma, con o sin consuelos, la obscuridad luminosa de la fe enciende y aviva en el corazón del apóstol esa atención afectiva y unitiva hacia su Dios.

Esta espiritualidad de acción con que S. Ignacio arma a sus hijos, puede ser de gran provecho para todos los que tienen que consagrarse a una labor apostólica intensa. Es un principio incontestable que "la oración es el alma del apostolado", pero esto no cambia la situación real en que vive el apóstol en el mundo de hoy. Recargo de trabajo, actividad absorbente, que casi no dejan tiempo para darse a la oración. Por otra parte la experiencia muestra que la acción sin oración a la larga, seca, desgasta espiritualmente, y termina por convertir al apóstol en un empleado de una oficina sobrenatural. Un apóstol, en cambio, unido a Dios es un testimonio encarnado del ideal que predica. Los santos han transformado sus ambientes, no tanto por la elocuencia de su palabra cuanto por el contagio de sus vidas. Lo propuesto en estas páginas puede ayudar a encontrar esa unión a Dios, tan necesaria para el apostolado, en el seno mismo de la acción.

---

(22) Nicolau: Nadal, p. 325.

La primera conquista de San Ignacio

por RAIMUNDO LARRAIN Y., S. I.

1.—Al latino, sucedió el Renacimiento griego, y las máximas paganas volvieron a entronizarse, y el cuerpo y la inteligencia —es decir, lo humano— fueron divinizándose... Paulatinamente fué separándose una minoría rica y voluptuosa, de una masa infeliz, despreciada por aquéllos; y juntamente fué volatilizándose la idea de "Europa" en un mosaico de pequeños Nacionalismos, y brotó entonces la seductora frase, "Cujus regio, ejus religio", que hacía depender la Fe de las fronteras.

Felizmente los Santos —extraordinarios en número y, si puede decirse, en calidad— aparecieron también en el escenario de la Historia occidental, para poner las cosas en su punto, para volver a gritar la igualdad esencial del Blanco y del Negro, del llamado civilizado y del llamado salvaje, del rico y del pobre; para recordar la infinita superioridad del Espíritu sobre la materia, de la Verdad sobre el error...

Entre estos Santos consideraremos ahora a San Francisco Javier.

G. K. Chesterton obtuvo a los 15 años el premio Milton, con una poesía sobre él: era su estreno literario. Cuentan que su primer crítico biográfico (1908) escribió lo siguiente: "He olvidado, si alguna vez lo supe, lo que G. K. Chesterton hizo con un tema tan poco prometedor". Y C. C. Martindale, S. J., replica: "Jamás lo supo... porque a Javier no se le olvida" así no más.

2.—Nació el 7 de abril de 1506, en un recio castillo navarro de frontera, en un paisaje de aguas caudalosas y de azul intenso. Como de Ignacio de Loyola, se dijo que al tiempo de nacer sus madres respectivas se habían retirado a un establo, por devoción al misterio de Belén. Pero en realidad trátase de leyendas: ¡ninguno de los dos comenzó tan temprano su imitación de Cristo! El carácter de ambos era, sin embargo, esencialmente idéntico: vascos hasta la médula, apasionados, prácticos, resueltos, poco efusivos, capaces de olvidarse de sí mismos totalmente, hijos de familias orgullosas de su sangre y ortodoxia... Ambos aparecen también plenamente incrustados en su tiempo y en esa España recién victoriosa del invasor musulmán, pletórica de energías juveniles que desbordan en América. Brillan además como nobles astros en la eternidad, carente de naciones y de épocas.

La niñez de Francisco Javier fué austera pero feliz. Moreno, de espesa cabellera, muy aficionado al canto, muy dado al atletismo, llevaba ya en sí el sello del Jefe y del Amigo.

Pero en ese clima tenso, en esa Navarra que de 1234 a 1512 había estado, o unida a la Corona de Francia, o gobernada —con la excepción de un solo monarca español— por soberanos franceses; lo cual tanto se oponía a los proyectos unitarios de Fernando e Isabel, que querían anexarla...; en ese ambiente, la guerra no se hizo esperar mucho. En 1515 el rey Fernando, victorioso, enviaba al Duque de Nájera como primer virrey navarro y, siendo amigos de Nájera los Loyolas, Ignacio fué a residir con él en su corte de Pamplona, al tiempo que los Javieres vencidos lamentaban sus derechos señoriales anulados, el castillo ancestral semidestruído. Pero al morir el rey Fernando, lejos en Flandes Carlos V, Navarra se alzó. Fué en pos de las tropas francesas que habían cruzado los Pirineos por donde resonaron las últimas notas inmortales de Rolando. Entre los soldados "separatistas" marchaban jubilosos Juan y Miguel Javier, dos hermanos de nuestro Santo. Y sitiaban ya Pamplona, defendida por un puñado de valientes, al mando de Iñigo de Loyola. Una bala de cañón rompió la pierna de Ignacio y quebró el ritmo de su vida, sublimándolo. ¿Fué un Javier quien dió en el blanco y provocó la rendición de Pamplona?... ¡Y quizá el mismo Francisco Javier hubiera

herido a Ignacio, si hubiera tenido más de 11 años, debido a lo cual no participó en el asalto! En todo caso, Ignacio sabrá vengarse santamente en un día no lejano.

A pesar de la victoria, la familia Javier seguía mal, medio arruinada económicamente. Cifrando todos las mayores esperanzas en Francisco, decidieron enviarlo a París, a la Universidad del mundo entero: él, con el tiempo, restauraría las glorias ancestrales y recobraría los títulos... Pero poco a poco fueron los éxitos hinchando la ambición de sus 19 años; era ya uno de los compañeros más influyentes, futuro profesor, gran "leader"... Alexis Carrel dice que "cuando nos ponemos a contemplarlo en la armonía de todas sus actividades orgánicas y espirituales, experimentamos una profunda emoción estética". Sin embargo, la Sorbona ofrecía sus peligros... y no sólo intelectuales. Dadas sus extravagancias, su madre afligida pensó en hacerlo volver junto a los suyos, lo cual pudo evitarse gracias a la insistencia de su hermana, una pobre Clarisa. Con todo, por un milagro de la gracia, ese joven mundano, lúcido, audaz, fascinador, se conservó puro. Nunca fueron sus labios blandos, ni tuvo la mirada resbaladiza del lujurioso; nunca tuvo caídas, ni fiebre, ni pestilencia. Aunque acompañó a sus compañeros de estudios —y aun a su maestro, que murió de eso— en sus expediciones nocturnas, jamás quiso condescender.

3.—En febrero de 1528 llegaba Iñigo de Loyola al terrorífico Colegio de Montaigu, de donde Juan Calvino se había retirado hacía poco. Pocos hombres en la historia han comenzado a estudiar latín a los 37 años, y menos aún fueron movidos por las razones mismas de Ignacio... Mas pronto debió trasladarse a un Colegio más humano, el de Santa Bárbara, dispuesto a enfrascarse en el estudio de Aristóteles. Y aquí se encuentra —no pudiendo disponer de muchos fondos — obligado a compartir una pieza con otros dos muchachos pobres, mucho más jóvenes que él, pero mucho más avanzados en sus estudios. El primero era Pierre Favre, amable pastor saboyano de 23 años, destinado a ser el primer jesuíta. El otro era... Francisco Javier.

Desde el primer momento —como dos polos de igual carga magnética— esos caracteres semejantes parecieron repelerse. Al menos por parte del más joven, que veía en Ignacio solamente lo desagradable: había peleado contra los Javieres en Pamplona, había aparecido sospechoso de heterodoxia ante la Inquisición, no era atleta ni mucho menos, apenas sabía un mínimum de latín. El, en cambio, había obtenido una distinción en los deportes de la Universidad y estaría pronto explicando al Estagirita en sus aulas... ¿Qué vió, por su parte, Ignacio en Javier, para que no desistiera en su conquista, que tardó tres largos años? ¡En todo caso, no fué la habilidad del navarro para enseñar Aristóteles! Ignacio comenzó el sitio inexorablemente, prestándole varios servicios, ayudándolo a conseguir dinero y alumnos, amistosamente siempre y dispuesto a escucharlo en momentos de desahogo juvenil. Como hábil psicoanalista fué desentrañando los sueños javerianos, fué sacando a luz esa ambición desmedida de fama y honor y estimación "de mucho nombre en la tierra". Y en los momentos propicios —como la gota de agua que va horadando la piedra— dejaba caer en la conciencia de Javier la terrible pregunta evangélica: "¿De qué le vale al hombre ganar títulos y el mundo entero, si viene al fin a perder su alma?". Aunque Javier lo odiaba y se burlaba de este compatriota mal presentado, que era como su remordimiento encarnado ante él, Ignacio, que era más Jefe, triunfó por fin: Javier, humanista greco-latino hasta entonces, devino humanista cristiano. El ideal del "caballero", del "hidalgo", fué sublimado hasta el ideal del "santo". ¡Claro que, como lo dirá más tarde el secretario de Iñigo, la batalla fué dura: "a menudo oí decir a nuestro gran modelador de hombres que la arcilla más dura en que le tocó trabajar, fué Francisco Javier!"

4.—Eran ya 6 los que habían "dejado sus redes" y "quemado sus naves" para seguir a Ignacio. Nadie pensaba todavía en fundar una nueva Orden religiosa. Su

única ambición era trabajar por la gloria de Dios, como un grupo hermanable, dispuestos a "morir alegremente por cualquiera causa perteneciente al mayor servicio y veneración de Dios". Decidieron mientras tanto terminar sus estudios, ordenarse de Sacerdotes, y partir después a Tierra Santa, en donde verían si se quedaban para procurar la conversión de los turcos, o si regresaban, siendo la mayor gloria de Dios el único determinante de su elección. Agregaron que, si después de un año de espera, no podían lograr viaje a Palestina, abandonarían ese plan, yendo a Roma, en cambio, a ofrecerse al Papa, para que él dispusiera de ellos. Preparados ya los 7, eligieron la fiesta de la Asunción de la Sma. Virgen, de 1534, y en la falda del Montmartre, en una capillita abandonada, al alba, decidieron atarse a Cristo con los votos de pobreza y castidad, y con el de partir a Jerusalem. Fué una ceremonia tan sencilla que ni ellos mismos se dieron cuenta de la importancia histórica de esa primera piedra de la Compañía de Jesús que estaban poniendo...

En las vacaciones hizo Javier por primera vez sus Ejercicios Espirituales. Queriendo reparar por sus vanidades atléticas, hizo una penitencia que por poco lo privó del uso de sus miembros...

Más adelante, con el título de "Maestros", los ahora nueve flamantes "jesuítas" partieron a pie hacia Venecia. Vestían como los universitarios de entonces, añadiendo sólo un cinturón para facilitar la marcha, y un Rosario colgado al cuello. A la espalda llevaban una bolsa de cuero, que contenía una Biblia, el Breviario y los papeles privados de cada uno. Llegaban a la ciudad ducal en pleno invierno, el 8 de enero de 1537, y "para gran goce de su alma, hallaron a Ignacio aguardándolos". Como no había barcos a la sazón que partieran a Palestina, trabajaron en los hospitales de la ciudad, ocupados día y noche en los oficios más humildes. "Había en el Hospital de los Incurables un leproso, u hombre cubierto de pies a cabeza con llagas repugnantes que parecían lepra. Llamando a uno de los Padres, le dijo: "Sea bueno y refriéguemе la espalda". El Padre empezó a hacerlo con toda diligencia, pero comenzó a temer, en un paroxismo de horror y náuseas, no fuera a contraer esa enfermedad contagiosa. Mas como tenía aun mayores ansias de doblegarse y de dominar la naturaleza rebelde, que de tomar precauciones contra futuras contingencias, raspó el pus con los dedos y, metiéndoselos en la boca, los lamió y chupó". Hasta aquí la cruda descripción de Simón Rodríguez. Y huelga decir que el Padre aquel era Francisco Javier...

Después de un trabajo de dos meses y medio en los hospitales de Venecia, durante la Cuaresma, ayunando todo el tiempo, emprendieron el viaje a Roma. En una parte del camino les tocó dormir juntos a Laínez y a Javier. Este despertó de pronto como de una pesadilla, exclamando:

—"¡Ay, Jesús, qué molido me siento!... ¿Sabe qué estaba soñando? Que llevaba a mi espalda a un indio, que era tan pesado que no lo podía levantar...".

No sospechaba nuestro querido Santo que un día —y no ya en sueños— se doblaría su espalda levantando indios...

Regresaron a Venecia, y el 24 de junio de 1537 recibieron el Sacerdocio... Como continuaba la guerra turca y el año del voto a Tierra Santa estaba cumplido, determinaron quedarse en Italia, yendo unos directamente a ponerse a las órdenes del Papa, y pasando otros por ciudades universitarias, "para ver si Nuestro Señor deseaba llamar a algún estudiante a nuestro Instituto", como escribía Laínez. A Javier y Bobadilla les fué encomendada Bolonia... Pero Javier estaba muy débil: durante tres años había vivido "sirviendo", principalmente en cárceles y hospitales. Estaba tan enfermo que algunos no le daban más de 2 años de vida, ni se veía qué trabajo podía encomendársele. Ignacio lo nombra entonces su Secretario, el primero de los que tendría la Compañía de Jesús. ¡Pobre Ignacio! Alguno se quejaba de que no contestaban de Roma las cartas. Y él replicaba bondadosamente, pero sin aprobar a su amigo: "¡Señor Maestro Francisco: tiene las manos heladas, y no quiere dar-

se cuenta de que uno puede calentárselas al fuego!", para poder siquiera sostener la pluma. Esto ocurría en 1539. Mas de pronto llega una carta del Rey de Portugal, que pone fin a la tranquilidad de esa existencia austera y sencilla. El Rey pedía Misioneros para las Indias. Ignacio sólo pudo ofrecerle dos; pero de esos dos, uno cayó enfermo. ¿Qué hacer? "Francisco —dijo Ignacio a su amigo del alma — ningún otro puede partir, sino tú...". —"Está muy bien, pues —repuso Javier inmediatamente—, aquí estoy".

Tuvo unos dos días para prepararse y despedirse de sus amigos hasta el Cielo; remendó él mismo su sotana, empaquetó "ciertos calzones viejos", según la crónica, o sea, unos pantalones gastados, e Ignacio le regaló su propio chaleco. Y partió... como Colón, o Hernán Cortés, o como un Don Quijote de carne y hueso, a la conquista de Continentes enteros para Cristo.

5.—El viaje a Portugal, a través de los Alpes, fué terrible: remolinos de nieve, torrentes, precipicios. Javier, con sus músculos todavía sanos, hubo de salir al galope a atajar unos caballos desbocados, hubo de trepar por agrietadas dunas y cuidar de establos y caballerizas. Un joven que pertenecía a la comitiva del Embajador y que hasta entonces había gozado demasiado de la vida, fascinado por la persona de Francisco, exclamó: "Por primera vez en mi vida he comprendido lo que significa ser cristiano". Llegó a Lisboa por fin. Desde aquí, antes de partir a Oriente, dirigió una carta a los jesuítas de Roma, que terminaba así:

"Quando nos escrybiéredes á las Indias, escribidnos nominatim de todos, pues no ha de ser sino de anño en anño, y en aquella muy á largo, que tengamos que leer ocho días, que nosotros assy lo haremos" (18 de marzo de 1541).

El 7 de abril, en una comitiya de 35 naves de carga en mal estado, de las que solía hundirse una por cada diez, zarpó para la India, a donde no llegaría hasta mayo del año siguiente, después de un viaje horrible. Los emigrantes constituían lo peor del Portugal. Durante dos meses, Francisco estuvo continuamente con mareos; hasta las provisiones y el agua estaban casi en estado de putrefacción. El lo sacrificó todo: su comida, su ropa, su camarote, en beneficio de aquella turba confusa y sanguinaria, que blasfemaba y maldecía, presa del pánico. Pasaron el invierno en Mozambique, el "cementerio de Portugal". Por aquel entonces ya Francisco Javier se había conquistado a todos y lo rodeaba una tropa de soldados, marineros, esclavos y naturales del país, que lo veneraban... Resulta imposible detallar en seguida sus trabajos en Goa. Con frecuencia el cristianismo no era más que una farsa: Francisco se desesperaba viendo que los europeos eran los peores enemigos de sí mismos, de los nativos y de su fe católica. Muy a menudo debe haberse sentido muy solo en esa "Babilonia", como llamaba a Goa en un poema el gran Camoens, llegado ahí 10 años más tarde. Al final de una larga epístola a los Jesuítas de Roma decía Javier: "Por amor y servicio de Dios Nuestro Señor os ruego, Fratres charísimos, que me escriváis muy largo de todos los de la Compañía; porque ya que en esta vida no espero más veros fatie ad fatiem, sea saltem per enigmata, id est, per litteras. No me negéis esta gracia, dado que yo no sea merecedor della. Acordaos que Dios nuestro Señor os hizo merecedores, para que yo por vosotros mucho mérito y refrigerio esperase y alcançase..." (20 de septiembre de 1542).

En efecto, cada semana de separación de sus amigos era una angustia para él: así recortaba las firmas de las cartas que recibía y junto al corazón las llevaba, junto con una copia de sus votos. Y era notorio que sus éxtasis en la Misa le venían durante el Memento de los vivos... En Goa atendía a los enfermos, a los presos, a los leprosos, en una palabra a los más necesitados; pero su ocupación preferida, aquí y en todas partes, consistía en enseñar el catecismo a los niños y a los esclavos. Para juntarlos iba recorriendo las calles, tocando enérgicamente una campanilla que llevaba. Multitud de párvulos negros y morenos lo seguían con entusiasmo. Entonces les hablaba en una lengua apenas inteligible que había apren-

dido, cantando o entonando el Credo, los Mandamientos y otros fundamentos de la fe cristiana, "para que los pequeños retuvieran eso mejor". Un conocido suyo dijo que este método dió gran popularidad a los Diez Mandamientos, ya que los mismos pescadores los cantaban junto a sus redes, y los campesinos mientras cultivaban sus tierras... De 1542 a 1544, aunque siempre sufriendo malestares, hizo 13 veces el viaje de 600 millas hasta el Cabo Comorín, ida y vuelta. Trabajó principalmente entre los pescadores de perlas del Paravar; organizó todo un servicio de policía, y hasta un sistema educacional; los Rajahs lo mandaban llamar para que tratara con los bandidos y piratas; en tierras cubiertas de malaria, disentería y elefantiasis dió una sólida instrucción a los 30.000 convertidos, ya alrededor de 1545. De este tiempo son dos cartas famosas, de las que extractamos unos párrafos, destinados a tener eco en nuestras almas de cristianos de un siglo tan sin fe como el nuestro. Cochin, 27 de enero de 1545: "Nueuas destas partes de la India, os habo saber cómo Dios nuestro Señor mouió, en un reyno donde ando, mucha gente á hazer xpiana.: fué de manera, que en un mes baptizé más de diez mil personas...".

Cochin, 15 de enero de 1544: "Es tanta la multitud de los que se conuierten a la fee de X° en esta tierra donde ando, que muchas vezes me acaesce tener cansados los braços de baptizar, y no poder hablar de tantas vezes dezir el credo y mandamientos en su lengua dellos, y las otras oraciones... Muchos xpianos se dexan de hazer en estas partes por no auer personas, que en tan pías y sanctas cosas se occupen. Muchas vezes me mueuen pensamientos de ir á los studios desas partes, dando bozes, como hombre que tiene perdido el juizio, y principalmente á la universidad de París, deziendo en Sorbona á los que tienen más letras que voluntad para disponerse á fructificar con ellas, quántas ánimas dexan de ir á la gloria y van al infierno por la negligencia dellos. Y así como uan estudiando en letras, si estudiassen en la cuenta que Dios nuestra Señor les demandará dellas, y del talento que les tiene dado, muchos se mouerían, tomando medios y exercicios spirituales para conocer y sentir dentro en sus ánimas la voluntad diuina, conformándose más con ella que con sus proprias affectiones, diziendo: 'Domine, ecce adsum, quid me uis facere?: mitte me quo vis...'. Quánto más consolados biuirían, y con gran speranca de la misericordia diuina á la hora de la muerte quando entríaran en particular juizio, del qual ninguno puede escapar alegando por sí... Quántos mil millares de gentiles se harían xpianos. si ouiese operarios, para que fuessen solícitos de buscar y fauorescer las personas, que 'non quaerunt quae sua sunt, sed quae Jesu Xi'"...

Más tarde partió nuestro Santo a Ceylán y después a Málaca. Bajo la indolencia sensual de ese clima, Javier seguía durmiendo escasas horas en su choza de hojas de palmera, la cabeza apoyada en una piedra. Más adelante evangeliza las islas Spice, Borneo, Ceram, Molucas..., Japón; no obstante los obstáculos de soledad, mala salud, persecuciones, naufragios, climas, comidas, dialectos, etc.; coronados sus viajes paulinos con milagros portentosos y bendecidos con una fecundidad admirable.

A propósito del Japón, conviene recordar que no era Javier un fanático que se lanza impreparado a recorrer países incógnitos. Antes de dirigirse allá, estudió la lengua y las religiones niponas, tradujo al japonés el Evangelio de San Mateo y se lo aprendió de memoria...

"¿Por qué no escribes como nosotros?" preguntó una vez a Yajiro, su neófito nipón.. A lo que éste repuso: "Padre, la pregunta debería más bien ser, por qué los europeos no escriben como nosotros los japoneses; puesto que así como el hombre tiene la cabeza arriba y los pies abajo, así también es natural que escriba de arriba abajo". Francisco comunicó a Ignacio este trozo de lógica oriental.

Con toda su admiración por el Japón, las conversaciones resultaban difíciles. Comenzó entonces a soñar en misionar en China, para obtener así mejor la conversión del Japón. En efecto, los japoneses debían todo a China: escritura, arte,

filosofía, templos, religión... y en aquel período de su historia reconocían encantados esa deuda.

Pero ya Javier estaba completamente canoso, envejecido. Su corazón, únicamente, carecía de edad.

El 29 de enero de 1552 escribía a San Ignacio desde Cochin: "Verdadero Padre myo. Vna carta de vuestra santa Charydad rescyby en Malaqua agora quando venía de Japón; y en saber nuevas de tan desseada salud y vyda, Dyos nuestro Señor sabe quán consolada fué my ánima; y entre otras muchas santas palabras y consolatyones de su carta, ley las vltymas que dezyan: 'todo vuestro, syn poderme olvydar en tyempo alguno, Ignatyo'; las quales, assy como con lágrymas ley, con lágrymas las escrybo, acordándome del tyempo passado, del mucho amor que syempre me tubo y tyene, y tanbyén considerando cómo de los muchos trabajos y pelygros de Japón me lybró Dios nuestro Señor por la intercessyón de las santas oracyones de vuestra Charydad... Escrébeme vuestra santa Charydad quántos desseos tyene de me ver antes de acabar esta vyda. Dyos nuestro Señor sabe quánta inpresyón hycyeron estas palabras de tan grande amor en my ánima, y quántas lágrymas me cuestan las vezes que dellas me acuerdo; y en me parecer que puede ser me consuelo, pues á la santa obedientya no ay cossa imposyble...".

En realidad, los dos santos amigos ya no se verían más acá abajo. Cuatro años más tarde moriría solo en Roma Iñigo de Loyola, en 1556; y en cuanto a Javier, sus mismos días estaban ya contados...

Venciendo múltiples dificultades, dirigió en 1552 sus pasos hacia China; logró llegar a San-Cian, frente a Sikiang, donde se encuentra Cantón. Mas no había ningún buque de carga que quisiera llevarlo a esa tierra en donde se mataba o se echaba a calabozo perpetuo al osado extranjero que intentara penetrar. Su cuerpo estaba ya extenuado. Y en noviembre, acompañado sólo por un criado malabar y un niño chino, cayó definitivamente enfermo. Perdiendo más y más sangre, llegó al delirio, durante el cual volvió al idioma de su infancia: el vascuence. De sus labios brotaba sin cesar el nombre de Jesús. El 3 de diciembre, a las 2 de la madrugada, cumplidos 46 años y 7 meses, pasaba a juntarse con su Señor. Concluídos estaban los viajes por un mundo demasiado pequeño para este "divino Impaciente", podían ya enrollarse los mapas, era hora de partir... Entre tanto sus memorias volaban lejos: allá en España, al hogar paterno, después del cual no conoció otro hogar; en París estaba el recuerdo de sus estudios, de sus ambiciones juveniles, de aquel grupo universitario que hizo votos en Montmartre; en Roma, junto al Vicario de Cristo, estaba su venerado Padre Ignacio... Y aquí, junto a él, una raza sedienta de cristianismo parecía empinarse reverente para contemplar la agonía de su héroe, y entre las toscas ramas de su choza improvisada colgaba la imagen del Maestro en cruz, por Quien y para Quien había vivido tan heroicamente su vida...

Algo así fué Francisco Javier...

•

Servir al mundo con descuido y pereza, poco importa; mas servir a Dios con negligencia, es cosa que no se puede sufrir.

San Ignacio.

•

Ningún yerro es más pernicioso en los maestros de las cosas espirituales, que querer gobernar a los otros por sí mismos, y pensar que lo que es bueno para ellos es bueno para todos.

San Ignacio.

Dos retratos de San Ignacio

1. El primero nos lo ofrece el mismo Santo en la IX Parte de las Constituciones de la Compañía al señalar las cualidades que han de adornar al Padre General. Así lo han comprendido los historiadores de San Ignacio, comenzando por el P. González de Cámara, su confidente íntimo en Roma, quien no dudaba en afirmar que Ignacio era la traducción viva de los "Ejercicios" y la réplica del General que había descrito en las Constituciones. Dice San Ignacio hablando del General:

"En primer lugar, el Prepósito General sea muy unido con Dios nuestro Señor y familiar en la oración y todas sus acciones".

"Que sea para los demás un acabado modelo de todas las virtudes. Que resplandezca en él sobre todo el esplendor de la caridad y de la verdadera humildad, que le hará agradable a Dios y a los hombres".

"Que esté libre de toda preferencia instintiva susceptible de perturbar el juicio recto".

"Se esforzará de conciliar la justicia y la severidad necesaria, con la bondad y la dulzura, de manera que no se deje torcer de lo que más agrada a Dios, ni deje de tener compasión de sus hijos".

"La magnanimidad y fortaleza de alma le son muy necesarias para sufrir las debilidades de muchos, para emprender grandes cosas en servicio de Dios nuestro Señor y perseverar constantemente en ellas. No debe perder ánimo en las contradicciones, aunque fuesen de personas grandes y poderosas, ni dejarse apartar de lo que pide la razón y el divino servicio por ruegos o amenazas de ellos".

"Que sea superior a todas las circunstancias, no dejándose levantar en la prosperidad, ni abatir en la adversidad, siempre pronto, si fuese necesario, a soportar la muerte por el bien de la Compañía en servicio de Jesucristo Dios y Señor nuestro".

"Ha de estar dotado en un alto grado de inteligencia y criterio, para tratar las cuestiones tanto teóricas como prácticas que se le presentarán".

"Que tenga por encima de todo la prudencia y experiencia en las cosas espirituales e interiores, a fin de discernir los diversos espíritus y aconsejar y remediar a tantos que se encuentren en dificultades espirituales".

"Que posea la discreción necesaria para tratar variedad de asuntos y personas que se le presentarán".

2. A un grafólogo notable se le presentaron en 1951 fotografías de escritos de Calvino y de San Ignacio, después de haber suprimido cuidadosamente todo detalle que pudiese descubrir su origen. He aquí sus conclusiones respecto a San Ignacio:

"La primera constatación inmediata es que el autor ha de seguir un llamado. Todo tiende aquí al desprendimiento de la tierra y todo indica que el autor obtendrá su fin supremo. Se manifiesta una fuerza de concentración enorme y se advierte que este hombre se podrá dar a su oficio hasta el olvido de sí mismo. Además una tendencia ascética es netamente sensible. Esta facilitará aún más su fidelidad para seguir su voz interior. Sin embargo, este hombre experimenta un insaciable deseo que le empuja a la más alta perfección. No hay pues en él ningún peligro de estrechez. La disposición espiritual y psíquica de este hombre evoca al santo que está pronto a aceptar cualquier cáliz, tan pronto como esté convencido que eso se ha de hacer. No conoce el miedo: alma valiente de la que emana una irradiación extraordinaria. Sigue su camino, solo, lejos del mundo. Su mentalidad revela al ermitaño. A decir verdad, su sitio no está en medio de los hombres; y sin embargo, les ama sobre to-

das las cosas y se hace su servidor. Toma sobre sí heroicamente su sufrimiento, y sin embargo, trabaja mucho en la obra de su vida. La inteligencia, los talentos, la amplitud de vista están muy por encima de lo ordinario y caracterizan al hombre bendecido por Dios. Se da simplemente como el servidor de una misión, de un llamado, del que ha experimentado la atracción. Ha conquistado ya no sólo la claridad, sino la trasparencia. No quiere ninguna facilidad para sí mismo, y se impone grandes deberes".

"Ciertamente se encuentra uno aquí ante una personalidad extraordinaria, dotada por lo que mira al fin de su vida, de una fuerza constructiva superior. Todo gira aquí alrededor de una gran idea: trabajar y desaparecer. Pero no se trata solamente de filosofía, sino de trabajo, de realización. Gran dominio de sí mismo, sobriedad, olvido de sí, son las características de esta escritura. Aparece de pie ante la faz del mundo y lo domina desde lo alto. Ama la soledad sobre todo y únicamente se consagra a su trabajo. Un profundo sentido artístico le hace amar las antigüedades".

"A primera vista, la carrera de este hombre no parece muy agitada, pero se desenvuelve directamente hacia el fin de su vida. A pesar de grandes aptitudes intuitivas, se mantiene dócilmente abierto, como un vaso, para recibir las inspiraciones que efectivamente se le ofrecen. Para sí mismo el autor nada busca. El quiere solamente dar lo que recibe. En este hombre todo es espíritu y alma y solamente en esta perspectiva se le puede comprender. Ser perfectamente tranquilo y armonioso, tuvo la fortuna de ser dirigido desde su juventud por el buen camino. Una educación severa le ha preparado para una gran obediencia: ya que ha adquirido desde un principio actitudes de devoción y de respeto hacia todo lo que está sobre nosotros. Los caracteres gráficos hacen pensar en un hombre conservado perfectamente intacto. Pero aún en las circunstancias más difíciles, el temperamento y las disposiciones de esta personalidad habrían producido un gran hombre, como quiera que era capaz de llegar al don total de sí mismo. Un amplio horizonte ilumina el mundo de sus pensamientos. El autor es por la resistencia pasiva y llevará por todas partes la paz consigo".

FINES Y MEDIOS

COMO HACER UNA BUENA ELECCION

En toda buena elección, en cuanto es de nuestra parte, el ojo de nuestra intención debe ser simple, solamente mirando para lo que soy creado, es a saber, para alabanza de Dios nuestro Señor y salvación de mi ánima.

Y así cualquier cosa que yo eligiere, debe ser a que me ayude para el fin para que soy criado; no ordenando ni trayendo el fin al medio, mas el medio al fin; así como acaece, que muchos eligen primero casarse, lo cual es medio, y secundario servir a Dios nuestro Señor en el casamiento, el cual servir a Dios es fin; asimismo hay otros, que primero quieren haber beneficios, y después servir a Dios en ellos.

De manera que éstos no van derechos a Dios, mas quieren que Dios venga derecho a sus afecciones desordenadas, y por consiguiente hacen del fin medio y del medio fin; de suerte que lo que habían de tomar primero, toman postrero, porque primero hemos de poner por obyecto, querer servir a Dios, que es fin, y secundario, tomar beneficio o casarme si más me conviene, que es el medio para el fin.

Así ninguna cosa me debe mover a tomar los tales medios o a privarme dellos, sino sólo el servicio y alabanza de Dios nuestro Señor y salud eterna de mi ánima.

San Ignacio — Ejercicios Nº 169

San Ignacio y el espíritu de la Restauración Católica

por SILVESTRE STENGER, O. S. B. (*)

La figura de San Ignacio de Loyola es una prueba manifiesta de que la historia se hace por los grandes personajes. Se ha discutido mucho y se discute aún sobre la influencia de las condiciones geográficas, económicas, sociales y otras en la marcha de los acontecimientos; se ha calculado la importancia que corresponde, con respecto a los fenómenos históricos, a la "madurez" de una cultura, a su rumbo ascendente o descendente, y no hay duda de que todos estos factores tienen su parte en la causalidad del proceso que llamamos la historia humana. Pero lo decisivo no lo encontramos en aquellos factores materiales sino en el hombre. Es seguro que cada individuo depende ampliamente de su ambiente, que lleva consigo más o menos visiblemente las huellas de la herencia, de la educación, de su clase, de su pueblo, de su época; y no obstante, lo que da la pauta a la marcha de las cosas es la persona humana, aquel ser individual que, dotado del misterioso y magnífico poder de su libertad, en una lejana analogía al Dios libre, creador y director del mundo, toma la decisión. Esta ley general se verifica plenamente en el Santo cuyo centenario celebramos.

El espectáculo que ofrece la historia de la Iglesia en el siglo XV es, como se sabe, sobremanera triste. El principio del siglo asiste al fin del gran cisma durante el cual, por cuatro decenios, dos o aún más pretendientes se disputaban el rango de sucesor de San Pedro. El cisma se terminó en el Concilio de Constanza (1415-1417); pero su fin se debió a la iniciativa e intervención del emperador alemán Segismundo, y eran los padres del Concilio los que habían inducido al papa Gregorio XII y a sus competidores a renunciar a su dignidad, legítima o ficticia. No hay que admirarse de que la autoridad de la Sede Apostólica sufriera notablemente por estos acontecimientos. Poco después de Constanza otro Concilio, el de Basilea, convocado como Concilio universal, terminará por separarse de la Iglesia Romana, provocando otro cisma, felizmente efímero.

Eliminado el cisma —o mejor dicho los cismas—, otro desastre invadió la Iglesia de Cristo: el renacimiento. Nadie ignora cuáles son los valores auténticos de este movimiento que nació en la Italia del siglo XV, cuántos estímulos ha dado al desarrollo del espíritu europeo; pero otra cosa es el entusiasmo renacentista entre los príncipes, filósofos y artistas del occidente, otra cosa la invasión de este movimiento en los círculos dirigentes de la Iglesia madre de la cristiandad. Por muy admirables que sean las obras artísticas que se deben a la munificencia de los papas y prelados renacentistas, por impresionante que sea aquella actitud tan abierta de la corte romana frente a los movimientos espirituales de la época, no se puede negar que el lujo de los cardenales y la paganización de sus costumbres han causado un daño incalculable a la Iglesia de Cristo. No es que los responsables no se hubiesen dado cuenta del mal y de lo peligroso de la situación. Todos los papas de la época, incluso los más "renacentistas", re-

---

(*) El autor es doctor en teología y profesor de Historia Eclesiástica y Patrología en la Facultad de Teología de la Universidad Católica de Santiago.

unieron concilios, propusieron remedios, decretaron reformas. Tampoco faltaban obispos u otros prelados quienes, animados de un espíritu pastoral ejemplar, se esforzaron por restaurar en la Iglesia su pureza evangélica; pero todo fracasó. Los programas de reforma o no se aplicaban o, aplicados, cayeron pronto en olvido. En otros casos el reformador murió sin dejar su sucesor que continuara la obra iniciada. La situación se presentó casi desesperada.

Resulta difícil o aun imposible indicar segura y exactamente la causa de esta calamidad tan lamentable y de consecuencias tan desastrosas. Como un río que desbordando los diques inunda y ahoga los campos de toda una región, así parece que todas las tendencias negativas de la época se reunieron para devastar la viña del Señor: el descuido de los pastores, el egoísmo de los príncipes, la superstición del pueblo, la esterilidad de los teólogos y, lo que era tal vez decisivo: la ausencia de Santos, a fines del siglo XV. San Francisco de Asís, a principios del siglo XIII y el movimiento suscitado por él habían renovado la faz de la tierra; la orden de Santo Domingo de Guzmán había inaugurado un florecimiento de los estudios teológicos sin par; los místicos de Renania y de Flandes del siglo XIV habían dado a la piedad cristiana una intimidad, una nota personal no conocida desde San Agustín; Santa Catalina de Siena tomó un papel activo e importante en los acontecimientos religiosos y políticos de su época; el final del siglo XV carece de grandes figuras religiosas. Cuenta con hombres virtuosos, doctos, de una vida intachable y ejemplar; pero no conoce el espectáculo arrastrante del gran Santo.

He aquí la profunda diferencia entre los siglos XV y XVI. En este siglo, el de la restauración católica, encontramos una nube de Santos en todos los países de la cristiandad: San Pío V, San Carlos Borromeo, San Felipe Neri, San Pedro Canisio, Santa Teresa, San Juan de la Cruz, para no mencionar sino a los más conocidos. Entre ellos se destaca con evidencia la figura del Santo de Loyola.

¿Cuál era el secreto de su perfección?

Tal vez es temerario formular esta pregunta, porque ¿quién comprende el misterio de la gracia?, ¿quién penetra en el secreto de la vocación divina? De vocación ciertamente se trata. Los "Ejercicios" nos lo dan a entender en forma palpable. Repetidas veces el autor insiste en que se entable un "coloquio" entre quien practica los ejercicios y Cristo, la Stma. Virgen y Dios Padre. "Imaginando a Cristo nuestro Señor delante y puesto en la Cruz, hacer un coloquio, cómo de Criador es venido a hacerse hombre, y de vida eterna a muerte temporal, y así a morir por mis pecados. Otro tanto mirando a mí mismo lo que he hecho por Cristo, y así viéndolo tal, y así colgado en la Cruz, discurrir por lo que se ofreciese". Y San Ignacio subraya el carácter altamente personal de este diálogo. "El coloquio se hace propiamente hablando así como un amigo habla a otro o un siervo a su señor, quando pidiendo alguna gracia, quando culpándose por algún mal hecho, quando comunicando sus cosas y queriendo consejo en ellas" (Ejerc. Nº 53 s.). El papel de un Santo siempre consiste en cumplir la especial tarea que Dios a él le da; siempre es una misión personal, porque el que manda es el Dios vivo. Así se explica el hecho de que los caminos de los Santos son de una índole tan variada, siendo todos ellos caminos de Dios. San Ignacio comprendió con una claridad excepcional que la primera condición para entrar en esta senda es la de oír: oír la voz de Dios y comprender su sentido. Esto lo hizo San Ignacio durante su retiro de Manresa que duró casi un año. Este es un fin principal de sus "Ejercicios". Dios, sin embargo, no descubre siempre todos sus designios a la vez. Por esta razón en toda la vida del discípulo de Cristo tiene que conservarse aquella actitud del que pregunta, del que escucha, del que obedece. Si San Ignacio en la Orden fundada por él insistirá tanto en la obediencia es porque sabía que en oír a Dios y obedecerle consiste la médula de la perfección.

Así también comprendemos que la obra de San Ignacio no se realizó sino paulatinamente. Los hombres de Dios saben esperar, convencidos de que su obra no es

suya sino la de otro. Pasaron más de diez años entre Manresa y los primeros votos que emitieron el Santo y sus compañeros en Montmartre de París, y en este momento ni siquiera se trató de la "fundación" de una Orden, porque faltaba el voto de obediencia. Hasta años después toda la atención del fundador se dirigió a la reconquista religiosa de los lugares santos, siendo la guerra entre Venecia y los turcos la causa inmediata de que la actividad de los primeros jesuítas se "desvió" hacia la conquista espiritual dentro de la Iglesia.

Como queda dicho, San Ignacio era uno entre numerosos Santos que Dios suscitó en la Iglesia del siglo XVI; pero ningún otro contribuyó como él a renovar la vida cristiana. Es que su obra más que la de ningún otro correspondía a las necesidades de la hora. Era el momento cuando los horizontes geográficos y espirituales de la cristiandad se iban ensanchando enormemente debido al descubrimiento de América y del camino marítimo hacia el Lejano Oriente. La así llamada Edad Media, por muy admirable que hubiese sido su intensidad religiosa, ocupaba geográficamente una región muy limitada del planeta. Por el avance del islam, la tierra de los cristianos era, incluso, menor en extensión que el territorio cristiano a fines de la antigüedad. Así se explica que en los "grandes" siglos medievales el sentido misionero era asombrosamente débil. A esta observación no contradicen las cruzadas que intentaban otros fines y obedecían a una mentalidad diferente. Esta situación se modificó brusca y profundamente con el nacimiento del imperio español más allá del océano y por el contacto con las culturas del Asia meridional y oriental. La cristiandad, y en primer lugar España, la patria de Ignacio, se daban cuenta de que la "ciudad de Dios", ideal de la Iglesia medieval, en la cual todo estaba integrado en un mismo orden natural y sobrenatural, se encontraba lejos de su realización, que la mayor parte de la labor quedaba por realizar.

Al principio el interés de San Ignacio se dirigió a Palestina, campo de batalla con la Media Luna hacía siglos; pero los primeros misioneros jesuítas se embarcaron no para Tierra Santa sino para la India Oriental y un sinnúmero de otros les siguió a través de todos los mares. Modificación no fortuita. La Orden creada por San Ignacio se caracteriza como se sabe por una nota combativa, militar. Esto se debe, sin duda, en parte, a la formación y a la índole personal del fundador, pero en un sentido más profundo este elemento correspondía en aquel momento histórico a las necesidades más urgentes de la misma Iglesia. Es cosa conocida que la conquista de América era para los reyes de España mucho más que un asunto puramente económico e imperialista, puesto que en ella las responsabilidades cristianas del monarca y de la nación desempeñaban un papel muy importante. Ahora bien, los que más perfectamente estaban dispuestos a cumplir con esta misión eran los jesuítas. Con esto no se niegan ni se olvidan los méritos de las demás Ordenes de la Iglesia que participaban en la obra misionera en los países y continentes recién descubiertos, pero no cabe duda que muy pronto la fundación de San Ignacio formaba el elemento más vigoroso en la predicación del Evangelio ante los paganos y en la educación de los recién convertidos. En comparación con todas aquellas instituciones que habían nacido en los siglos anteriores y dentro del mundo "medieval", la Orden de San Ignacio no era solamente más "moderna", más movible, sino que en ella se incorporó una nueva mentalidad. ¿No podríamos definirla como una disponibilidad total al servicio del Señor? Y esto era justamente lo que exigía la situación de aquel entonces.

Hay que tomar en cuenta otro aspecto de la obra creada por San Ignacio. ¿No es de suponer que la inmensa tarea apostólica que se presentó a la Iglesia por el descubrimiento de América tuvo sus repercusiones en el modo de pensar de los mismos europeos? Es cierto que eran los españoles los que descubrieron América, pero ¿no era acaso el nuevo continente el que modificó la mentalidad de los descubridores? Sería sin duda exagerado pretender que el sentimiento de la época barroca se debiese a los indios de la Nueva

España; pero, ¿sería atrevido preguntar si la presencia de los mundos transatlánticos no ha ejercido una influencia tal vez profunda en la mentalidad religiosa y cultural de España y de Europa en general? No olvidemos que la primera intención de San Ignacio no era la de fundar colegios o educar confesores para los príncipes, sino que intentar la conversión de los infieles. Poco importa que sus discípulos no encontraron estas almas en las montañas de Judea sino en los bosques vírgenes de la América Central y Meridional; queda el hecho de que la más auténtica realización de la obra de San Ignacio era la misión en las Indias. Nadie ignora la profunda influencia de los jesuítas en la formación religiosa y espiritual de la Europa del siglo XVI y de los siglos siguientes, que todos llevan el sello de la persona y de la obra de nuestro Santo, pero raramente se pone la cuestión de si la actividad de la Orden en Europa no estaba íntimamente relacionada con la conquista religiosa de América recibiendo de allá impulsos inesperados. La obra misionera en el Nuevo Mundo no sólo exigía grandes sacrificios personales y materiales, sino que despertó al mismo tiempo una nueva mentalidad. En ese momento el mundo que llamamos medieval experimentó una extensión geográfica y espiritual tal, que asistimos al nacimiento de una época que en verdad era nueva bajo muchos aspectos. Esta nueva situación afectó, por supuesto, también y tal vez en primer lugar a la Iglesia. ¿No se debe la nota triunfal, tan característica del estilo artístico y espiritual del barroco, en parte, al hecho de que el mundo católico se encontraba ante la posibilidad y esperanza de extender su irradiación en forma fabulosa? Ahora bien: el instrumento del que ella necesitaba en ese momento era justamente lo que San Ignacio ofreció: una Orden activa, admirablemente organizada, libre del peso de tradiciones ya no vivas y, antes que nada, animada del espíritu apostólico del santo fundador. Nos parece muy probable que estos aspectos de conquista y de avance que nacieron con el descubrimiento del Nuevo Mundo y correspondían tan profundamente al genio español, eran mucho más efectivos que la restauración católica frente a la herejía luterana, reacción, como se sabe, bastante tardía y sin resultados enteramente satisfactorios.

La obra de San Ignacio y su misión no han perdido nada de su actualidad. No se trata, por cierto, hoy día de descubrir nuevos continentes geográficos, pero la inagotable riqueza del mundo creado por Dios no cesa de ofrecer aspectos antes desconocidos, de abrir el acceso a tierras aún no exploradas. Y siempre se trata para la Iglesia de hacerse presente en los nuevos espacios de esta geografía espiritual, siempre se exige aquella actitud, realizada tan cabalmente en San Ignacio, de prestar una atención vigilante a lo que Dios exige de nosotros hoy, ahora, en este momento. Si este espíritu ignaciano que no es otro sino el del Evangelio se conserva en la Iglesia, no hay peligro alguno de que se repita el espectáculo sombrío de un estancamiento de la vida cristiana como lo encontramos en el siglo XV, sino valdrá al contrario que también nuestro siglo corresponderá al ardiente deseo del Santo de Loyola: manifestar en este mundo la infinita Gloria del Señor.

Muy pocos hay, y por ventura no hay ninguno en esta vida que perfectamente entienda lo que de su parte estorba, lo que Dios, si no lo estorbase, obraría en él".

San Ignacio.

Persecución

por CARLOS ALDUNATE L., S. I.

Desde San Ignacio hasta nuestros días se ha perseguido a los Jesuítas, y la historia de estas persecuciones no carece de interés. Cada persecución tiene su carácter propio, pero el conjunto hace resaltar, como las sombras en un cuadro, la figura central: la Compañía de Jesús.

Es imposible enumerar todas y cada una de las persecuciones. Me limitaré a las más características de cada época.

LOS PROTESTANTES

"A los jesuítas que son los que más se nos oponen, es necesario matarlos, o si esto no se puede fácilmente, expulsarlos; o de todos modos oprimirlos con mentiras y calumnias". Esta consigna es de Calvino (véase Becon, opúsc. 17, aphor. 15) y resume los métodos protestantes del siglo XVI.

Para Johannes Wigand, San Pedro Canisio es un "fraile perro", un "blasfemo", un "idólatra", "burro del Papa"; los jesuítas habían sido "fundados por el demonio"; "se llaman jesuítas porque son los peores traidores y perseguidores del Señor Jesucristo".

Las calumnias son fantásticas: en Breslau un predicador jesuíta fué arrebatado del púlpito por el demonio; en Cracovia asesinaron una mujer; en Viena quisieron fingir la resurrección de un muerto y éste se les murió de veras; en Graz habían envenenado los pozos de la ciudad; en Dillingen, un jesuíta brujo había sido librado del fuego por un demonio; en Colonia se habían apoderado de la mayor parte de la ciudad, gracias a la usura, y repartían monedas de oro para llevar gente a las procesiones. En 30 años el número de jesuítas había crecido a un millón doscientos mil, y en 1595 ya inundaban todo el mundo, preparaban una hecatombe de alemanes y el asesinato de todos los príncipes protestantes! (véase B. Duhr: *Geschichte der Jesuiten.* vol. I, pp. 822 y ss).

La verdad es que era asombrosa la actividad de la Compañía en el auxilio y defensa del Pontificado. "Comisionados por Gregorio XIII hállanse jesuítas en casi todas las naciones de Europa. Posevino se esfuerza en Estocolmo por ganar de nuevo para la Iglesia al rey de Suecia; como representante del Papa negocia la paz entre Polonia y Rusia y en el Kremlin de Moscú expone con valentía a Iván el Terrible los principios de la fe católica. Jesuítas fueron principalmente los que por todos modos, aun con peligro de su vida, procuraron ayudar a los oprimidos católicos en los reinos protestantes, sobre todo en Inglaterra, y restituir la unidad de la fe a la despedazada Alemania". (L. Pastor: *Historia de los Papas.* Vol. XVII, p. 30).

La rapidez de movimiento, el fervor de su celo, la variedad de su apostolado parecía multiplicar a esos luchadores heroicos que fundaban seminarios y colegios, escribían libros de controversia y catecismos, predicaban retiros y misiones, oraban, se fatigaban, triunfaban, sufrían martirios. A ellos atribuye Pastor el primer lugar en "el auxilio y defensa del Pontificado" (vol. XI, p. 460). He aquí la razón de esas persecuciones.

LOS JANSENISTAS

A principios del siglo XVII dos jóvenes, Cornelio Jansenio y Jean du Vergier, "teníanse por llamados para purificar la Iglesia de los errores que, según su opinión, la afeaban desde el florecimiento de la Escolástica... Como la principal sostenedora de toda la ruina en la ciencia y en la vida cristiana pareció a los jóvenes doctores la Compañía de Jesús, a la que perseguían con ardiente odio y pensaban combatir con todas sus fuerzas: la historia del jansenismo sigue siendo hasta el fin una lucha contra los jesuítas". (Pastor: *Historia de los Papas.* Vol. XXVIII, p. 310).

Así comienza para la Compañía de Jesús una persecución muy larga y difícil. Los ataques protestantes venían desde afuera de la Iglesia, mientras que los ataques jansenistas parecían venir de dentro del catolicismo, y precisamente de los elementos que hacían alarde de más religiosidad y de más estrictez de costumbres.

En efecto, un sobrenaturalismo falso daba a los jansenistas aire de verdaderos espirituales. Según ellos, Cristo había muerto sólo por los escogidos, por ellos, los jansenistas. La libertad humana casi no contaba; la gracia lo era todo. Además habíase de tener certeza de esta gracia antes de recibir sacramentos tan santos como la Penitencia y Eucaristía. Toda preparación era poca.

En cambio, los jesuítas, según ellos, fomentaban la recepción irreverente de los sacramentos; exageraban el poder de la libertad humana; caían en la herejía; predicaban una moral laxa; estaban a la raíz de la decadencia de la Iglesia.

Es imposible resumir las peripecias de esta persecución, ni aún presentar en síntesis las circunstancias que la agravaron y las fuerzas pasionales que se entremezclaron en ella: rivalidad de universidades, controversias de moral, nacionalismos, disputas de jurisdicción, etc.

En realidad se reunieron bajo la bandera del jansenismo todas las corrientes antijesuíticas de los siglos XVII y XVIII, y como declara el jansenista Gazier (1922) "más que cuerpo de doctrina, el jansenismo era la resistencia de corporaciones católicas contra los jesuítas" (véase Pastor XXVIII, p. 381).

Los efectos del jansenismo fueron funestos, apartando de la frecuencia de los sacramentos, disminuyendo la responsabilidad humana en la obra de la salvación, profesando una sumisión puramente exterior a Roma, combatiendo en realidad al Papado, sosteniendo una guerra contra la Compañía de Jesús, orden que trabajaba con todas sus fuerzas por la restauración católica, los Jansenistas hicieron obra negativa, destructora, esterilizadora y prepararon el camino para el deísmo e iluminismo del s. XVIII.

La Iglesia dió razón a los jesuítas, condenando el falso rigorismo jansenista, y la testarudez con que persistían en sus posiciones, facilitando la recepción de los sacramentos, confirmando en repetidas ocasiones la Orden que tanto combatieron.

EN LAS COLONIAS

"No se puede abrir... la Historia del Continente Americano sin ver los rastros luminosos que en él dejaron los Jesuítas. Fundaron colegios en el Perú, Méjico, Chile, etc., penetraron denodadamente en los salvajes territorios de Sonora y California, en los boscajes del Tucumán, en las márgenes del Río Mamoré y el Magdalena, y hasta las montañas donde tienen su origen el Amazonas y Pilcomayo. Regaron con su sangre los primeros establecimientos de los portugueses en el Brasil, de los franceses en el Canadá y de los españoles en el Norte y Sur de América". (Carlos Navarro y Lamarca: *Historia General de América*, tomo II, p. 375 s.).

Los jesuítas sufrieron heroicamente entre los indígenas, pero también hubo ataques de parte de los cristianos.

Abundaban en las Indias los europeos que buscaban fortuna rápida y fácil. Se presentaban como cristianos, pero sus vidas eran escándalo para los indígenas a quienes procuraban explotar.

El gran apóstol del Oriente, S. Francisco Javier, llega a declarar que los portugueses eran el mayor obstáculo para la introducción de la fe en esas regiones.

Lo mismo experimentaron los jesuítas en América. El Padre Florián Paucke, misionero de los mocobíes de 1749 a 1767, describe el daño que producía en los naturales el trato con los españoles. Se terminó por obtener que el gobierno prohibiera el acceso de blancos a las reducciones de indígenas. (*Hacia allá y para acá.* Tomo II, p. 86-91).

Son notorios los paulistas del Brasil. Hacían incursiones a las misiones jesuíticas para incendiar, matar, llevarse gran número de cautivos que eran vendidos como esclavos (1630-31). Carlos III autorizó la formación de milicias con armas de fuego.

Pero la defensa del indio contra la codicia suscitaba a la Compañía poderosos enemigos. Se acusaba a los jesuítas de tener minas de oro, de comerciar ilícitamente, de haberse formado un Estado independiente con un rey, "Nicolás I", etc. (Véanse Paucke: opus. cit. y E. Raguera Sierra: *Presuntas minas atribuídas a los jesuítas.* Estudios. Bs. Aires, 1956).

El oídor Blázquez explicaba en informe oficial: "La causa de este odio (de los calumniadores) es el verse privados del servicio personal de tantos indios como hay en las reducciones y que ellos esperaban hacer suyos". Más tarde, en el decreto que restablece a los jesuítas en España, Fernando VII se referirá a "los enemigos de la Compañía, impíos y sacrílegos, que nunca probaron ni uno de los crímenes imputados". (Véase Reguera Sierra, op. cit.).

En Chile se murmuró también de las riquezas de la Compañía. Los espíritus apasionados o superficiales se fijaban en los grandes colegios y templos, en los numerosos fundos. Pasaban por alto que esos edificios no producían rentas y que los fundos no alcanzaban a sostener el inmenso apostolado de los 380 jesuítas, con sus 2 Universidades, 14 colegios y escuelas, 10 casas de Ejercicios, 8 residencias, 3 casas de formación jesuíta, 21 misiones, 5 casas en la Provincia de Cuyo.

La vida austera y sacrificada de los mismos jesuítas, bien demostraba que vivían para los demás.

EL ILUMINISMO

El siglo XVIII se llamó el "siglo de las luces": deísmo inglés, enciclopedismo francés, febronianismo en Austria e Italia, iluminismo en Alemania, liberalismo, masonería — todos estos movimientos, o corrientes ideológicas eran otras tantas manifestaciones del orgullo humano que se independizaba de toda Iglesia, de toda revelación, y finalmente de Dios mismo.

Adam Weishaupt reúne todo este espíritu en su Orden de los Iluminados. Su idea fundamental era: toda religión es fraude. De allí, la necesidad de derrocar la Iglesia, destronar a todos los reyes, derribar las barreras entre las naciones y dirigir a la Humanidad por medio de los iniciados en el sumo grado de la Orden. (Weiss: *Hist. Univ.* Vol. XIII, p. 831 y ss.)

Es evidente que el iluminismo debía chocar contra la Compañía de Jesús, cuyo espíritu era tan diametralmente opuesto al suyo, y cuyo apostolado era tan extendido y eficiente.

Se formó una verdadera campaña difamatoria contra los jesuítas; y luego comenzaron las medidas de las cortes borbónicas: destierro del Portugal y de sus colonias (1759), disolución en Francia (1764), expulsión de España y sus dominios (1767), de Nápoles (1767), de Parma (1768), de Malta (1768).

Desde 1767 el gobierno de Madrid es el campeón de la lucha antijesuítica. Roda, uno de los principales actores, se congratula con Choiseul: "Hemos muerto al hijo, ya no nos queda más que hacer otro tanto con la madre, nuestra Santa Iglesia Romana". (Weiss: *Historia Univ.*, vol. XIII, p. 93).

Sin duda para los enemigos de la religión, era un triunfo el cierre de 112 colegios en España, 120 en América; el abandono de 477.667 indios que instruían los jesuítas en los dominios españoles. Pero se quería más: la supresión total de la Orden que en 1762 tenía aún 22.847 miembros con 61 noviciados, 669 colegios, 171 seminarios, 364 residencias, 271 misiones y 1.542 iglesias (Villoslada, S. J., *Manual de Historia de la Compañía de Jesús,* p. 558).

Todas las cortes borbónicas presionaron al Papa; ganaron la neutralidad de la Emperatriz María Teresa ofreciéndole el matrimonio del heredero francés con María Antonieta; intrigaron, amenazaron con cisma, hasta que Clemente XIV cedió. La Compañía fué suprimida. Sólo subsistió en algunos países donde no fué posible la publicación del breve pontificio, como en Rusia y Prusia. Los jesuítas siguieron allá, expresamente aprobados por Roma, y esperaron mejores tiempos.

Oigamos el juicio del gran historiador de los Papas, el barón Ludovico Pastor: "Ese breve del 21 de julio de 1773 re-

presenta el triunfo más manifiesto del iluminismo y del absolutismo real sobre la Iglesia y su Cabeza... Si ha existido jamás hecho alguno demostrable a base de documentos, ese es indiscutiblemente que sobre el Papa se ejerció una monstruosa coacción moral...

"Es un trágico espectáculo el que aquellos príncipes precisamente, quienes debían a la acción de los jesuítas y a la restauración católica, en máxima parte, su poderío tanto interior como exterior, fueron los que ahora, extraviados por pérfidos consejeros, prevalecieron contra la Compañía. Mas si surgieron tantas hostilidades contra ella por parte del iluminismo, la causa de ello no radicaba en los errores y en las deficiencias de la Orden, como pueden ocurrir en toda obra humana, sino en el convencimiento de que se trataba de abatir el más fuerte baluarte de la Iglesia romana". (Pastor: *Hist. de los Papas,* vol. XXXVII, p. 248).

SIGLOS XIX y XX

El 7 de agosto de 1814, Pío VII restableció en todo el mundo a la Compañía de Jesús, que se había conservado sólo en algunas regiones muy limitadas de Europa.

Con la multiplicación de los jesuítas y el aumento de su actividad, recomenzaron las persecuciones.

En el siglo XIX en que tanto fué combatida la Iglesia por las fuerzas más diversas y aún contrarias entre sí, siempre le tocó su parte a los hijos de San Ignacio. "No quiero afirmar, declaraba Montalembert, que los adversarios de los jesuítas sean todos enemigos de la Iglesia, pero no titubeo en decir que los enemigos de la Iglesia son siempre y ante todo adversarios de los jesuítas. Siempre se dirigen contra ellos los primeros golpes...". (Oeuvres: *Discours* I, p. 293).

La Compañía fué desterrada de Rusia (1820), de Portugal (1834 y 1910), de Suiza (1847), de Austria (1848), de España (1820, 1835, 1854, 1868, 1932), de Nápoles, Sicilia e Italia Central (1859), del Véneto (1866), de Alemania (1872), de Roma (1873). Omito otras y las expulsiones en América Latina y en tierras de misiones.

Hubo además campañas de difamación, incautaciones de bienes, incendios, asesinatos. A veces los atropellos provenían de turbas enfurecidas por la propaganda. Otras veces la persecución fué legal y se invocaban los motivos más diversos.

La República Española expulsa a los jesuítas en 1932 porque hacen un voto especial de obediencia al Papa! Comentaba *The Church Times,* periódico anglicano de Londres: "jamás se había oído una excusa más ridícula para cometer un robo, y si el Presidente es, como dicen, un católico práctico, su preparación para la próxima confesión le va a ser causa de gran ansiedad". (12 de febrero de 1932).

El *Birmingham Post,* protestante también, observaba que "la disolución de los jesuítas ha causado ya seria confusión educativa. Solamente en Madrid patrocinaban los jesuítas 137 escuelas, a las cuales acudían 31.805 niños. En el resto de España había 176 escuelas de este tipo, con otros 26.910 escolares. Todos estos niños eran hijos de pobres obreros. En los 21 colegios secundarios los jesuítas educaban 6.798 muchachos de las clases alta y media". (1º de noviembre de 1932).

La verdad es que la educación de la juventud es el campo principal de batalla. La masonería, el comunismo, el laicismo en sus diversas formas se preocupan por las nuevas generaciones y procuran apoderarse ante todo de las almas de los niños. Ya no se acusa a los jesuítas del asesinato de reyes, pero se procura dificultar su influjo educacional en los establecimientos de enseñanza, revistas, predicaciones y obras sociales.

SIGNIFICADO DE LA PERSECUCION

Después de este recorrido, tan rápido e incompleto, de las persecuciones que siempre acompañaron y acompañan a los jesuítas, vale la pena preguntarnos qué significa en último término este fenómeno.

El conde de Montalembert da una explicación: "Cuando era estudiante en la Universidad... también yo vociferaba contra los jesuítas. Pero cuando entré en

contacto con la realidad, cuando vi, en el mundo y en la historia, que en todos los países, desde el Paraguay hasta la Siberia, todos los perseguidores de la Iglesia, desde el marqués de Pombal hasta el emperador de Rusia, todos los grados del error, desde el ateísmo hasta el jansenismo, estaban todos de acuerdo en contra de los jesuítas, conspiraban todos juntos y en todas partes su ruina y su proscripción; cuando reconocí, en las luchas religiosas de nuestros días los mismos síntomas en menor escala; oh, entonces, me dije yo, debe haber algo, en esos hombres, sagrado y misterioso, que explique y motive esa maravillosa unión de enemistades tan diversas. Debe haber en ese instinto del odio, siempre tan clarividente, algo que indique que por allí se llega al corazón mismo de la Iglesia. He aquí por qué me convertí en defensor y admirador de los jesuítas, después de haber sido su adversario". (*Discours*, vol. I p. 294).

Podemos penetrar más adentro: no es coincidencia la que une a la Compañía con la Iglesia perseguida; la vocación del jesuíta le pide esta unión. La "fórmula del Instituto" escrita por San Ignacio declara que entrar en la Compañía es enrolarse "debajo del estandarte de la cruz, para ser soldado de Cristo y servir a sola su Divina Majestad y a su esposa la Santa Iglesia bajo el Romano Pontífice, Vicario de Cristo en la tierra". Entrar en la Compañía es ponerse a las órdenes del Papa, es pertenecer a una legión "fundada principalmente para emplearse toda en la defensa y dilatación de la santa fe católica", es entregarse al servicio de las almas.

Mientras la Compañía se mantenga fiel a su vocación, su puesto será junto al Papa y donde quiera sean más urgentes las necesidades de la Iglesia y de las almas. Allí, "debajo del estandarte de la cruz" no faltarán nunca las persecuciones.

•

En los Ejercicios, después de hacer escuchar el llamamiento de Cristo a su seguimiento y al apostolado, su temperamento generoso lo impulsa a proponer al ejercitante este ofrecimiento:

"Los que más se querrán affectar y señalar en todo servicio de su rey eterno y señor universal, no solamente offrescerán sus personas al trabajo, mas aún haciendo contra su propria sensualidad y contra su amor carnal y mundano, harán oblaciones de mayor estima y mayor momento, deciendo: Eterno Señor de todas las cosas, yo hago mi oblación con vuestro favor y ayuda, delante vuestra infinita bondad, y delante vuestra Madre gloriosa y de todos los sanctos y sanctas de la corte celestial, que yo quiero y deseo y es mi determinación deliberada, sólo que sea vuestro mayor servicio y alabanza, de imitaros en pasar todas injurias y todo vituperio y toda pobreza, así actual como spiritual, queriéndome vuestra sanctísima majestad elegir y rescibir en tal vida y estado".

San Ignacio — Ejercicios Nºs 97 y 98

•

COMO OBRAN EN NOSOTROS LOS ESPIRITUS

En las personas que van de pecado mortal en pecado mortal, acostumbra comúnmente el enemigo proponerles placeres aparentes, haciendo imaginar delectaciones y placéres sensuales, por más los conservar y aumentar en sus vicios y pecados; en las cuales personas el buen espíritu usa contrario modo, punzándoles y remordiéndoles las conciencias por el recto sentido de la razón.

La Compañía de Jesús y el Arte

por ENRIQUE PASCAL G. H., Pbro.

Toda manera de vivir engendra estilo propio en torno. Cada hombre lo genera, quiéralo o no, y cada época, apoyada en sus hombres mayores, también. Podremos discutir el hecho. No podremos negarlo.

Entre la obra de Iñigo de Loyola y su tiempo sobreviene un diálogo estético, que ni buscó preconcebidamente el primero, ni solicitó el segundo. Los hechos sucedieron causalmente, en un enlace cuyos eslabones sutiles todavía se nos escapan en su totalidad, y, quizás, se nos escaparán siempre, puesto que sobre la valoración de influencias espirituales preciso es argumentar con leve paso.

Mas, quisiéralo o no San Ignacio, su obra estaba llamada a poseer repercusiones en el arte de su tiempo y a proyectarse en forma notoria, sobre todo el período que, en lo histórico, es conocido bajo la denominación de Contrarreforma.

De modo que nuestro propósito, bajo la desmesurada apariencia que el título anuncia y presta, viene a concentrarse en algo más reducido en el tiempo, aunque más profundo en el contenido.

No queremos describir todo el enlace de la Compañía de Jesús, desde su creación hasta el día de hoy, en cuanto diversos miembros de dicha Orden, con propósito consciente, se han dado al cultivo de las bellas letras y a lo que Cervantes llamara la República de las Artes. Quede ello para eruditos y para historiadores de la cultura, que, por felicidad o desgracia, no faltan.

Tampoco perseguimos el análisis de la conexión que entre el arte y la Compañía se ha producido en influencia estética al correr los cuatro siglos de su existencia, ni, muchísimo menos, analizar lo que se llama peyorativamente "estilo jesuíta" que hacía decir a un grande y buen amigo nuestro que la única derrota de la Orden frente al demonio había sido, justamente, su carencia de gusto en dicho estilo...

Nada de esto.

Lo que deseamos es esbozar una meditación sobre la Compañía y el arte de la Contrarreforma, vale decir, el Barroco. Y de éste, principalmente, el italiano. Y, del italiano, el romano, ya que en Roma tuvo iniciación la Compañía organizada y desde el Generalato de Roma se manejaban los lejanos negocios de Indias y los no menos lejanos de la hispana América.

Si se nos pregunta el por qué de nuestra elección circunscrita a dicho período, que, prácticamente va, desde la erección de la Iglesia del Gesú, en Roma, año de 1568, hasta el fallecimiento del Bernini, año de 1680, o, si se nos apura un poco, hasta el deceso del Hermano Pozzo, año de 1709, damos la siguiente respuesta.

Cuando San Ignacio fallece el 31 de julio de 1556, cuatro centurias atrás, la Compañía surge armada con todo su poder sobrenatural y natural, con la sombra del padre fundador a las espaldas y la conciencia de tener santos junto a ellos.

Históricamente, el siglo XVII católico recibe tal impronta jesuíta que bien podría decirse que les pertenece en sus más elevadas creaciones filosóficas, científicas y culturales. Al declinar el siglo XVII y advenir el XVIII, Europa experimenta un vuelco.

Estamos en el 1700 frente a la proximidad ineludible de los frutos del cisma luterano y calvinista, y el soplo racionalista anuncia lo que tendrá un curioso y triple nombre en ese siglo apellidado "de las luces": Enciclopedia, Masonería y Revolución. La Compañía de Jesús verá su obra rebatida, y el inmenso flujo suyo de siglo y medio, morirá en un reflujo violento que, incluso, obtendrá la supresión de la Orden en 1773. Cuando renazca más tarde, el tiempo histórico marchará por otros rumbos y esa plenitud del siglo XVII jamás ha vuelto a realizarse.

---

(1) El autor es profesor en la Universidad Católica de Valparaíso, en cuya Aula Magna dió esta conferencia el 26 de julio del presente año.

Nada más justo, en consecuencia, que considerar el enlace de la Compañía y su tiempo bajo el ángulo estético en el instante del mediodía, en el cenit cultural del Barroco, en el esplendor de las "formas que vuelan" por oposición a las "formas que pesan", como ha dicho un pensador. De ahí, también, que nuestra tema considere en forma exclusiva el sentido jesuíta de la vida y su proyección real en las formas de la cultura europea entre 1568 y 1680.

Entrando ya en materia, debemos formularnos una pregunta inicial: ¿cuál era el sentido artístico de Iñigo de Loyola, militar, fundador, religioso, gobernante y Santo?

Partamos de la realidad de su vocación terrena, la milicia, que le condujo a la religiosa, otra milicia, para comprender que en su formación humana y sobrenatural, el goce sensible entraba aunque no bajo la advocación de la belleza.

Este gran místico y gran hombre de acción batallaba en su existir y en la santificación de la existencia de los hombres, sin horas, ni vocación alguna, para emprender la obra literaria de un San Juan de la Cruz o de un San Francisco de Asís.

Está distante de la figura de un poeta. Su propio estilo —por ejemplo, los Ejercicios— es sobremanera escueto, carente de imaginación creadora y sin belleza mayor. La riqueza de su temperamento, la bondad de su corazón, se iban por las vías éticas.

Sin embargo, existe una curiosa declaración suya que permite un atisbo de luz sobre este punto. Dice el P. Cámara en los Monumenta Ignatiana, como declaración del santo, que "si acertaba a entrar " en alguna iglesia mientras se celebra- " ban los Oficios cantados, luego parecía " que totalmente se enajenaba de sí. Y es- " to no solamente era de provecho para " su alma, mas también para la salud cor- " poral; y así, cuando estaba enfermo, o " triste y desconsolado, ninguna cosa le " era de mayor alivio que oír cantar al- " guna devota canción a cualquier her- " mano".

De modo que la música enajenábale según declaración suya y le servía de consuelo para el alma y para el cuerpo. Con todo, no se dedicó a ella, ni a otra arte alguno, ni permitió que los Oficios cantados tuvieran lugar en su Orden, a lo cual sabiamente apunta su biógrafo, el P. Rivadeneira, que lo hizo porque "no era " ésta nuestra vocación a la cual Dios nos " había llamado".

Es decir, la inclinación personal que en el Santo pudo existir, y, posiblemente, de hecho existió en los tiempos de su mocedad, en la corte de los Reyes Católicos, cuando estuviera bajo la protección del Contador del Reino, D. Juan Velázquez de Cuéllar, no tuvo la más mínima realización práctica en su vida o en su obra, salvo estos momentos de íntimo abandono al escuchar bajo las bóvedas de una iglesia la salmodia de los Oficios, o percibir, al través de la ventana abierta de su cuarto, el canturreo de algún hermano en la huerta...

Es casi nada. Por lo tanto, no nos extrañemos si en las Constituciones no aparece el arte, ni tengamos tampoco a mal que los acres censores de la Compañía de Jesús, para descrédito suyo, hayan sostenido que les ha faltado tal humana dimensión.

La verdad es que no les ha faltado. Solamente, que no la han cultivado de primera intención, sino de segunda, y, a veces, de tercera. De ahí también que no haya existido algún creador genial en sus dominios, digno de parangonarse con un Angélico, en la pintura, o con un Perosi, en la música. La Compañía es un ejército y en los ejércitos sobra el arte, salvo en los desfiles.

Mas, la Compañía había nacido por Divina Providencia para una obra de gigantes espirituales: enfrentar la Reforma y dotar a la Iglesia de un cuerpo de servidores fieles y hábiles, estrategas del bien frente a la estrategia del mal, obedientes hasta el límite para contrarrestar la desobediencia reinante, dispuestos a la anulación individual, si necesario fuese, en beneficio común.

Todo ello no casa con el arte, ni con el artista. Este exige una afirmación rotun-

da de la personalidad, una clara y personal visión de su objetivo estético, el marcado acento de lo propio y un lenguaje que llega a lo universal por vía de lo personal trascendido, principalmente del apasionado enamoramiento. De suerte que el arte religioso ha sido mejor cuanto más cántico de amor a Dios ha resultado, desde una Catedral gótica hasta los Corales para órgano de Bach.

La Compañía, en cambio, donde el místico dice "Dios", ella dice "la gloria de Dios", y la mayor, la que más pueda alcanzarse. Este atributo divino externo consiste en la alabanza y reconocimiento que los humanos hagan de Su Divina Excelencia.

Pero los religiosos de la Compañía no cantarán ellos esa alabanza como expresión personal, sino que se lanzarán por el universo para obtener que los hombres, sus hermanos, entonen dichos himnos con sus respectivas y particulares existencias, y, al través de ellos, con las organizaciones sociales, y, así, la alabanza de los jesuítas estará entrañablemente vinculada a toda la alabanza que los prójimos darán a Dios por intermedio de esa obra en ellos.

De aquí un hecho incuestionable: la gran vía del intelecto, recorrida por la Compañía como maestra de generaciones y generaciones, como científica y cultivadora de la Filosofía y de la Teología, como misionera y adoctrinadora de pueblos indígenas y de razas apartadas de la Religión.

Su mismo notable sistema teológico, el Molinismo, abre las perspectivas mayores a la colaboración humana con los designios divinos, y robustece su voluntad libre al máximo. De ahí su sentido de gobierno y manejo de los hombres, su práctica acomodación a los usos y costumbres honestos de cada época, su intervención en la vida del mundo y su alerta vigilancia para rebatir cualquier desviación, cualquier falla, cualquier trizadura dogmática o moral.

De hecho, los jesuítas educaron a cuanta figura de significación hubo en Europa hasta la disolución de la Orden, incluyendo alguno de sus peores enemigos. Esa labor de magisterio no se habría podido realizar sin un claro sentido de lo que Dios pedía en ese tiempo y de la necesidad de que la Iglesia, otrora maestra del saber cultural, retomara el cetro caído de sus manos con las asperezas del Cisma de Occidente y la trágica quiebra de la Reforma.

Ni podríamos entenderlo si no viéramos a la Orden enfrentada con el hombre renacentista, orgulloso, violento, sensual y dominante, a quien las epopeyas asiáticas y americanas habíanle acrecentado la sed de mundanidad, aunque fuera en la mejor expresión del término. San Ignacio, hijo de su época y representante egregio de ella, lo sabía muy bien.

Era menester que la Compañía ordenara la inteligencia de los católicos, y, sobre todo, afirmase su voluntad. Lo primero iba a obtenerlo merced a la seriedad en los estudios filosóficos —exigida con ahinco por el santo fundador— y lo segundo en una obediencia firme y severa a Roma, que, justamente en este tiempo y bajo Pontífices notables como Pío IV, San Pío V y Gregorio XIII, construía y consolidaba la majestad jurídica de la autoridad pontificia, la severidad grandiosa de San Pedro y el edificio dogmático de Trento.

Y aquí entra el arte.

La Compañía necesitaba, sin que tuviera una conciencia clara de ello como institución, sino que vino a caer en la cuenta al tener que edificar la iglesia del Gesú, de lo que un francés ha denominado "l'accord de cette fantaisie et de cette raison", el enlace entre la fantasía y la razón.

El hombre del período gótico había vivido en las páginas áureas de la Biblia con la misma fresca ingenuidad revelada por las miniaturas de sus Libros de Horas, o en la mirada límpida que Van Eyck tuviera para los objetos, las ciudades, los paisajes y los seres de su siglo.

El hombre del Renacimiento había sentido, estremecidamente, la belleza de la época antigua rediviva en un soplo de paganismo que se derramó por las telas del Tiziano y las esculturas de Miguel Angel, y que sin lograr destruir la base cristiana, la puso en conmoción sentida y duradera.

Todo estaba a punto para otro renacer

católico, tras la tempestad furiosa de la herejía reformista. Había que reestructurar a este hombre, a quien ya la sencillez antigua o la clásica columna, como los razonamientos silogísticos o el latín bárbaro, antojábansele carentes del interés humano, que, en forma apasionada, buscaba.

La iglesia del Gesú dió una pauta. Bajo los auspicios del Cardenal Farnesio habían comenzado las obras entregadas al Vignola, ese purista de la arquitectura, imbuído en el Palladio. Un severo frontis de capiteles corintios en columnas pareadas; tres puertas rectangulares coronadas por el triángulo griego; planta de cruz latina, con nave única, espaciosa.

Y, de pronto, la novedad.

Sobre el frontis, a lado y lado, volutas. En medio de la severidad de líneas, en contraste con la recta y la curva, un capricho, una línea ondulante que desciende armoniosamente y se envuelve sobre sí misma, gira y se concentra en un punto. Ninguna razón constructiva. Un solo motivo: decoración .

Evidentemente, no se trata de novedad absoluta. Ya Miguel Angel, otro barroco, las había empleado. Que, al fin de cuentas, el barroco estilístico no nace con la Compañía, pero vendrá a recibir de ella fortísimo impulso.

Muerto el Vignola, Giácomo Della Porta continúa la iglesia y se dedica a enriquecerla. Hay en el Gesú capillas laterales comunicadas por dentro, lo cual es nuevo. Hace pensar, en su juego de entrantes y salientes, como ha dicho alguien irreverentemente, debemos confesarlo, en los entretelones teatrales, en las bambalinas. De nuevo un motivo ornamental: decoración.

El Gesú quiere hablar a la sensibilidad de las muchedumbres. Pero ya no es una sensibilidad pura, como la gótica, sino una que viene de pasar por el río renacentista; que aún se baña en él. Conviene deslumbrarla, atraerla, sujetarla con la sensación de que la casa de Dios está igualmente hecha para una gloria mayor.

Y, entonces, sobreviene el caos. Los frescos avanzan por paredes laterales y se lanzan al espacio de la bóveda, mientras los mármoles ascienden por los altares, se multiplican los bronces, las líneas se quiebran, las perspectivas se ahondan, el altar refulge al fondo como un monumento severo o imponente, la luz se tamiza en ventanas y cupulines, la gran linterna se perfora con otra, y el recinto sagrado va adquiriendo un sentido teatral majestuoso. Otra vez lo ornamental: decoración.

El acuerdo entre la fantasía y la razón está producido. Nadie puede negar a la estructura del Vignola y de Della Porta, su clásica estampa, ni hay posibilidad alguna de ignorar la seriedad con que la masa ha sido erigida. De Brunelleschi aquí, en lo esencial, no hay variaciones.

Mas, la iglesia matriz de los jesuítas debe reflejar el concepto religioso de los jesuítas, y en este concepto guerrero, donde el arte no ocupa un fin particular, sí lo ocupa como un medio, y un medio poderoso para deslumbrar a los católicos, en particular a los italianos, amantes de la luz, la música y el fausto, para quienes lo religioso, y más en este tiempo, debía contener algo de fiesta, algo de ensueño y algo de positivo.

Todo ello está conseguido en la estructura total del Gesú. La iglesia carece de la severidad desnuda de un templo románico, de la aspiración vertical de un templo gótico, del equilibrio perfecto de un templo renacentista. Posee, en cambio, el sentido del movimiento luminoso y pictórico, donde los valores visuales o los táctiles parecen haber llegado a un predominio, permaneciendo intacto el substrato clásico, racional, ordenado.

La Compañía lo comprendió muy bien. Tanto lo comprendió, que el Gesú fué el modelo, el patrón, el ejemplo seguido por doquiera. Hasta en esas sierras peruanas pueden hallarse las fábricas de la Compañía, con el aire, la disposición, el módulo iniciado en el Gesú.

Es la sensación del límite entre cielo y tierra que la Compañía trasluce en su iglesia madre. Ellos, los jesuítas, son mensajeros del cielo para la tierra, cruzados de un mundo que necesita con urgencia ascender a las alturas.

Conviene, sin que la Divina Majestad sea disminuída, aproximarla y conseguirlo de tal modo que lo divino resulte percibido estéticamente dentro de un lengua-

je, que, a la vez, aproxime y aleje, acerque el cielo a la tierra sin dejar de producir la sensación de trascendencia que posee lo celestial.

Es la proyección lógica, necesaria, fatal diríamos, del acuerdo entre razón, ciencia y filosofía, por una parte, con espíritu, revelación y teología, por otra.

El hombre post-renacentista exige ciencia. La tendrá. Pero necesita religión. Asimismo la tendrá. Los jesuítas se lanzan a la empresa de hacerlo en la vida cultural del mundo cristiano de su tiempo, y, como debía suceder, tienen que utilizar el arte. San Ignacio no lo había prescrito expresamente, más tampoco lo había prohibido. Luego, era factible.

Así se hizo. Evidentemente, no vamos a sostener que todo el Barroco sea obra de la Compañía de Jesús, ni mucho menos que las mejores obras hayan surgido dentro de la Orden. Lo que sostenemos es que la Orden suministró al Barroco católico ese empuje espiritual, ese anhelo de armonizar cielo y tierra, esa sensación de juventud optimista que era imprescindible después de la Reforma y que sin una fuerte dosis de doctrina católica habría resultado imposible.

Todo fué el fruto del humanismo cristiano, impuesto por la Orden. Al dedicarse, en su sector europeo, a la grandiosa labor de oponerse a los reformistas dentro del terreno teológico, filosófico, científico, demostrando, primero, el error de ellos, y, en seguida, afirmando las cualidades nuestras, tenía que sobrevenir la exaltación de la obra de Dios.

Frente al pesimismo calvinista o a la inseguridad luterana, frente a un pecado original no perdonado radicalmente, el catolicismo debía proclamar la bondad de la obra de Dios, la grandeza de la creación, la nobleza del libre albedrío humano en obediente sometimiento a la voluntad sapientísima del Señor.

Y debía hablar de la misericordia, de la bondad y de la belleza de Dios y del camino de las creaturas, "per ea quæ facta sunt", para ascender a El. La Compañía podía y debía engendrar esa visión certera del hombre reconciliado con Dios.

Dicha visión iba a tener su proyección estética, desde un Bernini hasta un Góngora. Para los jesuítas, su iglesia del Gesú señalaba un camino. Había que recorrerlo. Y lo hicieron.

En sus peores momentos, el arte jesuíta rezumará excesiva razón y escasísima fantasía. En los momentos culminantes, la fantasía se aliará con la razón en síntesis perfecta. Y en los momentos delirantes, el Barroco se deformará en el follaje Churrigueresco o bávaro, en una elegancia rococó que preludia las frondas versallescas.

Desde la erección del Gesú, las bases del estilo estaban dadas. Un artista genial iba a suministrar los momentos supremos del Barroco europeo, del arte romano de la Contrarreforma. El Bernini, nacido en 1598 y muerto en 1680.

Sería interesante estudiar las relaciones íntimas que tuvo Bernini con la Compañía de Jesús al través de su Director Espiritual por largos años, que finalizó en General de la Compañía y le siguió a la tumba con un año de distancia: el P. Pablo Oliva.

El enlace entre la Compañía y el Bernini era perfectamente natural, como natural era, en su arte, el predominio del movimiento con tendencia hacia lo escenográfico, frente al quieto equilibrio clásico.

Basta comparar el David del Bernini, todo fuego, energía, ímpetu muscular, actividad del gesto, con el David de Miguel Angel, sereno, esbelto y firme. Basta evocar la columnata grandiosa y deslumbrante que rodea con su movimiento circular la vastedad de la Plaza de San Pedro, para comprender cómo los elementos clásicos habituales —columnas, fustes, capiteles, techumbres— están dispuestos en un sentido de movilidad, de líneas que se agitan y ondulan hacia la fachada de la Iglesia. En una palabra, decoración escenográfica, punto de vista.

Esto del punto de vista es típico del Barroco y Bernini cuidó de señalarlo en la misma Plaza, cuando obliga al espectador, colocado en la losa circular del cen-

tro, a contemplar cómo las cuatro hileras de columnas desaparecen y sólo queda una por el perfecto artificio simétrico decorativo.

Es idéntico a la perspectiva del gran pintor jesuíta, el hermano Andrés Pozzo, que en su decoración de la iglesia de San Ignacio rompe, en perspectiva audaz, el techo del templo para proyectar, entre nubes, ángeles y luces, la gloria ignaciana. Un punto en el pavimento indica el sitio exacto de la ilusión. Un paso más allá, y todo el efecto escenográfico se habrá venido al suelo...

El arte influenciado por la Compañía tiende abiertamente a lo escenográfico, que, en cierto sentido, es tentativa de crear una atmósfera irreal por todos los medios. Las capillas laterales, con sus salientes y entrantes de luz y de sombra, ahondan la longitud, tal como el Bernini, en la llamada "escala regia" del Vaticano, por un artificio óptico produce sensación de profundidad en pequeño espacio.

Se precisa atraer a las muchedumbres, convencerlas de la riqueza insuperable que hay en la Divinidad como contenido, como dimensión, como realidad incluso palpable, audible, visible. San Pedro de Roma se alarga para llegar a dicha captación gigantesca y escenográfica, de un juego de proporciones que todo lo minimiza en un primer instante, para revelar, poco a poco, el sentido abrumador de su vastedad espacial.

Las columnas dejan de ser árboles para transformarse en serpientes y triunfa la llamada columna "salomónica", típicamente barroca, que en el Baldaquino de San Pedro —otra creación del Bernini— alarga su osamenta hacia las alturas, mientras en el ábside la locura escenográfica del mismo Lorenzo Bernini, genialmente dispone la "cátedra" del santo, en un resplandor de bronces, cristales y luces, entre juegos de figuras, contorsiones de rostros, claridades y oscuridades alternativamente—y sabiamente—compartidas.

Todo el arte empieza a teatralizar. No nos extrañemos, por lo tanto, de que el teatro constituya una de las manifestaciones geniales de la Contrarreforma. En la pintura, la escuela de Bolonia, con los Carracci, y el Dominiquino, y el Reni, y el Dolci, gesticula, pone los ojos en blanco, enseña ropajes que ondean en todos los sentidos y retuerce las figuras sin el dramatismo interior del Greco.

En la escultura, el genio del Bernini proyecta la estatua ecuestre de Constantino contra un formidable arremolinado cortinaje, casi como un relieve, y deja a Santa Teresa en éxtasis en medio de una floración de hábitos que sólo dejan surgir el rostro, las manos y los pies desnudos. Cada estatua barroca semeja moverse, actuar, salirse de su sitio.

Dando un salto a nuestra América, el arte jesuíta inspira fachadas de riquísima decoración —siempre lo decorativo— con motivos indígenas de hojas, flores o frutos, esparce altares barrocos estofados en oro, que brillan como ascuas en las penumbras de los templos coloniales, sabiamente iluminados con altas y pequeñas ventanas para que la luz gradúe la riqueza interior, y crea una estatuaria en madera polícroma de la cual no está lejana alguna reminiscencia del Extremo Oriente.

La luz es el prodigio que el Barroco utiliza. Ya no es el aire pleno, la claridad renacentista del día. En la iglesia jesuíta, la luminosidad destellará sobre el altar mayor para atraer las miradas. En las esculturas, la luz acentuará rasgos, ropas, ademanes. En la pintura, el tenebrismo será, en Caravaggio o Rembrandt, violenta pasión por la luz entre tinieblas. En lo arquitectónico, un contemporáneo del Bernini, el Borromini, erigirá templetes, creará volutas, columnillas en haces, desplazará los ejes simétricos y tenderá hacia el vuelo de la fantasía exuberante. Un paso más, y la iglesia será teatro. Otro paso, y será salón lujoso... El rococó está "ad portas".

Cuando el Hermano Pozzo empieza a pintar para la Orden, lo escenográfico está en su culminación. Había nacido en 1642 e iba a morir en 1709. Su pincel deja en las bóvedas ignacianas las más audaces imposturas estéticas, las más sabias perspectivas, en las cuales las techumbres

resuelven con imágenes la alianza de cielo y tierra.

El cielo irrumpe en el templo, lo invade, se descuelga por las paredes, acércase al fiel y lo deslumbra. Si éste mira al costado, algún altar de mármoles, de bronces, de doradas maderas, le recordará el esplendor de la celestial Jerusalén.

Y si contempla hacia el fondo, la claridad de la cúpula concentrará su mirada en la pirámide de piedras rutilantes, que, siempre en sabia armonía, siempre en composición de equilibrio, siempre en mano de fierro bajo el guante multicolor, asciende como surtidor de joyería hacia lo alto, que puede ser el templete para la Custodia, la insignia de Nuestro Señor, la imagen del santo, o santa, de María Santísima, o del Salvador del Mundo.

El hombre de la Contrarreforma se embriaga, naturalmente hablando, de esta espiritualidad recobrada por vías estéticas. Sería un profundo error concebir dicho período como un juego de niños, por mucho que de juego encierre, puesto que es la expresión legítima de una exaltación humana. Después de Trento, la Iglesia es consciente de su verdad, de su autoridad y de su influencia.

Naturalmente, la Compañía tiene papel preponderante en esto. Nada más lógico que su arte, el arte que ella influye, que ella cuida para que el pueblo católico se mantenga dentro de lo ortodojo, refleje dicha exaltación alegre, dicho exuberancia vital, dicha afirmación rotunda.

No nos extrañe que en Flandes, un Rubens caiga dentro de su órbita, o que en Goa asiática hallemos sus huellas, como en México o en el púlpito barroco de La Merced, en Santiago, salido de talleres jesuítas. No nos admire que en Portugal o España, en Francia o Alemania, en Polonia o Italia, y por doquiera en el mundo nuevo, idéntica exaltación, idéntica exuberancia decorativa, idéntico lujo, idéntica afirmación dichosa, tengan raíz, tronco, follaje y fruto.

Efectivamente, el arte barroco de inspiración jesuíta es constructivo. A su modo, trata de ser —aunque no siempre lo obtenga— la feliz síntesis de la razón y de la sensibilidad.

Es eminentemente simbólico, desde luego, por ser arte, y, en seguida, por cuanto la fuerza expresiva del símbolo se adapta magníficamente al objetivo de adoctrinamiento religioso perseguido.

Se vuelve teatral por aspirar a lo didáctico, y, sin querer, va a finalizar en esos engendros moralizantes "ad usum delphini", puesto que la vía pastoral desemboca allí. Mas, en los momentos de plenitud —y todo el siglo XVII lo es— alcanza a las cumbres barrocas de belleza en libertad, de movimiento danzante, de arquitectura que vuela, de ímpetu alegre, y que, en cierto modo, perpetúa el espíritu gótico bajo expresiones estéticas muy diversas.

Las claves que la Compañía ha entregado a la vida de su tiempo se reflejan en el arte. San Ignacio y los suyos han querido santificar todo lo humano en forma, a la vez, disciplinada y libre.

Quizás en esa magnífica afirmación del Evangelio de San Juan, "la Verdad os hará libres" se contenga como la cifra del intento jesuíta. Había que santificar todo lo humano, con la disciplina de un ejército, y con el máximo desarrollo de la personalidad individual ahincada en la Verdad. Lo que de exuberante podía tener tal desarrollo está aprisionado en el marco disciplinar, y mientras más se ahonde en la sujeción rígida a la verdad, más libertad habrá en el apóstol.

De aquí las tendencias del arte jesuíta. Es necesario libertad con orden, exuberancia con cántico, música, en una palabra. Y es sintomático que en el Barroco empiece el esplendor musical europeo y que los grandes genios se bañen en sus aguas humanistas y la floración se extienda, por el Romanticismo —un Barroco retardado— hasta las horas frías y antihumanas de nuestro tiempo, donde la música declina.

Lo trágico quizás consista en que la corriente inspiradora de buena parte de este movimiento artístico, por ascetismo, por legítima renuncia, por aquella frase del P. Rivadeneira, "no era ésta nuestra vocación a la cual Dios nos había llamado", se haya contentado con inspirar, con indicar, con adoctrinar. Y no más.

San Ignacio derramará lágrimas de jú-

bilo al escuchar los Oficios cantados, pero él no cantará. Será un gustador de belleza. No será un creador de belleza, salvo de la moral. Este asceta no dejará regocijarse a sus sentidos, pero comprenderá que los sentidos humanos requieren de dicho regocijo, el cual es a mayor gloria de Dios cuando está sabiamente ordenado.

No le pidamos, en consecuencia, a la Compañía, lo que ella no está destinada a darnos: ni el Oficio litúrgico, ni el Coro salmodiado, ni el cántico espiritual. Solicitémosle ideas, razonamientos, solución de problemas, avances culturales, disciplinada educación, humanismo cristiano.

Y reconozcamos, con gratitud, cuánto ha hecho por el arte en ese período admirable, aun hoy día tan menguadamente conocido, que es el Barroco, para acrecentar su belleza, para suministrar a los católicos la sensación de una alianza verdadera entre el cielo y la tierra, en cuya virtud habrá que perdonar los yerros cometidos y las sequedades estéticas, que, de tiempo en tiempo, surgieron inevitablemente.

La alegría profunda, intensa, confiada, del período barroco, esa alegría de ser católico, de la fe recobrada y mantenida, de la confianza en la roca de Pedro purificada ya, de la certidumbre de habitar en una verdad resplandeciente cuyos resplandores incluso llegan a los templos y se hacen visibles, todo eso no ha vuelto a existir colectivamente en la humanidad europea o americana.

Cada vez que contemplamos la más pequeña muestra del barroco —una estatuilla, un lienzo, un altar polícromo, una iglesia de aldea, un verso, un auto sacramental, un aria— percibimos la felicidad tremante de ser hijos de Dios y de vivir a su amparo.

Y frente a nuestro mundo apesadumbrado, inquieto y titubeante, la afirmación barroca suena como una clarinada de gloria. En ella, la Compañía de Jesús puso su sello, "ad maiorem Dei gloriam", y nada, ni nadie, podrá arrebatárselo.

•

Cristo y Satanás tienen diferentes tácticas, nos dice S. Ignacio, Satanás induce a sus demonios a tentarnos con deseo de riquezas, honor del mundo y soberbia, para conducirnos de ahí a todos los vicios, luego nos recomienda:

"Considerar el sermón que Christo nuestro Señor hace a todos sus siervos y amigos, que a tal jornada envía, encomendándoles que a todos quieran ayudar en traerlos, primero a summa pobreza spiritual, y si su divina majestad fuere servida y los quisiere elegir, no menos a la pobreza actual; a deseo de opprobrios y menosprecios, porque destas dos cosas se sigue la humildad; de manera que sean tres escalones; el primero, pobreza contra riqueza; el opprobrio o menosprecio contra el honor mundano; humildad contra la soberbia; y destos tres escalones induzgan a todas las otras virtudes".

San Ignacio — Ejercicios Nº 146

En las personas que van intensamente purgando sus pecados, y en el servicio de Dios nuestro Señor, de bien en mejor subiendo, es el contrario modo, que en la primera regla.

Porque entonces proprio es del mal espíritu morder, tristar y poner impedimentos, inquietando con falsas razones, para que no pase adelante; y proprio del bueno, dar ánimo y fuerzas, consolaciones, lágrimas, inspiraciones, y quietud, facilitando y quitando todos impedimentos, para que en el bien obrar proceda adelante.

San Ignacio — Ejercicios Nº 315

La influencia de San Ignacio de Loyola en la Educación

por JORGE GONZALEZ F., S. I.
Rector de la Universidad Católica de Valparaíso.

La aparición de San Ignacio de Loyola y de la Compañía de Jesús en los años turbios de la Contrarreforma, puede ser caracterizada como un principio de solidificación en medio del gran resquebrajamiento social y religioso; como una respuesta de ordenación jerárquica y razonada a la avalancha de tipo tumultuoso y afectivo; como una valorización de lo más espiritual y cristiano de lo humano, frente al paganismo de un humanismo desespiritualizado.

La acción de los jesuítas sirve como de ancla —adherida firmemente a la roca de Pedro— en la que se sostienen, salvándose del naufragio, multitud de prelados, sacerdotes, príncipes, religiosos, burgueses, estudiantes y plebeyos, sacudidos y desorientados por las doctrinas nuevas que surgen en las más encontradas direcciones.

Su predicación —principalmente a través de los Ejercicios Espirituales— remueve las conciencias, rectifica los criterios, ilustra las inteligencias, afirma las voluntades, transforma las vidas.

Y sin embargo, toda esta influencia no habría podido ejercerse en profundidad, y habría carecido de duración, si hubiera sido dirigida exclusiva o principalmente a las generaciones de adultos, y no a la juventud. No sería aventurado afirmar que sin su trabajo educativo en los Colegios y Universidades, la obra de la Compañía de Jesús, habría significado sólo un esfuerzo más, añadido a la obra de la Reforma, emprendida en la Iglesia desde adentro hacia fuera, por el Concilio de Trento; un esfuerzo comparable al influjo de los Teatinos en Italia, o a la reforma teresiana en España. Pero nunca habrían tenido Ignacio y su Orden la trascendencia universal, que han tenido en la historia moderna.

Y justamante, acerca de este aspecto de la obra ignaciana quiero hacer tres alcances que corresponderán a otras tantas partes de este artículo, y que podrían subtitularse así: la influencia jesuítica, por la educación; la paradoja del Fundador, que no fué pedagogo; el secreto del valor perenne de la educación de la Compañía.

I

LA INFLUENCIA DE LA COMPAÑIA, POR SU OBRA EDUCATIVA

La Historia nos enseña —sobre todo en los tiempos modernos— que la transformación del ideario que rige la conducta de los pueblos, sólo se realiza con gran lentitud; que los hombres ya adultos, difícilmente se dejan seducir por nuevas ideologías; y que mientras más total, más íntima y completa va a ser la transformación que se intenta, más reacio es el adulto a absorberla, y por lo mismo, más clara se ve la necesidad de intentar la infiltración de la nueva ideología a través del proceso educativo de la niñez.

El Cristianismo no contó con escuelas en los primeros siglos: el proceso de conversión del mundo greco-romano —aunque sostenido sobrenaturalmente por los milagros— fué muy lento: trescientos años.

Durante los largos siglos de la Edad Media, la transformación de las rudas costumbres de los bárbaros germanos fué haciéndose poco a poco; y sólo se obtiene totalmente en ese ámbito selecto de las escuelas, los talleres y las Universidades, que logran producir ese magnífico ejemplar de hombre, que es el cristiano medioeval.

En épocas más recientes, hemos visto cómo los gobiernos totalitarios, que verdaderamente han tenido una ideología propia, han transigido, sí, más o menos, ante la imposibilidad de cambiar las mentes de los hombres adultos; pero en cambio, han intentado violentamente apoderarse en forma excesiva de la educación de la niñez y juventud, porque veían

en ella la clave infalible de un éxito definitivo.

Y podemos ver la contraprueba de este mismo aserto, en su aspecto negativo, con lo que ha sucedido al Comunismo.

Durante casi 40 años ha estado luchando denodadamente por conquistar el mundo occidental. Luchan en su favor todos los errores que comete una mentalidad burguesa capitalista, y que son hábilmente explotados por su propaganda; a esto se agregan: una dialéctica envolvente; unas apariencias deslumbrantes para mentes simplistas; el uso desvergonzado de toda clase de armas vedadas, que la moral prohibe muchas veces esgrimir aun contra ellos; una poderosa organización internacional y una propaganda astuta y certera.

Y sin embargo, el Comunismo no ha logrado dominar ningún país del mundo occidental, fuera de las desdichadas naciones que una torpe miopía política de los aliados entregó maniatadas a los ejércitos rusos, al terminar la Segunda Guerra Mundial.

¿Qué le ha faltado al Comunismo internacional, para triunfar en Occidente? Apoderarse de las escuelas y colegios. Y precisamente aquellos países en los cuales la influencia comunista ha llegado en algunos momentos casi a producir el derrumbe definitivo, han sido aquéllos en donde el comunismo, infiltrado en el magisterio, había logrado realizar su tarea demoledora entre la juventud: Francia, Brasil, Chile.

Estos ejemplos nos servirán para comprender mejor la razón del enorme influjo que tuvo la Compañía de Jesús, como barrera de contención contra el Protestantismo, en los siglos XVI y XVII.

Es cierto que antes ya había habido escuelas monacales, como las de los Benedictinos, y escuelas catedrales, erigidas junto a las sedes episcopales. Pero las primeras eran reducidas en su número y en el de sus alumnos; participaban mucho del tipo de vida propio de los monjes, y generalmente se hallaban lejos de las ciudades, junto a las Abadías.

Por su parte, las escuelas catedrales estaban encargadas generalmente a algún clérigo o dómine, que miraba su trabajo más como un oficio rentado, que como una auténtica vocación pedagógica.

Al promediar el siglo XVI, el desconcierto ideológico era general: el Renacimiento había sacudido al ingenuo hombre medioeval, despertando en él desmedidas ansias de placer; los nuevos descubrimientos estimulaban sus nobles apetitos de saber; la Filosofía escolástica, que se había convertido en logística o en nominalismo, le ofrecía la hojarasca de una dialéctica. La agonía del feudalismo había quebrantado los conceptos de disciplina y jerarquía.

El clero, secular y regular, contaminado por el mal ejemplo de los príncipes eclesiásticos renacentistas, no podía inspirar a los fieles la seguridad anhelada. Las nuevas doctrinas, de Lutero y de Calvino, comenzaban a hacerse oír en los conventos, en los púlpitos, en las Universidades; y aunque la Iglesia Católica iba a presentar al mundo el luminoso cuadro de sus definiciones dogmáticas tridentinas, éstas difícilmente podrían llegar directamente a los desorientados fieles.

Y entonces, precisamente, aparece en el campo de la lucha ideológica, la Compañía de Jesús con sus Colegios. La nobleza y la burguesía, únicas clases influyentes en aquel tiempo, les envían sus hijos. Y al cabo de algunos lustros, la nueva generación de hombres influyentes, moldeada en los Colegios de la Compañía, salva los restos de la unidad del mundo occidental. La Contrarreforma ha sido un hecho.

Surge la pregunta: ¿qué ofrecían los Colegios de la Compañía, nuevo o diverso o más válido, para que tuvieran tal aceptación?

La respuesta podría ser ésta: la Compañía de Jesús ofrecía a sus educandos dos grandes valores, que en esos momentos estaban en crisis: ciencia segura y sentido del orden.

No pretendemos afirmar que, fuera de los Colegios de la Compañía, no hubiera entre los católicos, hombres de profundo saber o de refinada erudición. No. Sería pedante y sería falso.

Afirmamos solamente que, como Orden

religiosa dedicada principalmente a la enseñanza, la Compañía presentaba un fuerte equipo de hombres doctos, cuya versación en las ciencias profanas que entonces se enseñaban, corría pareja con una inquebrantable adhesión a la doctrina tradicional católica. Se sabía que al enviar a un adolescente o a un joven a los Colegios de los Jesuítas, éste iba a encontrar en ellos una rica cultura humanística, una sólida formación filosófica y teológica, y una interesante iniciación en el campo de las ciencias.

Y en esto, aunque algunos de los jesuítas sobresalían más que otros, los demás estaban todos o casi todos sobre la línea de las medianías.

Los seis primeros compañeros de San Ignacio fueron todos maestros o doctores de la Universidad de París. Entre ellos descollaron los PP. Diego Laínez y Alfonso de Salmerón, teólogos del Papa y lumbreras de la Iglesia en el Concilio de Trento. Luego se les unieron hombres de la talla de San Pedro Canisio, Doctor de la Iglesia Universal, Pedro de Ribadeneira, Possevino, y tantos otros.

En pocos años entraron a la Compañía centenares de universitarios, estudiantes en su mayoría, y no pocos ya graduados.

Resulta entonces perfectamente explicable que los príncipes eclesiásticos o seglares, quisieran a porfía tener en sus estados Colegios regentados por estos hombres, que estaban dispuestos a dar gratuitamente su ciencia, renunciando además a toda dignidad eclesiástica.

Los municipios, los ayuntamientos, las ciudades ofrecían recursos para fundar nuevos Colegios, que entregaban tranquilos y confiados a la nueva Orden. Y la nueva Orden recibía de estos Colegios, nuevos y valiosos aportes para sus propias filas. En la historia de la cultura cristiana, nunca se había visto un movimiento de tan avasalladora fuerza interior, en un campo de acción tan vasto, y en una acción tan rápida.

Pero no hay que olvidar el otro elemento señalado anteriormente como clave del éxito, y sin el cual la sola ciencia no habría bastado para dar a la joven Compañía de Jesús un influjo tan decisivo en la formación de la juventud. Nos referíamos al sentido del orden.

Ciencia, c u l t u r a humanística, erudición, no faltaban ni en la Sorbona, ni en Salamanca, ni en Lovaina, ni en tantas otras Universidades.

Pero había otro valor que en ellas estaba en crisis: la disciplina interior; y esto por una razón muy explicable.

Toda aventura lleva implícito el peligro de la desorientación: sin ese peligro, no sería aventura. El Renacimiento fué una gran aventura del pensamiento. Y en ella, junto con la maravillosa conquista de sus altas cimas, encontramos lamentablemente también las pérdidas de ruta, los titubeos, las caídas, las desorientaciones de todo orden que sembraron tanta confusión en las mentes.

Frente a la juventud estudiosa, ansiosa de novedades, propensa siempre a la audacia y al descontrol, no había quien ofreciera una organización jerarquizada de la acción, como integración de los valores educacionales en un auténtico humanismo cristiano.

Y esto fué lo que trajeron los Colegios de la Compañía.

En los principios, todos ellos fueron casi exclusivamente "convictorios", o sea, en términos modernos, hogares de estudiantes, secundarios o universitarios, en los cuales lo fundamental no era el que allí se dictaran clases: lo sustancial era que allí los jóvenes vivían y se educaban cristianamente. Asistían a clases en las Universidades, y tenían en el Colegio algunas lecciones o repeticiones, o todas, según conviniera para los profesores que formaban la comunidad del Colegio.

Pero el acento se ponía en la integridad de la formación humanística, por el desarrollo de los hábitos de trabajo, de estudio, de investigación personal; por la exploración y el fomento de las disposiciones artísticas o científicas guiadas de cerca por los maestros que convivían con sus alumnos; por el robustecimiento de una voluntad firme, dentro de los marcos severos de una organización perfectamente planeada; a la que un grupo de hombres enamorados de su vocación pedagógica y sin ningún otro interés mate-

rial, consagraban totalmente una vida santa y austera; que naturalmente impregnaba de piedad y de espíritu sobrenatural toda la formación del educando, quien resultaba así un humanista cristiano.

En pocos años los Colegios de la Compañía se prestigiaron de tal modo, que se multiplicaron, y llegaron a pasar de cien por toda Europa, al par que comenzaban a extenderse en el nuevo mundo y en las colonias portuguesas del oriente.

En cada uno de ellos el número de convictores distaba mucho de las altas cifras de los Colegios de hoy; rara vez pasaban de doscientos. Pero el influjo de sus alumnos fué inmenso.

Posteriormente otras instituciones religiosas han extendido también maravillosamente la influencia educativa de la Iglesia. Pero creemos poder afirmar que la segunda mitad del siglo XVI y el siglo XVII están como dominados por los alumnos de los jesuítas, dentro de la Europa que se salvó de la Reforma. Baste citar algunos nombres: Calderón de la Barca, Corneille, Moliére, San Francisco de Sales, Galileo, Buffon, Lalande, Bossuet, Descartes, Réaumur...

La verdad irrefutable de la palabra evangélica: "Por sus frutos los conoceréis", nos da una confirmación de lo que llevamos expuesto, al aplicarla el magisterio de la Iglesia, a la obra educativa de la Compañía.

En efecto, ya en 1576, o sea, sólo treinta y seis años después de la fundación de la Orden, el Papa Gregorio XIII, por su Bula "Salvatoris Domini" renueva los privilegios acordados a la Compañía por sus predecesores, y justifica esta predilección pontificia, por los frutos que la Compañía ha producido en casi todo el mundo, y esto no sólo por los medios que ella emplea, comunes a todo el clero católico, como son la predicación y la práctica de los Sacramentos, sino especialmente por otros que son propios de la Compañía: los Colegios, en los que se enseñan las letras, la Filosofía y la Teología. Y añade que ésta es una "vocación divina" de la Compañía, que ella realiza "para gran servicio de Dios y provecho espiritual de la Iglesia".

La Compañía de Jesús suprimida por razones políticas que movieron a Clemente XIV a aceptar las exigencias de los Borbones, fué conservada en Rusia por la Emperatriz Catalina, no por razones doctrinales ni políticas, sino por la magnífica obra educativa que los jesuítas realizaban en sus Colegios.

Y casi inmediatamente después de la supresión, otro Papa, el valiente Pío VII, aprovechando la permanencia de los jesuítas en Rusia y Polonia, escribe al Padre Francisco Kareu, Vicario General, que recibe de todas partes peticiones de restablecer la Compañía porque "nada mejor puede hacerse para formar a la juventud en el respeto a Dios, en la disciplina de las costumbres... que darles como guías a estos hombres ya probados".

Por igual motivo pide el Rey Fernando al Santo Padre que al menos permita a los jesuítas establecerse en su reino de las Dos Sicilias, "para entregarse plenamente a la formación y erudición de los adolescentes, ya enseñando en sus propios Colegios, ya por medio de los convictorios para los que asisten a los Colegios públicos".

Y el Papa León XII al devolver a la Compañía el antiguo Colegio Romano (hoy Universidad Gregoriana) fundado por San Ignacio afirma explícitamente que Pío VII restableció la Compañía de Jesús en 1814, en toda su antigua dignidad, "principalmente por esta razón: para que se ocupara de formar a la juventud en las letras y en las costumbres".

Así los Sumos Pontífices, tanto en los principios de la antigua Compañía, como al restablecerla, han dejado bien en claro que la acción propia y el gran mérito de la Orden han consistido precisamente en su obra educadora de la juventud.

Tal vez esto mismo podría explicar la implacable animosidad con que la han perseguido y calumniado los enemigos de la Iglesia.

El testimonio de los adversarios suele ser prueba fehaciente.

(En el próximo número de Mensaje se publicarán la segunda y tercera parte del artículo).

Los Jesuítas y las Misiones

por JOSE I. CIFUENTES G., S.I.

De los 32.899 jesuítas que hay en el mundo, cerca de 6.000 se encuentran en los 55 territorios de misión a ellos confiados. (1)

La Compañía de Jesús, como Orden misionera, o sea, nacida para cristianizar los países de infieles, fué una respuesta al llamado misionero en el siglo de los descubrimientos. Cuando Colón plantaba la Cruz en el nuevo mundo, nacía en el Castillo de Loyola, Ignacio; cuando Hernán Cortés dominaba a los aztecas del Anahuac, Ignacio caía herido en Pamplona; y el 27 de septiembre de 1540, al ser aprobada por el Papa la nueva Orden, las embarcaciones portuguesas ya habían llegado al Japón y sus marinos se esforzaban por penetrar en China. Un horizonte inmenso se abría al evangelio.

En marzo de 1540 partía de Lisboa al lejano oriente Francisco Javier, el primer misionero jesuíta, el hombre donde la voluntad apostólica de San Ignacio encontró su más alta expresión. Se inicia el más vasto movimiento misional de la época moderna (2). Javier es un apóstol y un jefe. Predica, bautiza y establece misioneros, continuadores de su obra en Goa, costas de la India, Malacca, Islas de la Sonda y, en 1549, funda la primera comunidad cristiana en el Japón. Es el primer misionero católico que pisa el suelo japonés. Cree que la conquista espiritual del Imperio del Sol Naciente no podrá realizarse si antes no es aceptada la fe en China. Su grandioso plan misionero se ve interrumpido por su prematura muerte ocurrida en la noche del dos al tres de diciembre de 1552, en Sancián, islita situada frente a Cantón. Moría a los 46 años de edad, después de 10 años de apostolado en Oriente (1542-1552). Había roturado campos desconocidos. El secreto de su éxito radica en la fuerza de su personalidad enamorada de Cristo.

Mientras los jesuítas llegaban con Javier al Extremo Oriente, otros hijos de San Ignacio penetraban en Africa y en las posesiones portuguesas del Brasil. Al morir el Fundador, en 1556, contaba la Orden 1.200 miembros, de los cuales un 12% se encontraban en las misiones. Sólo en Asia, desde el golfo pérsico hasta el Japón había 106 misioneros. Las conversiones eran numerosas, pero la obra de penetración en esos pueblos presentaba enormes dificultades. Eran los primeros blancos que llegaban al interior de esos países; ignoraban la lengua, las costumbres, la cultura milenaria de la India, el Japón y China. Habían cargado sobre sus hombros un trabajo sobrehumano; obtendrían grandes éxitos y muy comprensibles derrotas.

METODO DE ADAPTACION

En las misiones del Extremo Oriente, el hombre de genio que comprendió esos pueblos y supo infundir en los jesuítas una certera orientación, fué el Padre Alejandro Valignani (3). Dicho Padre, durante 20 años Visitador de todas las misiones del Extremo Oriente, y sus más íntimos seguidores, Roberto de Nóbili en la India y Mateo Ricci en China, cayeron en la cuenta que la Iglesia se encontraba en Oriente ante culturas de inmenso valor humano, culturas que habían nacido y se habían desarrollado al margen de la

---

(1) Se denomina "territorio de misión" aquel, donde la Iglesia no tiene todavía vida propia, o sea, no ha alcanzado aún ese grado de desarrollo, especialmente en lo que al clero se refiere, que le permita vivir sin ayuda exterior. En la práctica dichos territorios dependen de la Congregación de Propaganda Fide.

(2) Pastor: Historia de los Papas, vol. XII, pág. 92.

(3) cfr. F. A. Plattner: Quan l'Europe cherchait l'Asie, pág. 99; "une nouvelle periode commençait". Y Pastor: Historia de los Papas, vol. XX, pág. 350: "un suceso importante para las misiones del Extremo Oriente fué la llegada del P. Alejandro Valignani, enviado como Visitador".

civilización occidental (4). Era, pues, necesario, para el misionero, despojarse de lo occidental, entrar en el espíritu de esos pueblos, aprender su lengua, su literatura, asimilar sus usos y costumbres. Tal adaptación profunda se apoyaba en un gran aprecio y respeto por la persona y todo su bagaje cultural, se fundaba en la convicción íntima de que todo pueblo es obra de Dios, y por tanto expresión de su voluntad. La misión era, por tanto, el reencuentro creativo de Dios con los pueblos paganos realizado en Cristo. (5)

Las misiones en la India se extendieron rápidamente. En 1600 se contaban 169 iglesias y 270.000 cristianos. Se formaron dos provincias: Goa al norte y Malabar al sur. Se trabajó en la formación del clero indio; al Seminario fundado en Goa por San Francisco Javier se agregaron cinco nuevos seminarios.

Al comenzar el siglo XVII los jesuítas llegaron a las orillas del Ganges y al reino del Mogol; de allí cruzando el Himalaya penetraron en el misterioso Tibet. El P. Juan Gruber fué el primer europeo que visitó la ciudad santa de Lhasa y el palacio del Dalai Lama (6). Otro misionero, el P. Hipólito Desideri vivió en Lhasa de 1714 a 1721, y escribió obras eruditas en lengua tibetana (7). El P. Enrique Roth fué el primer misionero que entendió el sánscrito y escribió una gramática en dicha lengua, mientras el P. Juan von Hanxleden, componía poesías religiosas, gramáticas y diccionarios..

La misión japonesa, fundada por Javier, alcanzaba en 1582 a 150.000 cristianos (casi tantos como hoy día), 200 iglesias y 75 misioneros. Establecieron los jesuítas escuelas populares para alejar a los niños de las escuelas-templos budistas; el P. Luis de Almeida introdujo la medicina europea fundando el Instituto Médico de Oita; y en 1590 el Visitador Valignani se presentó en el Japón con la primera máquina tipográfica con caracteres movibles. Era el primer encuentro de la cultura europea con la japonesa.

En 1587 el dictador Hidejoshi Taicosamama desencadenó una de las persecuciones más terribles que ha sufrido el Cristianismo. Se destruyeron 140 iglesias. Después de un breve período de relativa calma, la persecución recrudeció violenta, culminando en 1597 con la muerte en cruz de tres jesuítas japoneses (Pablo Miki, Juan de Ghoto y Diego Kisai) juntamente con seis franciscanos y no pocos seglares; a todos ellos el Papa Pío IX, en 1862, los elevó al honor de los altares. En 1614 se desató la tercera gran persecución; desde entonces hasta 1868 quedó prohibida la entrada de nuevos misioneros en Japón. La Compañía de Jesús cuenta entre sus misioneros japoneses con 111 mártires.

EN EL CELESTE IMPERIO

La conquista de China para Cristo, el sueño de Javier moribundo en Sancián, tropezó en los primeros 50 años, con dificultades insuperables. El Celeste Imperio permaneció inabordable hasta 1601. Las ideas del genial Visitador Valignani, hacerse chino con los chinos, atraer a los mandarines que eran prácticamente los directores del vasto Imperio, las realizó con espléndido resultado el jesuíta italiano Mateo Ricci. Primero en Macao y luego en Cantón permaneció Ricci durante 16 años consagrado a preparar su gran empresa. Pertrechado de un dominio de la lengua y de la cultura china que hasta entonces ningún europeo había adquirido, emprendió la arriesgada ruta hacia el

---

(4) "El P. Roberto de Nobili, escribía S. Juan de Britto en 1683, de santa memoria, gran servidor de Dios y modelo de misioneros, se hizo todo a todos los hombres para ganarlos a todos a Cristo. Dejó sus vestidos europeos y tomó los de un bracmán sanyasi, se mostró como un bracmán sanyasi romano, o sea, un sabio religioso venido de Roma. Gracias a esto, el Señor se sirvió de abrirle el camino a numerosas conversiones en esos reinos que durante siglos habían permanecido cerrados al evangelio". Tal es el testimonio de un santo sobre uno de los más característicos misioneros de la Compañía.

(5) cfr. Evangelii præcones, A.A.S., vol XLIII (1951), pág. 521.

(6) cfr. Plattner, ob. cit., pág. 188. El P. Gruber recorrió 47.000 kmts. en su viaje de ida-vuelta Roma-Pekín.

(7) ibd. pág. 170.

norte, siguiendo el famoso Canal Imperial que atraviesa el país de Cantón a Pekín. En enero de 1601, Ricci franqueaba los muros de la vieja capital y era admitido ante la presencia del Emperador en la "ciudad prohibida". En sólo 10 años de apostolado dejó tan sólidamente establecido el Cristianismo que las persecuciones jamás han logrado desarraigarlo, y por esto con razón se le considera fundador de la Iglesia en el Celeste Imperio. Veinte años después de su muerte, que ocurrió en 1610, los cristianos llegaban ya a 150.000. (8)

Medio siglo después, en 1664, los misioneros se habían extendido a todas las provincias del Imperio; atendían a 159 iglesias y los cristianos llegaban a 248.000. Prestaron los jesuítas grandes servicios al Emperador en la reforma del calendario, y en otras actividades como matemáticos, astrónomos, músicos, pintores y constructores. Aún se conservan obras de arte del célebre hermano jesuíta José Castiglione; y en la galería de varones ilustres de China, que hasta hace poco se podía ver en el templo de Confucio en Pekín, figuraba junto a los forjadores de la nación, el P. Mateo Ricci.

En 1655 el P. Martini levantó su célebre atlas, el cual hasta fines del siglo XIX era "la más perfecta y detallada descripción de China"; la obra le mereció el título de "padre de la geografía china".

No olvidaron los misioneros el apostolado del libro. Hasta 1664 se habían publicado 150 obras en chino. Ocho de ellas tenían como autor al P. Ricci. Más tarde, en el siglo XVII, el Emperador Chienlung, por otra parte nada afecto al Cristianismo, incluyó 24 de esas obras en la lista de los libros clásicos de la literatura china.

Genial fué la tentativa de sustituir el latín por el chino en la lengua oficial de la Iglesia. Con este objeto, el Papa Pablo V accediendo a ruegos de los misioneros presentados en Roma por el procurador P. Nicolás Trigault, permitió imprimir el breviario en chino y decir la misa y administrar los sacramentos en la misma lengua (9). Se comenzó entonces a formar una literatura filosófica, teológica y litúrgica, cuyo principal objetivo fué difundir obras de primer valor. En 1670 el P. Luis Buglio tradujo el Misal Romano; cuatro años más tarde apareció el breviario y luego el Ritual en chino. El trabajo, sin embargo, de mayor aliento fué la traducción al chino de la Suma Teológica de Santo Tomás; resultaron 30 volúmenes y el trabajo se prolongó durante 24 años.

Continuadores de Ricci en Pekín durante el siglo XVII fueron Adam Shall, alemán, y Fernando Verbiest, belga. Los viajes de los procuradores Trigault y Martini al mismo tiempo que abastecieron a la misión de personal, libros y otras ayudas de Europa, contribuyeron notablemente a dar a conocer China en Occidente. (10)

Entretanto los jesuítas penetraron en Corea, Cochinchina, Cambodge y Siam. Fundador de la Iglesia en Tonkin fué el P. Alejandro de Rhodes, el cual en tres años convirtió 5.000 personas. En 1663 se contaban 300.000 los cristianos. Setenta años más tarde, a pesar de las persecuciones, aún quedaban 250.000, de los cuales la mitad debía su fe a los jesuítas.

HACIA LAS FUENTES DEL NILO

El P. Andrés de Oviedo penetró con cinco compañeros en las tierras del Negus Glaodios, y fué recibido por éste con especiales muestras de simpatía y amistad. Sin embargo, su sucesor expulsó a los misioneros; entonces se retiraron los jesuítas hacia al lago Tana, donde uno tras otro fueron muriendo.

---

(8) Hasta hace sólo unos meses, los restos de Mateo Ricci se conservaban en el cementerio de Chala, situado fuera de los muros orientales de Pekín. Los comunistas han destruído el cementerio y no sabemos cual haya sido la suerte de tantas reliquias venerables.

(9) Plattner, ob. cit., pág. 109.

(10) Trigault escribió su *Expédition chrétienne en Chine*, adaptación de las Memorias de Ricci; fué una revelación en Europa. Mayor éxito tuvo todavía la obra de Martini titulada *De Bello tartarico*. Cfr. Plattner, ob. cit., pp. 110 y 114.

Años más tarde, en 1603, el P. Pedro Páez, descubridor de las fuentes del Nilo, junto con otros compañeros volvió a Abisinia. El P. Páez, gracias a su cultura, su talento de constructor y su santidad hizo mucho fruto, e incluso en 1622 logró la conversión del Negus. Años más tarde se levantó la persecución que obligó a los misioneros a abandonar el país.

EN TIERRAS DE AMERICA

En 1597 moría el apóstol del Brasil, P. José de Anchieta. Su actividad mezclada con la leyenda tiene algo de sobrehumano. Se distinguieron en Brasil el P. Nóbrega, fundador de Sao Pablo y el elocuente predicador P. Antonio Vieira, cuya palabra de fuego en favor de los esclavos removió tan fuertemente su auditorio de Bahía, que los grandes encomenderos enfurecidos no dejaron piedra por mover hasta lograr su destierro del Brasil (11). En la cuenca del inmenso Amazonas, en 1760, los jesuítas reunían en 31 aldeas cristianas a más de 20.000 indios. En toda la misión portuguesa, actual Brasil, la Compañía de Jesús contaba antes de la supresión 1.198 misioneros.

En las colonias españolas los misioneros jesuítas comenzaron sus trabajos en 1566 en Florida, luego penetraron en México (1567), Perú (1568), Paraguay (1585), Ecuador (1586), Chile (1593) y Colombia (1604).

Casi dos siglos más tarde, en 1760, cuando estaba próxima la ruina total de las misiones, 2.102 jesuítas, de los cuales 1.293 eran sacerdotes, se encontraban en la América Española.

El campo misional era muy diverso al de los países orientales. Los pueblos americanos, fuera de los incas y los aztecas, que poseían cierta cultura, eran salvajes. El misionero debía aportar junto con la religión una cultura. El indio pedía al misionero comprensión de su mentalidad, aprecio y simpatía por su persona; esperaba de él los beneficios de la vida civilizada.

Dos fueron los objetivos primordiales en estas misiones: el cuidado de los indios cristianos, mediante la fundación de iglesias, escuelas y colegios, y la obra de conquista de la masa pagana. Dejamos a un lado, por carecer de carácter propiamente misionero, el trabajo realizado en favor de la población española y criolla.

El método en sus líneas esenciales fué más o menos el mismo desde California hasta Tierra del Fuego. La experiencia enseñó que para echar las bases de un Cristianismo duradero y profundo no bastaba la acción necesariamente superficial de misioneros peregrinos que anduviesen de pueblo en pueblo bautizando y predicando; era necesario fundar aldeas donde los indios viniesen a vivir y aprendiesen juntamente a informar sus vidas en un ambiente cristiano y los conocimientos indispensables de agricultura y trabajos manuales bajo la dirección de expertos misioneros.

Típicas fueron en este sentido las famosas reducciones del Paraguay, "admiración del mundo, honor de su país, gloria de la ínclita Orden que las creó, no menos que de la Iglesia Católica", como las ha llamado Pío XII (cfr. AAS, 1949, vol. 26, p. 370, discurso de bienvenida al representante diplomático del Paraguay) (12). No fueron, sin embargo, las únicas; trabajos similares se realizaron en México, Nueva Granada, Ecuador y Perú; entre nosotros, los trabajos emprendidos por el P. Luis de Valdivia con su sistema de "guerra defensiva", que permitiría a los misioneros con el tiempo, organizar entre los araucanos algo semejante a las reducciones paraguayas, no tuvo éxito por la enconada resistencia de los naturales (tal vez suficientemente escarmentados del trato que les daban los encomenderos y temerosos de caer a la postre en sus manos) y de los partidarios de la guerra abierta y sin cuartel contra los indígenas.

(11) Los indios del Brasil llamaban a Vieira "el gran Padre"; cfr. G. Villoslada, Historia de la C. de J., p. 483.

(12) Sobre las Reducciones del Paraguay, véase, G. Villoslada, ob. cit. pp. 326 y 473, de México p. 466, de Nueva Granada p. 467, del Ecuador p. 470 y del Perú p. 472.

Recuérdese a este propósito el clamoreo universal producido en Santiago el año 1608 cuando el P. Diego de Torres Bollo, Provincial de los jesuítas, suprimió el servicio personal de los 20 indios que los mismos jesuítas tenían en su Colegio. Algunos, incluso de los amigos de la Compañía, negaron a los jesuítas las limosnas y el trato. Oigamos al P. Astráin el juicio que da de la medida tomada por el P. Diego de Torres: "Aunque no hubiera hecho otra cosa en toda su vida, sino empezar a promover esta obra admirable, tendría justos títulos a que todo el mundo le respetase como uno de los grandes bienhechores de la Humanidad" (13). Al mismo P. Torres le cupo la gloria de ser el primer organizador de las reducciones guaraníticas.

No podemos dejar de mencionar la labor realizada especialmente en Cartagena, de Colombia, en favor de los pobres esclavos negros. La obra iniciada en 1607 por el P. Alfonso de Sandoval, fué continuada heroicamente por el "Apóstol de los esclavos negros", San Pedro Claver, quien en 40 años de penosos trabajos alcanzó a bautizar 300.000 infieles. (14)

OTROS CAMPOS DE APOSTOLADO

Notable fué el éxito de la misión de Filipinas. En 1584, el P. Kamell introdujo la farmacia alemana; sus herbarios se conservan hoy día en el British Museum de Londres.

En 1668 el P. Luis de Sanvitores partió desde Manila hacia las islas que él bautizó con el nombre de Marianas. En un principio las conversiones fueron numerosas; pero al poco tiempo el mismo Padre y otros cinco de sus compañeros alcanzaron la gracia del martirio. Igual resultado tuvieron los conatos de penetración en las Carolinas.

Las misiones francesas de la Nueva Francia, hoy Canadá, alcanzaron alto grado de desarrollo bajo el reinado de Luis XIV. Sin embargo, en un principio, los indomables iroqueses habían hecho del Canadá uno de los campos más duros y peligrosos para los misioneros. El martirio atroz de los PP. Juan de Brebeuf, Isaac Jogues y seis compañeros más, a todos los cuales canonizó el Papa Pío XI en 1930, señaló el término de ese sangriento período inicial.

A las Antillas llegaron los jesuítas en 1638, y en Maryland abrió la misión el P. A. White en 1634.

Durante los siglos XVII y XVIII, jesuítas franceses y algunos polacos trabajaron con éxito en el Próximo Oriente. Sus esfuerzos se extendieron a Grecia, Islas del Egeo, Turquía, Siria, Egipto, Persia y Armenia hasta los confines del Cáucaso y del Mar Caspio. El P. Alejandro de Rhodes, el mismo que comenzó la misión en Indochina, dió vigoroso impulso a los trabajos apostólicos en Persia y allí perseveró hasta su muerte en 1660. Setenta años más tarde, en 1732, el Shah Nadir, que concedió plena libertad a los misioneros, el número de católicos alcanzó a 400.000. La atención de los jesuítas se dirigió preferentemente a los armenios. En 1710 eran 64 los misioneros de esas regiones. (15)

HACIA LA RUINA TOTAL

La destrucción de la obra misionera de la Compañía de Jesús pertenece a una de las tragedias más conmovedoras de la historia. En 1750 se contaban 22.589 jesuítas, de los cuales un 16% se encontraba en misiones. El campo de acción comprendía en América desde el Canadá y California hasta la Tierra del Fuego; en Asia, se extendía desde Turquía y Siria, pasando por Persia, India, Indochina hasta Pekín. Filipinas y las Islas del Pacífico también entraban en el objeto de sus desvelos. Ciertamente no eran los jesuítas los únicos, ni siquiera los más numerosos misioneros en esas mismas regiones: su acción era una de tantas cooperaciones a la obra misional de la Iglesia. En

(13) cfr. G. Villoslada, ob. cit. p. 319 y ss.

(14) cfr. G. Villoslada, ob. cit. p. 315.

(15) cfr. ib. p. 499.

ellos había existido, desde los tiempos de Javier y de Ignacio, una ininterrumpida voluntad misionera, cuyo heroísmo se había manifestado en sus 544 mártires y en las grandes dificultades que tuvieron que superar en la realización de esta empresa. (16)

Pombal, primer Ministro portugués, comenzó en 1759 la destrucción de la Orden y de sus Misiones (Brasil e India). Los jesuítas fueron llevados a la cárcel o expulsados de la metrópoli y de todas las posesiones ultramarinas; eran en total unos 1.700. Cinco años más tarde, en noviembre de 1764, Luis XV suprimía la Compañía en Francia. El golpe afectó a 3.000 religiosos. El Arzobispo de París, Cristóbal de Beaumont, en una valiente pastoral y el clero de Francia reunido en asamblea había protestado por las medidas tomadas contra la Compañía. La pastoral del Arzobispo fué arrojada a las llamas y el prelado enviado al destierro. El Papa Clemente XIII salió en defensa de los perseguidos en su Bula Apostolicum Pascendi, de enero de 1765, donde aprobó solemnemente a la Compañía, alabó a los jesuítas y condenó a los perseguidores. El documento pontificio recibió la adhesión de 250 obispos. Tres años más tarde tocó el turno a los jesuítas de España y sus colonias. Por un decreto firmado por Carlos III el 27 de marzo de 1767, todos los jesuítas, por razones que el monarca reservaba en su real pecho, debían abandonar España y sus colonias. El Arzobispo de Toledo en carta al Papa, y el mismo Clemente XIII en su Bula Inter Acerbissima, hacen una defensa magnífica del Instituto de la Compañía y de los jesuítas perseguidos. Todo fué inútil. El Rey replicó que no podía volver atrás. El efecto en las misiones de la Corona de España fué que 477.667 indios quedaron abandonados, salvo los de California que atendieron excelentes misioneros franciscanos y dominicos. A principios del siglo XIX sólo se veían de las famosas reducciones del Paraguay ruinas de templos y pueblos entre enmarañados matorrales. (17)

Seis años tardaron los enemigos de la Compañía en arrancar del débil Pontífice Clemente XIV, sucesor de Clemente XIII, el breve de extinción total de la Orden, de fecha 21 de julio de 1773.

La ruina en las misiones era total. El 15 de noviembre de 1775 se proclamaba oficialmente en Pekín la decisión pontificia. Esa mañana el Superior de la Misión, P. Francisco Bourgeois, comunicaba en estos términos la triste noticia a un amigo suyo en Francia: "Usted es el más viejo de mis amigos y será el último que verá a continuación de mi nombre el querido título de jesuíta. Dentro de una hora vendrá un religioso que nos trae el golpe mortal. ¡Dios mío! ¡Qué amargura! ¡Querida Compañía! ¡Querida Misión!" (firmado) François Bourgeois, jesuíta, superior y procurador de la misión de los jesuítas franceses, a las nueve de la mañana. Pekín". Una hora más tarde la Orden había dejado de existir en Asia. Había servido a la Iglesia durante dos siglos. "El respeto filial, escribía un misionero, que la Compañía debe a la Santa Sede y que ella sabe inspirar tan cuidadosamente en sus queridos hijos, no nos permite formular una queja. Hemos de someternos con una resignación tan costosa como dura a la naturaleza. El mundo no conocerá todo el mérito de ella, porque jamás se imaginará hasta qué punto amamos a nuestra buena Madre y cuánto merece ella ser amada". (18)

En el cementerio de Chala, junto a Pekín, los jesuítas erigieron, la víspera de la extinción de la Orden, un monumento en memoria de la Compañía, donde se lee un epitafio latino que termina con estas palabras: "Anda, viajero, felicita a los muertos, compadécete de los vivos, ora por todos, admira y calla". (18)

Los exjesuítas misioneros murieron lentamente, y la sustitución por otros sacer-

(16) En un libro publicado recientemente en alemán (en su versión castellana se titula "Jesuítas en el mar", en la francesa más exactamente "Quand l'Europe cherchait l'Asie), cuyo autor es el jesuíta suizo F. A. Plattner, encontrará el lector una confirmación de lo que decimos.

(17) cfr. G. Villoslada, p. 554.

(18) Plattner, ob. cit., p. 289 y 290.

dotes no alcanzó a llenar el vacío que iban dejando (19). Al terminar el siglo XVIII la destrucción de la Compañía de Jesús era completa.

COMENZAR DE NUEVO

En las apartadas regiones de la Rusia blanca, el Breve de extinción de Clemente XIV debido a la tenaz oposición del Zar no pudo promulgarse, con lo cual la Compañía continuó existiendo legalmente.

El 7 de agosto de 1814, el Papa Pío VII decidió la restauración de la Orden. Casi 20 años más tarde, un holandés, el P. Juan Roothaan, elegido general de los jesuítas en 1829, lanzó el 3 de diciembre de 1833 una célebre carta invitando a sus hijos a ofrecerse para las misiones. Nuevamente comenzaron los jesuítas su peregrinación a las tierras lejanas de Bengala (actual misión de Calcutta y Ranchi en 1834), de Maduré y Argentina en 1836, Jamaica (1837), Argelia y las Montañas Rocosas (1840), China y Canadá (1842), Colombia (1844) Madagascar (1845), Australia (1849), Chile (1850), California y Guatemala (1851), sin contar las misiones que ya florecían en Grecia, India Oriental y Misouri. En 1851 trabajaban en misiones extranjeras 975 jesuítas, o sea, una quinta parte del total. (20)

Convencido de la importancia de la obra, escogió Roothaan para ella a sus mejores hombres, insistió en la formación de la personalidad misionera y en la esmerada formación del clero local.

Sin pretender hacer ni siquiera una reseña superficial de la labor misional realizada durante estos 140 años, nos limitaremos a señalar algunos datos interesantes de las misiones confiadas actualmente por la Iglesia a los jesuítas.

AL SUR DEL HIMALAYA

Las misiones de la India comenzadas en 1834 constituyen hoy día con sus 2.143 misioneros (en su gran mayoría indios) distribuídos en 13 territorios de misión, incluyendo dos en Ceylán, el campo más floreciente de las misiones jesuíticas. Esas antiguas misiones han llegado a tal grado de desarrollo que este año, 1956, se han transformado en tres provincias y seis viceprovincias de la Orden. Hay una facultad de filosofía en Shembagamur, y dos de teología, una en Kurseong, en las faldas del Himalaya, y otra en Poona, al noroeste de la meseta del Dekan, donde, asimismo, se ha establecido un Seminario Pontificio que cuenta con 150 seminaristas mayores procedentes de todas las diócesis del país. Ex alumno de los jesuítas es Su Eminencia el señor Cardenal Valeriano Gracias, Arzobispo de Bombay y primer indio honrado con la púrpura cardenalicia.

Regentan los jesuítas tres universidades (Bombay, New Delhi y Trichinopoly) con 7.500 alumnos; cuatro Colegios-universitarios (Calcutta, Ranchi, Bangalore y Mangalore) con 4.300 alumnos; dos seminarios mayores regionales (Calicut y Trichinopoly) con 190 seminaristas mayores. En 1938 frecuentaban los establecimientos tanto secundarios como superiores, 44.000 alumnos. El mismo Rabindranath Tagore, el más célebre poeta indio contemporáneo, fué alumno de esas escuelas.

Hace muy pocos años se ha fundado en Poona el Instituto de Orden Social, que aspira a ser con el tiempo algo semejante a l'Action Populaire de París, y cuyo objetivo es la investigación y orientación de los trabajos sociales. Lo dirige el jesuíta indio, P. Jerome d'Souza, exmiembro del Congreso Constituyente Indio y delegado ya dos veces de su país ante la Asamblea General de las Naciones Unidas.

Entre los misioneros modernos en la India se destacan el P. Constantino Lievens, belga, apóstol del Chota-Nagpore, quien en sólo ocho años de apostolado promovió uno de los más formidables movimientos de conversiones que registra la historia de las misiones, y el P. Enrique Heras, español, paciente investigador en el pasado de esa gran nación.

A instancias de jóvenes nepaleses, ex

(19) Pastor: Historia de los Papas; vol. XXXVII, p. 406 ss. y vol. XXXVI, p. 648.

(20) cfr G. Villoslada, ob. cit. p. 587.

alumnos de los jesuítas en Patna, accedieron sus profesores abrir un colegio en Katmandu, Nepal, país misterioso, encerrado entre las altas cadenas de los Himalayas, donde hacía ya casi dos siglos que ningún misionero católico había puesto el pie. Jesuítas norteamericanos de Chicago se han hecho cargo de esta obra de penetración.

UNA MISION EN RUINA

Después de India, ocupaba China el primer puesto en el campo misional confiado por la Iglesia a la Compañía. Once misiones eran el campo de apostolado para 760 misioneros. Dos noviciados, uno en Pekín y otro en Shanghai, un Instituto de filosofía en Pekín, una Facultad de Teología en Shanghai y una Casa destinada a la formación lingüística y cultural china de los noveles misiones en Pekín, constituían los centros de preparación espiritual y científica de jesuítas chinos y extranjeros.

Tanto la Universidad Católica de Shanghai, con su apreciada facultad de medicina, como la Universidad Tsin Ku de Tientsin, los colegios de enseñanza secundaria, varios en algunos centros de misión, y los observatorios astronómicos de Zikawei y Zocé, continuaban la trayectoria apostólico-científica de los antiguos jesuítas de Pekín. De gran valor ha sido la obra de investigación sinológica realizada por el P. León Wieger, y de no menor importancia para el estudio de la historia el paciente trabajo de recopilación de documentos efectuado por el P. José Zi, a quien en gran parte se debía el que los jesuítas poseyesen una de las mejores bibliotecas chinas del país. Cuatro jesuítas martirizados por los boxers en 1901 juntamente con un buen grupo de cristianos, beatificados el año pasado por S. S. Pío XII, y una veintena de misioneros que encontraron una muerte violenta en estos cien años de apostolado, manifiestan un esfuerzo heroico de evangelización. Imposible sería reducir a datos ese trabajo silencioso de formación, que ahora ha dado como fruto una comunidad cristiana valiente que no trepida en ir a la cárcel y a la muerte, si es menester, a fin de conservar incólume su fe y su amor a Cristo.

Al presente, todo lo material está destruído o confiscado. De los 701 misioneros adscritos a la misión, los extranjeros han sido forzados a abandonar el país (permanece solamente un misionero francés octogenario, el P. Gestin, y tal vez dos o tres norteamericanos en la cárcel de Shanghai), los chinos en proporción considerable sufren los rigores de las prisiones de Pekín y Shanghai y los pocos que gozan de una aparente libertad se ven constantemente vigilados y sometidos a cursos "voluntarios" de adoctrinamiento comunista. La táctica es no hacer mártires, sino apóstatas. Años atrás, murieron víctimas de los malos tratos en la cárcel los PP. Beda Tsang y Luis Teteau y fuera de la prisión encontró la muerte por efecto de enervante presión psicológica el P. Antonio Wang. De otros padres chinos sólo sabemos que hace cinco o seis años ingresaron en la cárcel. Nunca los misioneros jesuítas se habían encontrado ante una persecución tan refinadamente satánica e hipócrita.

Entretanto los misioneros expulsados de China dedican sus esfuerzos a la evangelización de las numerosas colonias chinas de la diáspora. En Formosa, se emplean unos en el apostolado directo, mientras otros son profesores en la Universidad Nacional, y un grupo de unos veinte está empeñado desde hace unos ocho años en la composición de un diccionario poliglota (latín, inglés, francés, español, italiano, alemán y húngaro) que esperan terminar dentro de tres años. La obra será de inmensa utilidad tanto para los misioneros como para todos los sinólogos, ya que no se poseía nada de esa magnitud.

En Hong-Kong, además del Seminario Regional con 80 seminaristas mayores, provenientes de las diócesis del sur de China, dirigen los jesuítas irlandeses dos colegios con 2.700 alumnos en total.

A Filipinas se han trasladado el noviciado, las casas de estudios de filosofía y teología donde se preparan los futuros

misioneros. Regentan también un Seminario trasladado de China, con 173 seminaristas mayores. Obras similares de educación, prensa y apostolado directo ocupan a no pocos antiguos misioneros, tanto en las colonias chinas de Filipinas, como de Java, Singapur, Siam, y hasta en las Islas Mauricio.

EN LAS NACIONES LIBRES DEL EXTREMO ORIENTE

Jesuítas holandeses junto con no pocos nativos —en total, 247 misioneros— trabajan en Java. Llegaron allí en 1859 y se extendieron a Borneo e Islas Célebes, quedando al presente reducido su campo de acción a Sumatra y Java. Más difíciles fueron los trabajos en las islas del Pacífico: Marianas, Carolinas y Marshall. En la actualidad trabajan en estos dos últimos grupos de islas, 40 jesuítas de Nueva York.

En Filipinas, sin contar a los misioneros refugiados de la misión de China, se encuentran 433 misioneros jesuítas. La mitad de éstos son filipinos y los demás norteamericanos. Mantienen el Ateneo de Manila con más de 3.000 alumnos y el Seminario de S. José con 173 seminaristas mayores. A su cuidado espiritual está la leprosería de Culión, donde acabó sus días el P. Andrés Viganó, quien renunciando a su Obispado de Hiderabad (India), ingresó en la Compañía para servir a los leprosos. El famoso Observatorio de Manila, que tantas vidas salvó de los tifones, se perdió con todos sus aparatos y prolijas observaciones en el bombardeo de la ciudad durante la última guerra. De extraordinaria importancia ha sido el trabajo social realizado por el P. Hogan entre los estibadores del puerto de Manila. (cfr. Mensaje, vol. III, pág. 361).

En 1905 volvieron los jesuítas al Japón, después de 260 años de ausencia. Actualmente trabajan allí 319 misioneros. Dirigen la Universidad Católica de Tokio, que cuenta con cerca de 1.000 alumnos, y el Seminario Mayor Interdiocesano con 113 seminaristas mayores. La Compañía de Jesús, terminada la guerra, hizo un llamado especial para dotar al Japón de misioneros; de todas las partes del mundo han acudido a esta invitación; era la hora de la gracia para el Imperio del Sol Naciente.

EN EL MUNDO ARABE

En Turquía, Líbano, Iraq, Egipto, etc., nos encontramos con 288 jesuítas en regiones, donde casi sin contrapeso domina el Islam. Regentan los jesuítas la Universidad de San José de Beyruth, con facultades de teología, filosofía, medicina, farmacia, derecho, literatura oriental y ciencias sociales; los alumnos provienen de 26 naciones y de cuatro religiones diferentes. Hace algo más de 20 años, jesuítas norteamericanos de Boston fundaron un colegio en Bagdad. Enseñan en él, 68 misioneros. Casi todos los cursos se dan en árabe. Aunque las conversiones han sido casi nulas, gracias a este esfuerzo paciente se ha ido penetrando en ese mundo musulmán y los resultados perceptibles son, por el momento, acercamiento, liberación de prejuicios, etc., todo lo cual prepara una generación que, sin duda, no pondrá dificultad para que sus hijos se conviertan.

AMERICA Y AFRICA

Misioneros jesuítas trabajan entre las tribus indias del Canadá (37), entre los indios de las Montañas Rocosas de los Estados Unidos (86), entre los negros de ese mismo país (25), entre los indios tarahumaras de México (43), con los pobladores de Belize (49) y de Jamaica (81), en la cuenca del Magdalena en Colombia (30), entre las tribus indígenas del Ecuador (9), del Perú (13), de la Guayana Inglesa (44), del Paraguay (11), del Mato Grosso en Brasil (21) y en las desoladas tierras cubiertas de nieve de Alaska (43). Total en las misiones americanas se encuentran 490 misioneros.

Una mirada al continente africano: jesuítas franceses y nativos trabajan hoy día en condiciones extraordinariamente

difíciles, en Argel, Egipto y en el territorio del Tchad, en el centro del Sahara. Algunos padres canadienses tienen a su cargo desde hace 10 años, en Abisinia, una Escuela Normal, con más de 1.000 alumnos. En el Congo Belga unos 300 jesuítas walones y flamencos abren un campo lleno de esperanzas para la fe. Más de 200 jesuítas, polacos, ingleses y portugueses trabajan en territorios meridionales del Africa. Por último en Madagascar hay 300 jesuítas, entre franceses, malgaches y de otras nacionalidades.

CONCLUSION

Las 55 misiones confiadas por la Santa Sede a la Compañía de Jesús representan una parte importante en la obra de la expansión de la Iglesia. En esos países viven 173 millones de personas, un séptimo del mundo no cristiano: más de tres millones son católicos, 276 mil catecúmenos, 2 millones y medio son protestantes y los demás paganos y mahometanos. A los 5.593 misioneros jesuítas, ayudan 5.000 religiosas misioneras y 22.433 maestros y catequistas; de las 29 universidades católicas, 15, con un total de 12.000 alumnos, pertenecen a las misiones de la Compañía.

Un mismo ideal anima a los jesuítas misioneros de hoy y de los siglos pasados: transmitir al mundo pagano el mensaje de Cristo en toda su pureza, sin mezclas humanas. Esas naciones, que después de un siglo o más, de régimen colonial o semicolonial han alcanzado la libertad y han conquistado un asiento en la Asamblea de las Naciones Unidas, no piden hoy al misionero que vista de bramán o mandarín, pero sí exigen del apóstol de Cristo un aprecio sincero y profundo por todo lo noble y grande que se encuentra en su cultura y forma de vida. En la medida que el misionero logre identificarse espiritualmente con el pueblo que trata de atraer a Cristo habrá allanado el camino para que el chino, japonés, indio, etc., acepte el mensaje de Cristo.

En esas naciones, que llamamos de misión, y son China, India, Japón, Indochina, Indonesia, el mundo árabe, etc., se libra hoy día la batalla más formidable de la historia. El comunismo trata de capitalizar para sí la libertad adquirida y de dominar ideológica, política y militarmente; no se arredra ante medio alguno que crea conveniente para alcanzar su objetivo, incluso ante el sacrificio, por cierto transitorio, de su ideal. Lo más grave es que ante esta lucha, esos pueblos se encuentran sin defensa; el cristianismo ha llegado demasiado tarde, no informa aún la mentalidad oriental o africana.

Los misioneros jesuítas, según parece, han comprendido el momento en que viven esos países; prueba de ello son, el Instituto de Orden Social en la India, los esfuerzos que en todos esos países se advierte para revisar los métodos, la cooperación entusiasta a la obra misionera en Japón, Corea, Formosa, Hong-Kong, Indonesia, Siam, las obras de prensa, el cultivo de vocaciones indígenas, la reorganización de las misiones en India, etc. Son señales claras de que la Compañía de Jesús se esfuerza por responder lo mejor posible al ideal misionero que la ha animado durante cuatro siglos.

P. Enrique Heras, S. I.: Historiador de la India

por JUAN CORREIA-AFONSO, S. I. (*)

"Pero ¿qué historia de la India conoce usted?" —preguntó el prefecto de estudios de la Universidad de San Javier, entre indignado y sorprendido, al español recién llegado a Bombay que se ofrecía a enseñar aquella disciplina. "Ninguna —respondió el joven sacerdote—, pero la estudiaré". Esto ocurría en 1922 y treinta y dos años más tarde decía: "Entonces comencé a estudiar... y aún estoy estudiando. Todavía no he terminado".

LA CAJA DE PANDORA

Esta entrega al estudio de la Historia India, hizo de Enrique Heras, el catalán que nació en Barcelona en 1888, uno de los más conocidos historiadores y arqueólogos de la India, y un jesuíta continuador de la tradición gloriosa de misioneros como Roberto de Nobili y Constancio Beschi, que tanto estimaron la cultura milenaria de ese país.

Pero no era sólo su entrega al estudio, emparejada con una prodigiosa memoria, lo que le dió el éxito: la fórmula del éxito incluía otro elemento: su amor a la India y la admiración por la cultura índica. "La caja de Pandora —decía él—, que encierra no la historia de una nación, sino la historia de un continente, la historia de infinitas emigraciones que han dejado todas polvo de oro en su camino, la historia de insuperables concepciones artísticas en todos los planos de la estética, la historia de literaturas antiquísimas"... El resultado fué ser elegido miembro de asociaciones tales como el Comité Internacional de Ciencias Históricas, la Academia de Historia Española, el Real Instituto de Antropología de Londres, la Real Sociedad Asiática y la Comisión India de Archivos Históricos. Además recibió condecoraciones de los Gobiernos de Afganistán y Polonia.

TRABAJO DE INVESTIGACION

A los cinco años de su llegada a la India, había ya publicado lo que se puede considerar su contribución más importante al estudio histórico de la India: "La dinastía Aravidu de Vijayanagar"; esto, junto con otros estudios como "La genealogía de los Palavas", "Estudios sobre la historia de los Palavas", y otros varios artículos en revistas de diversas naciones, indican un importante campo de investigación del P. Heras: el sur de la India. Sus estudios aquí llamaron la atención por los materiales históricos que incluían las cartas y relaciones de los primeros misioneros jesuítas de la India. Y el P. Heras, junto con el P. Hosten de Calcuta, trabajaron por mostrar a los historiadores indios el valor de estos documentos jesuíticos.

En el otro extremo de la península, en el valle del Indo, se descubrieron, pocas semanas después de la llegada del P. Heras a la India, los restos de una cultura antiquísima. Las investigaciones de Marshall, Majumdar y otros, dieron a luz los riquísimos tesoros arqueológicos de Mohenjo-daro, Harappa y Chanhudaro, y con su entusiasmo por todo lo que se relacionara con el pasado de la India, el P. Heras se dedicó al estudio de esta civilización del Indo, especialmente de su lengua. Presentó sus hallazgos y teorías en más de treinta artículos y en lo que él consideraba su "obra magna": "Estudios sobre la cultura proto-indo-mediterránea", cuyo primer volumen fué publicado en 1953.

En este portentoso volumen presenta y discute sus soluciones a tres grandes pro-

(*) El autor es un jesuíta indio, discípulo del P. Heras.

blemas: Desciframiento de la escritura de Mohenjo-daro; relaciones entre las civilizaciones del Indo y las viejas culturas de Sumeria, Egipto y mediterráneas, que dice ser extensiones de la primera; y el problema del origen racial de este pueblo, que él sostiene que es Proto-Drávico.

Se debe hacer constar que las conclusiones del P. Heras no encontraron universal aceptación, y hay críticos que sostienen que ellas van más allá de las premisas, pero no cabe duda que el P. Heras mostró al mundo las posibilidades de una ulterior investigación y entregó los frutos de su extraordinario conocimiento de las viejas culturas de la India y Asia occidental. Más todavía se puede esperar del segundo volumen al que le daba el último retoque cuando murió.

EL "I. H. R. I."

"El P. Heras —dijo el "Times of India", a raíz de su muerte— introdujo dentro de un vasto campo nuevos métodos y vitalidad en la investigación histórica, combinando todas las técnicas occidentales de investigación con una extraordinaria capacidad para entender e interpretar las filosofías orientales".

Pero no reservó para sí su erudición y su afán por la investigación. En la Universidad de San Javier enseñaba a los estudiantes que aprendían historia de la India para sus exámenes de licencia. No estaba contento con eso. El ambicionaba crear un Instituto de Investigación donde se estructurara la Historia de la India, y preparar investigadores y profesores que le ayudasen a sacar los tesoros de esa "caja maravillosa".

Fruto de esa ambición fué el "Indian Historical Research Institute" (I.H.R.I.), que fundó en 1926 con sólo tres estudiantes y una biblioteca de 80 volúmenes. Con estos humildes comienzos, con pocos medios y poco espacio a su disposición, el P. Heras y sus discípulos hicieron del I.H.R.I. una de las instituciones más importantes en su campo en toda la India.

Cuando el I.H.R.I. cumplió sus bodas de plata, más de trescientos investigadores figuraban en sus listas, 86 de los cuales habían presentado su tesis doctoral; 16 eran profesores de universidades, y uno era director nacional de Archivos; todos han contribuído grandemente a los estudios históricos de la India. La biblioteca contenía más de 26.000 volúmenes y existía además un valioso museo de Historia y Arqueología, que contiene una colección de bronces indios, la primera de Bombay, con ejemplares únicos en el mundo, y una selección numismática de un extraordinario valor.

Bien pudo decir el doctor S. Radhakrishnan, vicepresidente de la India y uno de sus más ilustres intelectuales, en la solemne sesión conmemorativa del 12 de enero de 1954: "Es urgente la necesidad de entender el desarrollo y el valor de nuestra cultura. Para escapar a la suerte de otras grandes civilizaciones del pasado que yacen olvidadas, debemos cultivar con ahinco los valores de nuestra cultura. En este punto, la obra llevada a cabo por el R. P. Heras y el Instituto son un claro ejemplo de entrega al estudio y a la ciencia".

A.M.D.G.

Pero como buen jesuíta que era, el P. Heras no estaba interesado en una investigación puramente académica..., a través de ella se debía promover el bien de las almas. El mismo vió un medio múltiple en el que I.H.R.I. podría ser de utilidad a la fe: el I.H.R.I. promovería el estudio de la Historia India desde un punto de vista católico, lo cual no significaba que la objetividad y la imparcialidad tuvieran algo que perder. Desarrollaría el espíritu principalmente en los investigadores hindúes, tan inclinados al subjetivismo, y así hacer más fácil que aceptaran la figura real e histórica de Cristo. El prestigio del I.H.R.I. pondría a su director en contacto con intelectuales de toda la India a los que podría influir católicamente. Le daría también muchas oportunidades de contacto íntimo con sus discípulos, de los cuales también se podía esperar mucho bien espiritual.

El Instituto no dejó de conseguir estos

fines apostólicos sobre todo a través del carácter personal de su fundador y director. Respetado, amado y admirado, el P. Heras, con su amplia frente, su barba patriarcal, sus penetrantes ojos y simpática sonrisa, era para sus discípulos el "Guruji", el maestro venerado.

ARTE Y APOSTOLADO

Hay otro campo en el que el amor del P. Heras a Dios y al prójimo, y su amor a la India, se armonizaron hermosamente: el impulso del arte cristiano indio. El, más que ningún otro, descubrió, ayudó y animó a hombres como Angelo de Fonseca, Olimpo Rodríguez y Chandrakant Mhatre para que, a través de las tradiciones artísticas indias en pintura, arquitectura y escultura, interpretaran ideas e ideales cristianos, y plasmaran escenas de la historia de Cristo y de su Iglesia.

Las obras de esta escuela de arte indocristiano conquistaron admiración universal cuando fueron presentadas en el Vaticano en 1950 en la Sección India de Arte Misional, y en la Exposición Mariana de Bombay en 1954. Las dos estuvieron organizadas por el P. Heras.

Angelo de Fonseca más de una vez ha reconocido públicamente su deuda para con el P. Heras que "hizo más que ningún otro para dar a conocer mi obra... Le venero como a mi segundo padre". Y como un tributo al P. Heras, en su cuadro "El emperador Abkar visitando a los jesuítas de Fatehpur", pintó su retrato.

EL FIN

El agotador trabajo de preparar la Exposición Mariana de Bombay cayó pesadamente sobre la ya quebrantada salud del P. Heras, y muy probablemente aceleró su fin, que llegó el 14 de diciembre de 1955. Muchos fueron los homenajes tributados a su memoria, y por todo el mundo se oyó el eco de las palabras de Mr. T. M. Naras Wamy Pillai, vicecanciller de la Universidad de Annamalai, en el mensaje de apertura de la 18ª sesión de la Conferencia Oriental Pan-India, cuando habló del famoso historiador y arqueólogo que "por sus investigaciones ha acrecentado considerablemente nuestros conocimientos de la primitiva cultura india".

La última obra del P. Heras no fué el grueso tomo sobre Mohenjo-daro, ni un estudio sobre el arte indo-cristiano, sino una obra pequeña titulada "Historia de los Reyes Magos", en la que exponía su teoría de que los Reyes Magos de Oriente fueron los primeros indios a los pies de Cristo: completo y significativo fin de la vida de un sabio del occidente que se gastó en su esfuerzo por acercar Cristo a la India, y la India a Cristo.

●

BUSCAR A DIOS EN TODO

Es fácil que el apóstol se desordene y se apegue a las obras que está llevando a cabo, o que busque su propia gloria más bien que la gloria de Dios. A causa de esto el Santo lo invita a rectificar su intención:

"Todos se esfuercen de tener la intención recta, no solamente acerca del estado de su vida, pero aun de todas cosas particulares, siempre pretendiendo en ellas puramente el servir y complacer a la divina Bondad por Sí mesma, y por el amor y beneficios tan singulares en que nos previno, más que por temor de penas ni speranza de premios, aunque desto deben también ayudarse; y sean exhortados a menudo a buscar en todas cosas a Dios nuestro Señor, apartando, quanto es posible, de sí el amor de todas las criaturas, por ponerle en el Criador dellas, a El en todas amando y a todas en El, conforme a su santísima y divina voluntad".

San Ignacio — Constit. III

El padre Fernando Vives Solar

por Mons. OSCAR LARSON

En Chile, como en otras naciones, la doctrina económico-social de la Iglesia encontró poderosa resistencia en algunos círculos católicos, y los Sacerdotes que se dieron la misión de difundirla fueron combatidos y vilipendiados.

Tal resistencia es explicable: el liberalismo del siglo XIX echó raíces muy hondas en los espíritus. En su nombre se llevó a cabo la independencia de América; a él se atribuía el enorme progreso industrial y comercial de Europa; notables economistas lo exponían como la doctrina natural y lógica de las relaciones económicas, y uno de ellos, Courcelle Seneuil, fué profesor en la Universidad de Chile, en donde formó a muchos discípulos. Los propios católicos invocaban la libertad para defender los derechos de la Iglesia y la educación particular, amenazados por un Gobierno sectario y monopolista. La libertad en las relaciones económicas ¿no era una consecuencia, o una hermana legítima, de aquellas otras libertades? Algunos, por su parte, creían que las normas de León XIII, en su encíclica "Rerum Novarum", no eran aplicables en Chile, sino en Europa. De todo esto y del egoísmo natural, que tanto se agudiza cuando se trata de dinero, venía la resistencia. No preveían que el movimiento obrero, iniciado en el Viejo Mundo a consecuencia de las terribles condiciones en que había caído el trabajador bajo el régimen de la economía liberal, tarde o temprano llegaría al Nuevo Mundo.

Algunos espíritus, sin embargo, fueron más avizores. Sea porque veían que también la situación del obrero chileno dejaba mucho que desear y sentían caridad cristiana por él; sea porque estaban al tanto de las ideas sociales que sostenían eminentes católicos, como Ketteler en Alemania, Manning en Inglaterra, el Conde de Mun y La Tour du Pin en Francia, y Toniolo en Italia, iniciaron algunas obras destinadas a servir directamente a los trabajadores.

Uno de ellos fué don Francisco de Borja Echeverría, profesor de Economía Política en la recientemente fundada Universidad Católica, quien, uniendo la acción a la enseñanza de las ideas sociales cristianas, publicó un Manual Social, estimuló a algunos jóvenes a trabajar en obras sociales y fundó el Patronato de Santa Filomena.

Entre esos jóvenes que querían hacer algo por el pueblo (Elías Valdés Tagle, Luis Goycolea W., Juan Enrique Concha S., Carlos Casanueva y otros) estaba el futuro Padre Fernando Vives Solar.

Todos ellos pertenecían a la "buena sociedad", además, eran estudiosos, inteligentes y, sobre todo, sincera y prácticamente cristianos. De aquí provenía su anhelo de hacer algo por las clases populares, a las que dedicaban sus tiempos libres en los Patronatos, organizando círculos de estudio, recreaciones sanas, clases de religión y fiestas sociales. Era un apostolado sumamente meritorio, de gran utilidad y el único que había por el momento.

Aquellas actividades, sin embargo, no satisficieron al joven Fernando Vives: tal vez encontró que no iban a la raíz del mal, no remediaban las causas del malestar, ni tenían atingencia alguna con las necesidades económicas de los obreros. Por otra parte, él quería consagrarse enteramente al servicio de los desheredados de la fortuna. Con tal objeto, después de estudiar durante algunos meses su vocación en el Seminario Conciliar de Santiago, el año 1897 ingresó en la Compañía de Jesús.

Enviado al Noviciado de Córdoba, en la República Argentina, hacía sus primeros votos dos años más tarde. Desde el comienzo, fué un novicio de acendrada piedad, de claro talento y de cordialidad

fraternal. Tenía ya 26 años; su personalidad era, por naturaleza, de líneas definidas y de carácter ya formado; debió, pues, dominarse bastante para someterse a la severa disciplina, a la entera humildad y a la negación de la voluntad propia que exige la vida religiosa, especialmente en la Compañía de Jesús. No menores debieron ser sus vencimientos por someter su juicio al de los Superiores: su inteligencia, viva y rápida, veía con facilidad el lado ridículo de las personas y de las opiniones. Seguramente algunas costumbres y dichos de sus compañeros y de los Padres viejos, españoles todos, chocarían al joven, mundano e independiente hasta ayer. A todo se sometió humildemente, pero no sin sacrificios, tanto mayores cuanto que se hallaba lejos de los suyos y de su patria. Pero, de ese yunque salió el gran apóstol, Rdo. Padre Fernando Vives.

En 1899 le enviaron a España a cursar sus estudios de Filosofía y Teología, y en 1908 celebró su Primera Misa en Tortosa. Dos años después, llegaba al colegio de San Ignacio, en Santiago, en donde le confiaron la clase de Historia. Los alumnos le tomaron cariño a poco de conocerle. La naturaleza no había dotado al Padre Vives de un exterior atrayente; por el contrario, su cuerpo bajo y ancho sostenía una cabeza grande, de amplia frente, rostro pálido trigueño, y unos ojos enormes, que hubiesen sido la dulzura de aquel semblante, si no los afeara el extravío de uno de ellos. Pues bien, aquellas pobres apariencias, en vez de sugerir al espíritu satírico y cruel de los niños un sobrenombre o una burla, les permitieron adivinar, también con la sagacidad natural de los chicos, toda la bondad y generosidad que desbordaba el gran corazón de ese verdadero maestro.

El obediente religioso cumplía con exactitud sus deberes de profesor y los de la comunidad; pero, el trato paternal a los alumnos, a muchas de cuyas familias conocía personalmente, no era el acostumbrado en la época; la diferencia de temperamento con algunos Padres, que eran catalanes en su mayoría, y ciertas opiniones acerca de la solución de los problemas sociales que se agudizaban cada día más, le crearon dificultades y, antes de los dos años de haber llegado, tuvo que dejar el Colegio de San Ignacio e irse a la Residencia de Valparaíso.

Ya conocemos el propósito que movió al joven Fernando Vives a ingresar, en 1897, en la Compañía de Jesús. Al hacer sus votos religiosos, añadió, en su fuero interno, el voto de servir a los pobres por medio de las obras sociales. En los años de su juventud, había visto sus necesidades en el contacto que le ofrecía el Patronato de Santo Domingo. En los nueve años de su permanencia en Europa, siguió de cerca el crecimiento del socialismo y los abusos del capitalismo, señalados por León XIII en su encíclica "Rerum Novarum", y los esfuerzos de algunos católicos por encauzar la vida económica dentro de los principios de la moral cristiana. Y al regresar a su patria, supo de la lucha, que inclusive se había teñido de sangre en años recientes, entre obreros y patrones, defendidos éstos por la Policía y por el Ejército. Todos esos levantamientos que reclamaban mejores condiciones económicas eran considerados simplemente como actitudes revolucionarias, promovidas por los anarquistas.

Sin duda que figuraban, entre ellos, caudillos y demagogos de doctrinas subversivas, y la Federación Obrera y la Sociedad Santiago Watt (de ferroviarios) estaban en sus manos; pero también es verdad que el contenido de sus peticiones frecuentemente era justo. Y es verdad, asimismo, que nadie más se preocupaba de guiarles por mejor camino, ni mucho menos de señalar a los patrones la justicia de aquellos reclamos. Sobre todo, la idea de asociar a los obreros en instituciones o sindicatos que, entre otras ventajas, defendieran sus derechos, se consideraba nefasta. Esas cosas, a lo sumo, estarían buenas en Europa, en donde el pueblo es más culto.

Por el contrario, el apóstol jesuíta estimaba que era deber grave de los católicos propender a una mejor condición de vida y de trabajo de los obreros; organizarlos con ese fin y dentro de las normas de la moral cristiana, si no se quería que

los socialistas capitalizaran para sí todas las ventajas que indudablemente obtendrían aquellos, por bien o por mal, como estaba sucediendo en Europa; y enseñar a los patrones las normas sociales de la Iglesia, para que ellos las pusieran en práctica voluntariamente y en el nombre del cristianismo, antes que los obligaran, a fuerza de huelgas, los "anarquistas".

Si aun hoy día hay quienes llaman "comunistas" a los Sacerdotes que repiten tales ideas, fácil es imaginarse el escándalo que causarían en los años 1910 y 1911. El Padre Vives fué trasladado a Valparaíso y después a Córdoba (Rep. Argentina). Los niños sus alumnos, quisieron oponerse a la salida del Padre y organizaron manifestaciones... Ellos le conocían bien y le querían.

En Córdoba pudo desarrollar algunas obras sociales: círculo de estudios para jóvenes, reuniones con obreros a fin de organizarlos y una población obrera, con la ayuda del Gobernador de la Provincia. Este, agradecido por la obra del Padre, le obsequió un viaje a Francia para que asistiera a la Semana Social que se celebraba en ese país.

En 1915 le hallamos otra vez en su clase de Historia en el colegio de San Ignacio en Santiago. Fuera del colegio, la tensión entre el capital y el trabajo era mayor que en los años anteriores. La promulgación de algunas leyes sociales, como la ley de habitaciones obreras, la ley del descanso dominical y la ley de la silla, aunque constituían un adelanto, no satisfacían a los trabajadores que reclamaban aumentos de salarios, particularmente en las minas, en las salitreras y en las pocas industrias que había entonces. La difusión de las doctrinas comunistas crecía a parejas con la fundación de nuevos sindicatos, sin que apareciera ninguna otra doctrina y ninguna otra fuerza organizada que oponerles. Las antiguas sociedades católicas de obreros, como la de San José y la Unión Nacional, de carácter mutualista, que habían servido en otro tiempo, resultaban ahora inoperantes. Los grandes Patronatos subsistían aun, pero como simples centros de entretenimientos sanos y de algunas actividades religiosas. No eran escuelas de doctrina social cristiana, no se debatía en ellos problemas económicos, y, por consiguiente, se hallaban desconectados de los problemas del momento.

Se comprende cuál sería la pena del Padre Vives al contemplar la triste situación a que había llegado el obrero chileno, abandonado a sí mismo, organizado por unos pocos marxistas y bastante alejado ya de la Religión. Sin pérdida de tiempo, inició su apostolado social.

Escogió a un grupo de jóvenes, universitarios en su mayoría, para instruirles y ejercitarles en el trabajo con obreros. Se trataba de formar apóstoles, y no caudillos políticos; era preciso darles previamente una sólida formación religiosa, y, para eso, nada comparable con los Ejercicios Espirituales de San Ignacio. La obra de los Retiros para jóvenes fué una de las obras del ilustre jesuíta, en la que también era un iniciador. Muchos de esos jóvenes tomaron al Padre Vives como su Director espiritual.

Aquellos que ingresarían en el apostolado social constituían un círculo de estudios que se reunía semanalmente con el Padre para conocer y aprender las normas de la Moral cristiana, aplicada a la vida económica y reiteradas por los documentos pontificios. Pero, habían de empezar la práctica junto con el estudio, ingresar en algún sindicato o tratar de formar alguno, dar conferencias en sociedades obreras, fundar cooperativas, etc.

Formó también otros grupos: profesionales jóvenes, obreros y dirigentes de algunas sociedades católicas, con los cuales realizaba la misma labor de formación. Su influencia iba creciendo tanto, que todas las tardes su celda estaba con gente.

¿Qué era lo que atraía en él? Carecía de atractivos externos; su palabra no era elocuente, ni siquiera fluída; franco y valiente, a nadie halagaba; hombre de gran vida interior, no perdía el tiempo en bagatelas ni conversaciones inútiles; su celda pobrísima no tenía para el visitante más que el calor de su gran corazón, la luz de su espíritu encendido y alerta, la viva inquietud por llevar la paz cristiana a los pobres. Exponía con sencillez y

claridad las ideas y las situaciones; buen psicólogo, conocía a los hombres y preveía los acontecimientos; dirigía y convencía sin imponerse; combatía los errores sin herir a las personas, y su formidable ironía la empleaba con una risa franca y jovial que la despojaba de la saeta y de la hiel. Tenía una juventud de espíritu y una comprensión afectuosa, que conquistaba a las primeras palabras, inspirando confianza y simpatía. Cuantos entraban en aquella celda para asistir al círculo de estudios o para una consulta personal, salían satisfechos, deseosos de hacer el bien, animados para las más difíciles empresas. La principal obra del Padre en esos años fué haber despertado tantas almas al apostolado, principalmente al apostolado social. Esa obra perdura todavía, cuarenta años después, en sus discípulos y en los discípulos de sus discípulos.

Los jóvenes salían entusiasmados. Y esto es doblemente admirable, porque el Padre no era hombre que hablara con vehemencia, ni siquiera con calor de caudillo; su palabra era reposada, no había pasión exterior en ella, sino una fuerza interna comunicativa que emanaba sin duda de una pasión íntima pero domada, espiritualizada por la ascética cristiana, y traducida en ideas convincentes. La disciplina ignaciana había educado su temperamento apasionado y había sobrenaturalizado su amor a los pobres. Quería salvar al obrero, no sólo de la miseria física y del comunismo, sino de la pérdida de su fe cristiana.

De la acción de estos jóvenes fué fruto el Sindicato de Choferes, del que, a su vez, nació la primera Cooperativa de artículos para autos. Luego se fundó, asimismo, el Sindicato de Lecheros. Otro de los jóvenes organizó, en un gran fundo de la zona central, la primera Cooperativa, con los inquilinos.

El año 1916 el Exmo. señor Obispo de Iquique, don José María Caro, invitó a los Padres Fernando Vives y Jorge Fernández Pradel a realizar en aquella ciudad la Primera Semana Social realizada en Chile, a la que concurrieron 36 dirigentes obreros. Con ellos continuó la obra el Pbro. don Ramón Merino B., fundador del Sindicato de Panaderos.

Desgraciadamente toda esta labor de difusión de la doctrina social de la Iglesia y de acción efectiva no fué bien comprendida y hasta se la estimó peligrosa. Los descontentos hicieron llegar su influencia ante los Superiores de la Compañía de Jesús, y el Padre Vives fué enviado a España.

Aquellos tres años de trabajo, sin embargo, fueron fecundos y la semilla que dejaron fructificó generosamente. Desde luego, las ideas y el apostolado social quedaron y han sido el principio de toda la obra social realizada después por Sacerdotes y laicos. Quedaron también algunas vocaciones sacerdotales que el Padre Vives dirigió y cultivó, porque era una admirable director de conciencias. El célebre Padre Alberto Hurtado, S. J., fué una de esas vocaciones. Quedaron los Sindicatos y las Cooperativas. Pero ya sin el gran animador y consejero de ese movimiento, no se fundó nada nuevo. Tal vez, si el Padre Vives hubiera permanecido en Chile, otro hubiera sido el rumbo del movimiento obrero chileno y otras sus consecuencias políticas.

Quien escribe estas líneas tiene muy pocos datos acerca del trabajo del Padre Vives durante los trece años de su permanencia en Europa. Asiste a las Semanas Sociales de Francia, conoce en Bélgica al ilustre Padre Rutten, O. P.; funda en Barcelona la institución de San Rafael para proteger emigrantes y una asociación de juventud hispanoamericana. Un chileno que recorre España le encuentra haciendo su apostolado en el sur de Andalucía. Le llaman "el amo de Jerez", porque ha obtenido de aquellos grandes viñateros las mejores condiciones económicas para los trabajadores y entra con la misma familiaridad en el palacio de la Marquesa de Domecq, que en las bodegas de aquella famosa firma. Otro conversa con él en Barcelona el año 1927 y el Padre, cuando nada parecía anunciarlo, le dice que no tardará en haber una revolución social que arrasará con los ricos y con el clero, porque no se hace la necesaria labor social, y el marxismo cunde por todas par-

tes. Sus palabras fueron proféticas.

Por fin, en 1931, regresa a Chile. Los años no habían debilitado su noble espíritu. Inmediatamente se pone en acción. Sus antiguos discípulos acuden en gran número. Organiza la Liga de Acción Sacerdotal, escuela de apostolado para un grupo numeroso de Sacerdotes, y la Liga Social que reúne a los dirigentes de varias instituciones sociales. La autoridad eclesiástica le confía la fundación y dirección del Secretariado Económico Social, para el que abre la Casa Social en la calle Santo Domingo; organiza círculos de estudios para obreros, conferencias públicas dominicales, el instituto de propagandistas, la Unión de Trabajadores Católicos y jornadas sociales para obreros. Estimula y ayuda con su consejo a la Vanguardia Obrera Juvenil, la Unión de Trabajadores de la Construcción, la Acción Popular y su efectiva Bolsa del Trabajo.

Era un esfuerzo abrumador, y había pasado ya los 60 años. No obstante ¡qué ánimo tan entero y tenaz! ¡qué juventud interior y simpatía humana! ¡qué espíritu tan generoso y apostólico! Porque ahora, como en su estada anterior en Chile, tenía tiempo todavía para confesar y oír consultas espirituales, para convertir a incrédulos y protestantes y para atender a los obreros que le llevaban sus problemas íntimos o familiares. Para lo único que no tenía tiempo era para ocuparse de los que le combatían; porque continuaba siendo, como su Divino Maestro, un "signo de contradicción".

El cuerpo se rindió por fin. Una aguda enfermedad le postró en el lecho varios meses. El cuidado afectuoso de varios amigos médicos no logró devolverle la salud, porque realmente estaba agotado. Con varonil serenidad recibió los últimos Sacramentos y en su celda pobrísima falleció el 21 de septiembre de 1935.

El templo de San Ignacio se hizo estrecho para contener a la muchedumbre que acudió a sus funerales y, al borde de su sepulcro, numerosos oradores expresaron, en nombre de instituciones sociales, el inmenso pesar que había producido su muerte. Más de veinte años después, todavía bendecimos a Dios que nos lo dió.

LA PRIMACIA DE LO ESPIRITUAL

Porque la Compañía, que no se ha instituído con medios humanos, no puede conservarse ni aumentarse con ellos, sino con la mano omnipotente de Cristo Dios y Señor nuestro: es menester en El sólo poner la speranza de que El haya de conservar y llevar adelante lo que se dignó comenzar para su servicio y alabanza y ayuda de las ánimas. Y conforme a esta speranza, el primer medio y más proporcionado será de las oraciones y Sacrificios, que deben hacerse a esta sancta intención.

San Ignacio — Constit. p. X

Recuerdos del Padre Hurtado

por ANDRES COX B., S. J.

La figura del Padre Alberto Hurtado fué admirablemente delineada por su amigo del alma, Mons. Manuel Larraín E., en su ya célebre oración fúnebre. La historia de su vida, ha sido hilvanada por la pluma inteligente y bien documentada de Alejandro Magnet; su mensaje social, ha sido presentado en esta misma revista, por diversos articulistas, el último, don William Thayer en el número de agosto. Lo que yo escribo ahora, no son más que recuerdos. Es decir, cómo siento yo al Padre Hurtado. Estas líneas son algo así como una conversación con el lector. Me sucede que a cuatro años de su muerte, no puedo evocar su nombre, o recordarlo, sin que la emoción se me suba hasta la garganta. Nadie, nunca en mi vida, ha penetrado tan hondo en mi alma como el "Patroncito Hurtado".

Desde que se enfermó con cierta gravedad en noviembre del año 51, y más desde la primera embolía pulmonar, padecida el 21 de mayo del 52, fué en perpetuo crecimiento la preocupación de millares de personas en todas partes del país, por la salud del Padre Hurtado. El 18 de agosto por la tarde, a las cinco dos minutos, expiró en la clínica de la Universidad Católica. Desde que corrió la noticia de su agonía, no cesó de acudir gente de todas las capas sociales al cuarto piso, pieza 6. Al expirar, una verdadera explosión de llanto y un continuado sollozo —que en muchos todavía no puede terminar— fué la única expresión posible de lo que toda esa gente sentía por él. Le besaron las manos, tocaron sus rosarios, medallas, devocionarios en su santo cuerpo, regaron su mortaja con lágrimas de huérfanos. Ningún vínculo de parentesco nos unía a él: era sólo, y por encima de todo, su personalidad sacerdotal.

He conocido a tantísima gente que repite esta frase: "¡Yo era tan amigo del Padre Hurtado!". Algo secreto y profundo había en él, que le permitió entrar en las almas hasta una hondura de sintonía enteramente excepcional. Por su pieza desfilaron miles de jóvenes y caballeros; lo llamaron a la portería centenares y miles de señoras y señoritas; en sus trabajos por los miserables y por los obreros, tuvo contacto con miles de pobres: quien estuvo con él siquiera fuese una vez, sintió ya para siempre, que el Padre Hurtado era su amigo. Considero un milagro, un verdadero carisma apostólico —tal vez una forma del "don de lenguas" de que habla San Pablo, en el sentido de hablarle a cada uno su lenguaje— que un hombre tan atrozmente solicitado por todos lados, nunca cayera en el "profesionalismo sacerdotal", sino que para cada oveja de Cristo se entregara entero, en lo más fino de su esencia personal.

Muchas ocasiones he tenido de conversar con antiguos dirigidos espirituales del Padre Hurtado. Y he palpado con las manos dos cosas que me impresionan enormemente: una, que sus consejos tuvieron la fuerza de Dios para transformar las almas; y hoy, a varios años de su desaparición, esas personas viven todavía de aquellos consejos; en muchísimos casos, consejos enteramente vulgares, que cualquier sacerdote, y aun el simple buen sentido, los puede dar. Pero dados por él, rebozaban la frescura de lo inédito.

La otra cosa: la confianza depositada en sus dirigidos; cuántas veces sus consejos eran verdaderamente audaces, nuevos, arriesgados, certeros; propios del hombre de Dios, perfectamente libre, para el cual —como dice San Pablo— "no hay ley". Poseyó en grado extraordinario el sentido humano de las situaciones, y poseyó, sobre todo, una penetración intuitiva de las personas, por la que llegó hasta el fondo de sus almas. Su palabra, su consejo, iba impregnado del Espíritu Santo.

* * *

En el Padre Alberto Hurtado Cruchago, Dios acumuló dones de naturaleza y de gracia en forma prodigiosa. Fué una gran cabeza al servicio de un inmenso corazón. Y su grandeza es tanto más consistente, cuanto que jamás se desmintió. Lo conocí en la intimidad de la conversación, y en los momentos espontáneos de las vacaciones: siempre el mismo.

Las vacaciones del jesuíta son una renovación interior: días tranquilos para ahondar, en la paz de la vida espiritual, el Misterio de Dios; para leer mucho, escribir, y preparar el múltiple trabajo del año venidero.

Esas semanas pasadas junto al Padre Hurtado —únicas en que durante el año lo podíamos disfrutar—, adquirían insensiblemente el carácter de una escuela de pensamiento y de vida sacerdotal. Sin aire académico ninguno, sino espontáneo y natural, nos hacía vibrar con lo que llenaba su corazón. Nos hablaba de la Compañía de Jesús: la conocía en América del Sur, del Norte, y en Europa; sintió por su Madre Espiritual una admiración devota y siempre creciente. ¡Cuántas veces le oí decir que cuánto él era y hacía, lo debía íntegro a esta santa Orden!

Dos cosas admiraba sobremanera en ella: la grandeza de alma, y el respeto por la personalidad de cada uno. Repetía con fruición la acertada frase con que un autor definía la posición apostólica de San Ignacio de Loyola: "Nunca sublimó un medio, a la categoría de fin; y jamás rebajó un fin a la categoría de medio". Admiró, juntamente, el hecho singular de una organización capaz de imprimir en sus miembros una espiritualidad tan definida, y capaz, al mismo tiempo, de realizar personalidades tan diferentes como las del místico hermano San Alonso Rodríguez, la del cerebral San Roberto Bellarmino, la de aquel huracán apostólico, San Francisco Javier. Conoció a jesuítas de todo el mundo occidental, y por todas partes encontró esta misma realidad extraordinaria. Nos hablaba entusiasta, del espíritu católico de la Compañía de Jesús, siempre actual, fuerte, creciente, unida, de vanguardia, bendecida por Dios en su apostolado múltiple para su mayor gloria, y en la excelente calidad media de su contingente.

Sentíamos —como los discípulos de Emaús— que ardía nuestro corazón, cuando nos hablaba de los problemas nacionales, singularmente aquellos de carácter social o sacerdotal. En Calera de Tango, teníamos la costumbre de juntarnos varios por las tardes para caminar a pie hasta la "cruz chica", conversando. Su fuego interior, nunca decaía; fué una antorcha perpetuamente ardiente. Esa tensión continua, incontenible, quizás lo consumió antes que el cáncer. He conocido a muchos hombres de Dios: en todos hay momentos que podría llamar "preter sacerdotales", de despreocupación, de olvidar la tarea, de dejar por un momento la unción, para entregarse, por vía de descanso psíquico, a la familiar naturalidad del espontáneo humano; en el Patroncito Hurtado esos momentos no los ví nunca; su espontáneo era su celo, en perpetua oscilación entre la más fina compasión por los sufrimientos de los demás, y la más airada e imponente indignación contra los causantes de tanto dolor.

Llevaba al tranquilo rincón de Calera de Tango un cajón de revistas y libros, y los devoraba en su pieza, con vista a los pastizales y cerros. Allí tomaba apuntes, releía, daba vueltas por el parque bajo los sauces y grandes eucaliptus, y meditaba lo leído. Los libros adquirían, a través de sus conversaciones, una genialidad nueva, matizados por este hombre devorado por el fuego de Cristo; hombre agudo y grande a la vez. Sus observaciones no eran el juicio literario de tipo escolar, "clasificador", pequeño; eran apreciaciones llenas de verdad, cargadas de penetración humana, con aquella fineza que confiere la intuición de los sentidos del alma.

El año 1947 viajó a Europa. Allá tomó contacto con todo lo interesante que puede ver un sacerdote entregado al trabajo apostólico. Estuvo con sus antiguos profesores de Louvain, con quienes conversó largas horas, confrontando las enseñanzas recibidas con la realidad del minis-

terio apostólico; estuvo en la Gregoriana de Roma, en la casa de los escritores de Etudes, conversó con el Emmo. señor Cardenal de París, Mons. Suhard, autor de aquellas célebres pastorales de Cuaresma: "¿Crecer o Declinar de la Iglesia?" y "El Sentido de Dios"; de su boca conoció la situación de los sacerdotes obreros, la índole, inconvenientes ocasionales y valor sustancial del movimiento; se suscribió a más de veinte revistas nuevas; llegó hasta su viejo amigo y maestro de otro tiempo, hoy General de la Compañía de Jesús, Padre Juan Bta. Janssens, y hasta los pies de Su Santidad Pío XII. Ellos, muy bien enterados de su dura y resistida labor en el lejano Chile, lo bendijeron y animaron a proseguir infatigable su tarea de realizar las doctrinas sociales de la Iglesia Católica.

En aquella ocasión, no tuvo tiempo de visitar museos ni iglesias, ni monumentos históricos, ni lugares de turismo. Los meses fueron consumidos en la asistencia a congresos internacionales, en contactos interesantísimos con obispos, sacerdotes y laicos representativos del pensamiento mundial, en el conocimiento de nuevos movimientos cristianos surgidos por aquí, por allá. Miró mucho, preguntó mucho, lo apuntó todo, y regresó apostólicamente enriquecido y renovado.

Su trabajo ponderable en cifras estuvo fuertemente respaldado por la doctrina. Los círculos de estudio, su dirección espiritual, su fecunda y conmovedora predicación, sus libros, sus artículos, son testimonio de ello. Encarnó la teología en toda su actividad; y sus obras, la construcción del Noviciado en Marruecos —hoy, "Padre Hurtado"—, el Hogar de Cristo, la Acción Sindical y Económica Chilena, la Congregación Mariana de Jóvenes, el rumbo que imprimió a la Acción Católica, son la forma concreta a sus grandes ideas.

En sus últimos tiempos, cuando llevaba todo el peso de sus más grandes realizaciones, intuyó la urgencia de una revista católica de orientación doctrinal, que presentara la posición de la Iglesia frente a los complejos problemas contemporáneos, y tratara los asuntos con solvencia doctrinal y en forma extraña a la política de partidos. Con él, también nosotros sentíamos esta necesidad nacional; pero nos faltaba el hombre. Este fué el Padre Hurtado. De sus manos, con la colaboración de otros jesuítas y de numerosos laicos, surgió la revista Mensaje.

¡Cuántas veces entré a su pieza, y lo encontré en la noche, con sus gruesos anteojos calados, leyendo y escribiendo para Mensaje. Cuanto más maduró el apóstol, tanto más claramente discernió que la gran urgencia moderna es la doctrina. Yo sentía en mi interior —cada vez que lo veía así— una oleada de admiración por esa gran cabeza; sabía que todo lo que entraba en ella, iba a ser altamente asimilado, para volcarse luego en forma nueva y sentida, en escritos, sermones, artículos, libros en preparación, consejos clínicos. En los primeros meses de enfermedad, cuando sólo guardaba cama por prescripción médica, sin sospechar que el cáncer lo había hecho ya su presa, leía y escribía incansable apoyando el papel o el libro en una tabla sobre las rodillas.

En él no sólo había extraordinaria fuerza espiritual, y clara inteligencia; su buen criterio me impresionó siempre. Criterio enteramente sobrenatural. Y creo que ello explica en parte la constancia de su línea social; porque en medio de tanta incomprensión, de tanta tergiversación, de tantos papeles anónimos y no anónimos cargados de insultos y violencias; de tantas resistencias sordas, de tantas protestas airadas que llegaron hasta el Rector y hasta el Provincial, sin faltar algunas que atravesaron el océano y lo calumniaron ante el General de la Orden; en medio de tanta interpretación politiquera dada a una acción absolutamente extraña a toda política, e inspirada, por el contrario, en la más sana libertad evangélica y sacerdotal; mantenerse siempre el mismo, y no torcer el rumbo ni amainar velas, no solamente es argumento de gran valentía, y de perfecto desprendimiento de las cosas de este mundo, sino además, de extraordinaria clarividencia, fundamento de su seguridad. El Padre Hurtado vió muy claro aun en medio de la niebla.

Pocos como él han pedido tanto dinero; por sus manos corrieron millones y millones. Pocos como él, tan agradecidos a los bienhechores. Pero al mismo tiempo, pocos tan libres, tan extraños a todo compromiso terreno frente a la causa de Cristo: los millones regalados a él, jamás ablandaron su indignación por la injusticia, jamás amordazaron su lengua, fuerte y valiente como la de un profeta del Antiguo Testamento.

Al estar con él, nunca experimenté la sensación de un espíritu limitado por los detalles. Al contrario, su trato me agrandó el corazón. Me parecía un águila de penetrante vista, y de grandes perspectivas. Lo más singular es que no fué un teórico; su visión lo hizo superior a los detalles; pero a la vez era un organizador que no olvidaba ni despreciaba ningún detalle. Donde puso el dedo, allí las obras surgieron pujantes. El poder de organización del Padre Hurtado lo hizo superior a las maneras corrientes de hacer las cosas; por esto fué criticado, y ello constituyó parte de su inmensa soledad; lo encontraron personalista. Tal vez. Pero, ¿puede criticarse como defecto, lo que más bien fué el don de realizar, al conjuro de una personalidad avasalladora, para quien las formas corrientes resultaron estrechas?

Cierto día llegó a mi pieza, para "copuchar" un ratito. Estaba cansado. Le dije: ¡Patroncito, no se mate! Y me hizo esta confidencia: ¡Estoy en decadencia! Ocho horas de trabajo diario, ahora me agotan; antes, podía trabajar bien once y doce horas! Pero ni así se explica el volumen de su trabajo. Quizás el secreto reside en que sabía hacer lo esencial de las cosas, y entregar a otros las responsabilidades secundarias. Y los que estuvimos envueltos en su influencia, y con mayor razón los que fueron sus colaboradores, palpamos encarnado en el Padre Hurtado el principio de que las cosas del Reino de Dios no se toman así no más, "a la chilena"... sino con todas las fuerzas del espíritu.

* * *

Daba compasión verlo comer: a toda carrera, apurado, sin tiempo nunca para almorzar tranquilo, urgido por los minutos, leyendo la gruesa correspondencia diaria, mientras masticaba lo que le pusieran delante. Durante el día no dispuso de sus horas: vivía comido por el prójimo hambriento de espíritu que lo rodeaba por todas partes, como a Cristo. De noche oraba y estudiaba. Su jornada diaria no descendió de las once a doce horas de actividad, mientras tuvo fuerzas físicas para soportarla.

Tuvo colaboradores capaces de resistir las exigencias apostólicas de su "Patroncito"; y pueden ellos decir cómo fué de apremiante con ellos; muchos otros le fallaron, no pudieron acomodarse a ese estilo nuevo. Algunos se le acercaron para hacer "algo de apostolado"; y se encontraron con que junto al Padre Hurtado no cabía el "diletantismo" apostólico; se toparon con la sorpresa de que el Reino de Cristo exige mucho más que lo que exige la burocracia chilena... Y se volvieron a su rutina!

El Padre Hurtado comprendió su vida y su misión a la luz de la Eternidad. Por esto tuvo ese concepto apremiante del tiempo. Muchos, con la mejor intención del mundo, le dijimos: "Cuídese, no se agote, mida sus fuerzas..." Pero nunca esos consejos vulgares le hicieron mella, porque nunca pudo entender que no hubiera que agotarse por Cristo, cuando tantos se agotaban por Hitler, y por Stalin, y por el dinero, y hasta por el vicio!

* * *

El Padre Alberto Hurtado no fué un artista, estuvo lejos de serlo; mal oído musical, estilo literario descuidado. Pero la belleza sacudía su alma. Leía poesías, con predilección Amado Nervo. Saboreaba dos veces las cosas bien escritas. Lo ví tantas veces extasiado junto al mar. Le gustaban los animales, particularmente los perros: me parece verlo dándole pan

al "Caluga", un viejo y fiel perro de Calera, y "conversando" con él unos diálogos cómicos. ¿Será propio de las almas limpias, gozar con las cosas sencillas? Los sauces de la laguna, los viejos eucaliptus crujientes, la brisa de la tarde, los paisajes dominados por el cerro chico, las estrellas brillantes de las noches veraniegas, la naturaleza entera creaba en su alma fina la intimidad con Dios. Poco dotado para el canto, movió cielo y tierra para recopilar el "Cantemos" de la Acción Católica cuando fué su Asesor Nacional en la rama de jóvenes. Intuía que cantar era sano; y le molestaba la inercia de nuestros alumnos para cantar en la Iglesia.

Tuvo un sexto sentido para captar de una manera profunda y emocionada la belleza moral. Director de conciencias, fué testigo de luchas, derrotas, victorias, heroísmos humanos, que él mismo provocó; lo emocionaron hasta lo increíble, y lo espolearon a superarse más y más.

Acabo de aludir a su estilo poco cuidado. Creo, sin embargo, que no es el resultado de una incapacidad literaria, sino del apremio apostólico. Porque sus frases tienen un vigor interno, una verdad cálida tan manifiesta, que, salvadas las proporciones, me recuerdan el estilo de San Pablo, apurado, incorrecto, pero en el que el genio asoma a cada paso; no hay tiempo para pulir; pero esos renglones escritos a vuela pluma entregan un mensaje rico, a veces patético hasta lo conmovedor.

* * *

Llegó un momento de su vida en que el nombre del "Padre Hurtado" ya era conocido en todo Chile. Era molesto salir con él a la calle, porque no se podía sostener ninguna conversación: de cada diez personas, una lo saludaba. Este hombre tan célebre por sus propios méritos, tan grande en el país, tan removedor de la conciencia nacional, tan sacudidor de inercias, iniciador de un gran movimiento y despertador de una conciencia social en Chile, admirado por toda una generación formada por él, escapó también a la vanidad de la importancia. Nosotros mismos, los que convivimos con él, creo que no nos dimos cuenta de sus dimensiones, hasta que desapareció. Y este es, para mí, su rasgo más extraordinario: tanta grandeza unida a tan sencilla familiaridad. El Padre Hurtado no se sintió importante.

A medida que pasa el tiempo, voy comprendiendo más su cruz paradojal: la soledad. La vida va enseñando, y la vida apostólica ayuda a penetrar e interpretar mejor las experiencias del apóstol. Así como un espíritu fino se siente solo en medio de espíritus groseros, de modo semejante, un espíritu grande se siente solo en medio de espíritus más pequeños. Sintió el Padre Hurtado esa soledad de los hombres grandes; tuvo otra escala de sentimientos, que la común; otra manera de ver las cosas, que la ordinaria; un celo apostólico, hecho de llamaradas, mientras a su alrededor no había más que apóstoles corrientes. Nunca lo ví tan inspirado, como en una serie de tres conferencias que dió en nuestro auditorium, a principios del año 51, sobre este tema: "La Soledad". No comprendí entonces, que el tema era autobiográfico; ahora lo voy entendiendo. ¡Y cómo siento hoy esa torpeza! Verlo siempre dándose a los demás, haberme acostumbrado a mirarlo siempre hacia arriba, me creó la tonta imagen de que él debía consolar, pero que él no necesitaba ser consolado! Después, un amigo suyo, tal vez el más fiel de sus amigos, me contó que cierta vez lo había encontrado en su pieza solo, llorando...

Su recuerdo es un reproche agudo a todo lo que hay de mezquino en nosotros; su imagen, como de hombre arrebatado de pronto a este mundo por Dios en el torbellino de su gloria, nos arenga poderosamente, por encima del vocerío de los elementos, a que tomemos en nuestras manos la antorcha quemante que sólo la muerte le hizo soltar, y tengamos, como él, la grandeza de alma suficiente para enfrentarnos con la realidad de nuestro siglo.

Orientación Bibliográfica

Sn. Ignacio y su Obra la Compañía de Jesús

NOTA.—Limitamos esta nota bibliográfica a aquellos libros que, según nuestro criterio, pueden ser de mayor interés para los lectores de Mensaje, remitiendo para una información más completa al magnífico libro: *"Obras Completas de San Ignacio de Loyola"*, edición preparada y enriquecida con introducciones y notas de gran valor por los PP. Ignacio Iparraguirre y Cándido Dalmases, del Instituto Histórico de la Compañía de Jesús (Roma). (Madrid, B.A.C., 1952).

1.—*Escritos de San Ignacio:*

Autobiografía de San Ignacio. (El P. Cámara, confidente del Santo, refiere lo que San Ignacio le fué dictando de 1553 a 1555). Texto, en Obras Completas, ed. citada, pp. 1-111.

Ejercicios Espirituales. (No está hecho para una simple lectura, es un manual de táctica espiritual, que no se comprenderá en su verdadero significado, mientras no se haya practicado lo que se encierra en sus reglas y ordenaciones). Texto: Ejercicios Espirituales. Directorio y Documentos de San Ignacio. Barcelona, ed. Balmes, 1944, pp. 519 (edición preparada por el P. Calveras).— Los Ejercicios Espirituales de S. Ignacio, anotados por el P. Juan Roothann. Bilbao, ed. Mensajero, 1946, pp. 557.— Ejercicios Espirituales. Santiago, ed. Pacífico, 1956.— En Obras Completas, ed. citada, p. 113-252.

Diario Espiritual. (Es el escrito que introduce mejor en el alma de San Ignacio). En Obras Completas, ed. cit., p. 275-340.

Constituciones de la Compañía de Jesús. (En ellas vive el espíritu de los Ejercicios informando un cuerpo concreto). Texto en Obras Completas, ed. cit. p. 343-562.

Reglas de San Ignacio. (Acomoda, en ellas, San Ignacio, los grandes principios de las Constituciones, a la vida ordinaria). En Obras Completas, ed. cit., p. 565-627.

Cartas e Instrucciones. (Transparentan el alma del Santo ante los más variados acontecimientos; constituyen el comentario concreto de los Ejercicios y Constituciones; las instrucciones son verdaderos tratados de gobierno o de alguna virtud). Texto en Obras Completas, ed., cit., p. 631-957.

2.—*Biografías de San Ignacio:*

Ribadeneira — Vida de San Ignacio de Loyola. Múltiples ediciones en España. Obra clásica escrita por un discípulo del Santo, en estilo del siglo de oro de la literatura española. Conserva todo el valor y el sabor de un testimonio de primera mano. Da una imagen objetiva del biografiado.

Tacchi Venturi — Storia della Compagnia di Gesù in Italia, vol. II, parte 1ª y 2ª, Roma, 1951. Abarca casi todos los aspectos de la vida del Santo, por lo que muy bien puede considerarse como una de sus mejores biografías. En el cuadro tan acertado de la época descrito por el P. Tacchi Venturi, se puede apreciar en su justo valor la transformación operada por San Ignacio.

Antonio Astrain — Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España. Vol. 1, 2ª ed., Madrid, 1902. Astrain señala bien los pasos seguidos por Ignacio en la fundación de la Compañía.

Antonio Hounder — Ignatius von Loyola. Se encuentra resumido y ordenado lo más genuino y personal que conocemos de San Ignacio. (Colonia, 1932).

I. Casanovas — San Ignacio de Loyola (Barcelona, 1944). Describe la trayectoria interna de su ascensión espiritual hacia Dios. Es de lo mejor que hay.

Paul Dudon — San Ignacio de Loyola (versión castellana del original francés, México, Buena Prensa). Actualmente en su conjunto, es, dice el P. Rahner, sin disputa, la mejor biografía de S. Ignacio. Junto con el Santo aparece bien caracterizada la obra de su vida: la Compañía de Jesús. El capítulo de los Ejercicios es magnífico.

Pedro Leturia — El Gentilhombre Iñigo de Loyola. (Barcelona, 1949, 2ª ed.). Encuadra más al Santo dentro del ambiente vasco de la época. Es el trabajo más acabado que existe de la primera parte de la vida de Ignacio. Lástima que la prematura muerte del P. Leturia nos haya privado de la gran obra que él acariciaba escribir desde hace años, una vida completa de San Ignacio.

José Arteche — San Ignacio de Loyola. (Barcelona, 1941). Todos los autores anteriores son jesuítas. Arteche tiene el mérito de trazar con los elementos acumulados por otros una figura de Ignacio más asequible al mundo moderno.

Igino Giordani — Inazio di Loyola, Generale de Cristo. No jesuíta, como J. Arteche, Giordani presenta al General de la Mayor Gloria de Dios en acción. (Firenzo, 1941).

Hollis Christopher — San Ignacio de Loyola. (Versión castellana del inglés, Buenos Aires, 1946). Si la Reina Isabel resucitara, moriría de espanto al saber que un inglés, como Hollis, y anglicano, haya escrito una vida del Fundador de los odiados jesuítas, vida que con razón ha tenido un gran éxito editorial, cuyo principal mérito ha sido encuadrar muy

bien al Santo dentro del marco de la Historia y presentar sus facetas más asequibles a la mentalidad moderna. Para Hollis la fuente de actividad de Ignacio es que "era el enamorado de Dios".

Alejandro Vicuña—Loyola (Santiago, 1950). Aparte de algunas lagunas, presenta Vicuña con cariño y profundo aprecio y acierto al hombre de gobierno, al superior religioso. Su estilo es fácil y ameno, como todas sus obras.

José A. Otto — Ignacio de Loyola. (Bs. Aires, Difusión). Breve semblanza biográfica del Santo, pinceladas de su vida.

Henri Perroy — Saint Ignace de Loyola. Acaba de publicarse en francés. (París, ed. Em. Vitte, 1955, 152 pp.).

James Brodrick — El Origen de los Jesuítas. (Versión española, ed. Pegaso, Madrid). Breve y penetrante historia de los comienzos de la Compañía de Jesús. Abarca la vida de San Ignacio y de sus primeros cmpañeros. Indudablemente, en su género, lo mejor que se ha escrito sobre este tema.

R. García-Villoslada — Ignacio de Loyola. (Ed. Hechos y Dichos, Zaragoza, 1956, 470 pp.). El autor, profesor de Historia Moderna en la Facultad de Historia Eclesiástica de la Universidad Gregoriana, especialista en el siguo XVI, ha proyectado la figura del Santo en el marco de su siglo.

H. Rahner y Leonard von Matt — Ignacio de Loyola. (Versión española del P. Larraicoechea). Magnífico volumen con 224 fotos, trabajo de von Matt, donde se presentan los sitios donde vivió el Santo, acompañadas de una biografía viva y original, condensada en 112 páginas, obra del conocido teólogo P. Rahner.

Tales son, a nuestro parecer las vidas de San Ignacio que están más a nuestro alcance por su interés y actualidad. Como dato ilustrativo consignamos que en la antigua Compañía (1540-1773) se publicaron en total 17 vidas de San Ignacio: 3 en latín, 7 en castellano, 4 en francés y 3 en italiano. En la Compañía moderna, o sea, de 1814 en adelante, se han publicado 45 vidas de San Ignacio: 13 en alemán, 7 en inglés, 7 en francés, 10 en castellano, 4 en italiano, y una en flamenco, holandés, catalán y portugués. Es de notar que 5 de estas vidas han sido escritas, con gran objetividad y aprecio, por autores protestantes. A estos datos habría que añadir 118 estudios, publicados en diversas revistas, sobre variados aspectos de la personalidad de San Ignacio. Téngase en cuenta que anotamos, salvo raras excepciones, las publicaciones hechas antes de 1952. En 1956 con motivo del año ignaciano la literatura sobre el Santo se ha aumentado considerablemente. No incluímos en nuestra lista aquellas vidas que le deforman notablemente, tales como las escritas por Castelar, Fülop-Miller, Mercuse, Salaberría, Unamuno, Blunk, Bayer, etc.

3.—*Sobre los Ejercicios Espirituales:*

P. Dudon: S. Ignacio de Loyola. (México, 1945, ed. castell.), pp. 275-290; pp. 291-309; pp. 627-633.

H. Rahner: S. Ignace et la genese des Exercices. (París, 1948, p. 141).

J. Nonell: Ejercicios. Estudios sobre el texto. (1916, p. 214).

J. Nonell: Ejercicios Espirituales, (Manresa, 1896).

Mercier V.: Manuel des Exercises de S. Ignace, (Poitiers, 1896).

I. Casanovas: Comentario y Explanación de los Ejercicios (Barcelona, 1945-48).

M. Meschler: Explanación de las Meditaciones del libro de los Ejercicios. (Madrid).

A. Oraá: Ejerc. Espir. de S. Ignacio. Explanación de las meditaciones y documentos, (Madrid, 4 ed., 1950).

G. Longhaye: Retraite annuelle de huit jours. (4ª ed., París, 1932).

H. Monier: Exercises. (Lyon, 1949).

A. Valensin: Aux sources de la vie intérieure. Une grande retraite. (Beyrouth, 1940-1)

W. Sierp: Hochschule der Gottesliebe. (Warendorf, 1940).

A. Goodier: The Life that is Light. (Londres, 1935).

4.—*Sobre las Constituciones:*

Aicardo José M. S. I. Comentario a las Constituciones de la Compañía de Jesús. (6 vol., Madrid 1919-1932).

Chastonay Paul de: Les Constitutions de l'Ordre des Jésuites (París, 1941). Es el mejor resumen de la génesis, el espíritu y el contenido de las Constituciones.

Dudon Paul: el c. 18 de su obra sobre San Ignacio (cfr. vidas).

Vermeersch A.: Miles Christi Jesu, (ed. castell., Buenos Aires, 1946).

5.—*Biografías de jesuítas insignes:*

San Francisco Javier (1506-1552)

A. Brou: Vie de St. François Xavier (2 vol. 2 ed., 1922, París).

J. Brodrick: San Francisco Javier (en prensa, Madrid).

J. Schurhammer: San Francisco Javier, (ed. cast., Difusión, Bs. Aires, 1940).

X. León-Dufour: St. François Xavier, (Ed. du Seuil, París, 1953).

Cartas y Escritos de S. Francisco Javier, (B.A.C., Madrid, 1953, pp. 578).

A. Bellesort: St. François Xavier, (Perrin, 1937, París).

S. Francisco de Borja (1510-1572)

A. Astráin: S. Francisco de Borja, (en vol. II, pp. 215--400. Hist. Asist. España, Madrid).
P. Suau: S. Francisco de Borja, (Barcelona, Gili, 1910).

S. Pedro Canisio (1521-1597):

J. Brodrick: Peter Canisius, (Londres, 1935).

S. Roberto Bellarmino (1542-1621):

J. Brodrick: The life and Work of B. Robert B. (2 vol., Londres, 1928).
A. Fiocchi: San Roberto Bellarmino, (ed. Sal Terrae, Santander, 1931).

S. Luis Gonzaga (1568-1591):

V. Cepari: S. Luis Gonzaga, (Madrid, 1856).
C. Martindale: S. Luis Gonzaga, (ed. Poblet, Bs. Aires, 1949).
Delpierre et Noche: St. Louis de Gonzague et la Renaissance italienne, (ed. Xav. Mappus, Le Puy, 1945).

S. Juan Berchmans (1599-1621):

V. Cepari: S. Juan Berchmans, (Barcelona, 1885).
Schoeters: San Juan Berchmans. (Ed. Paulinas, Madrid).

S. Juan Fco. de Regis (1597-1640):

G. Guitton: St. Jean F. Regis. (Spes, París, 1949).

S. Pedro Claver (1580-1654):

A. Astráin: S. Pedro Claver, (en el vol. V, pp. 479-495, Hist. Asist. España).
A. Valtierra: S. Pedro Claver, (Bogotá, 1954)

S. José Pignatelli (1737-1811):

J. March: El B. José Pignatelli y su tiempo, (2. vol., Barcelona, 1935).

S. Alonso Rodríguez (1532-1617):

I. Casanovas: S. Alonso Rodríguez, (Barcelona, 1917).

Santos Mártires Canadienses (son ocho, su martirio fué entre 1642-1649):
G. Goyau: Textes des Martyrs de la Nouvelle France, (París, 1924).
Francis Talbot: Un Santo entre hurones, (S. Juan de Brebeuf), Barcelona, Miracle, 1951.

B. Pedro Fabro (1506-1546):

Memorial del B. Fabro, (París, 1874).
G. Guitton: L'âme du Bx. Pierre Favre, (París, 1934).

Obras varias:

C. Testore: Santos y Beatos de la Compañía de Jesús. (ed. Mensajero, Bilboa).
J. Leal: idem. (ed. Sal Terrae, Santander, (1950).
E. Waugh: Edmund Campion (1539-1581), Jesuit and Martyr (London, Hollis and Carter, 1952).
John Gerard: The Autobiography of an Elizabethan. (trad. francesa, París, Plon, 1953).
R. Scorraille: Francisco Suárez (1548-1617), (Barcelona, 1917).
O'Rahilly: Un héroe de la gran guerra: el P. G Doyle. (ed. Padre Las Casas).
M. Nicolau: Jerónimo Nadal, Obras y Doctrinas Espirituales. (Madrid, 1949).
H. Bernard: Le Père M. Ricci (1552-1610) et la société chinoise, (Tientsin, 1937).
P. Dahmen: Un Jesuite brahme, le P. de Nobili (1577-1656). (París, 1931).
E. Laveille: Le P. de Smet (1801-1873), (Louvain, 1928).
J. Lebreton: Le P. de Grandmaison (1868-1927). (París, 1932).
J. de Guibert: La Espiritualidad de la Compañía de Jesús. (ed. Sal Terrae, Santander, 1955).

San Ignacio de Loyola. — EJERCICIOS ESPIRITUALES.— Stgo., Edit. Del Pacífico, 1956.

No es ocasión de recomendar el pequeño libro de San Ignacio. Baste recordar que contiene el secreto de su santidad y el espíritu de la Compañía de Jesús; que es alabado por muchos santos y bendecido por muchos Papas; y que ha transformado a innumerables pecadores y hecho avanzar en la virtud a una infinidad de almas fervorosas.

La edición presente ofrece el texto de San Ignacio conservando los giros característicos y las palabras todas —pero modernizando la ortografía. Los números marginales son los que hoy día se usan internacionalmente para cifrar los Ejercicios. La impresión es excelente, y debemos felicitar a la Editorial Pacífico.

Un prólogo del P. Carlos Aldunate realza los valores ocultos contenidos en una obra, a primera vista sencilla y aun desorganizada. Se presentan los Ejercicios como un método de decisión perfecta y como un camino completo de vida espiritual. Se insiste en su carácter cristocéntrico, evangélico, dogmático, social.

Por último, la observación importantísima de que los Ejercicios de San Ignacio no son un libro de lectura sino un manual práctico para el director; los Ejercicios se han de *hacer;* no basta una simple lectura para poder apreciar la eficacia del "libro áureo" (Pío XI).

Muy oportuna es esta edición, precisamente en el 4º centenario de la muerte de San Ignacio. Ningún recuerdo mejor, ninguna celebración más provechosa que hacer los Ejercicios y poseer el texto completo de los mismos para templarse una y otra vez en los principios forjadores de santos.

J. A.

Pío XII y el Centenario de San Ignacio

(DISCURSO DEL 31 DE JULIO DE 1956)

Como el concertante final que, para remate de una gran composición, recoge y repite armonizándolos todos los motivos y temas fundamentales; como el último acorde de una sinfonía que resume todos los sentimientos y afectos contenidos en ella, exaltándolos todavía más; como la postrer estrofa de un himno que expresa en la forma más vibrante la idea mejor; así vosotros —hijos amadísimos, reunidos en ese valle de Loyola para cerrar las fiestas cuatro veces centenarias de la muerte del gran patriarca San Ignacio— clausuráis ahora tan solemnes conmemoraciones con un acto en el que hemos accedido a estar presentes, no solamente con el espíritu, sino también con la palabra, como lo estuvimos en la apertura del centenario y lo hemos estado todo a lo largo de él, cuantas veces la ocasión se ha presentado.

Sea, pues, Nuestra expresión primera un acto de reconocimiento y de gratitud hacia el Dador de todo bien. Cuando, hoy hace un año, Nos dirigíamos por escrito a Nuestro amadísimo hijo el Prepósito General de la Compañía de Jesús, podíamos ciertamente presumir que el centenario que abríamos sería digno del objeto que pretendía, y añadíamos Nuestro deseo de que todo él revistiese una tonalidad preferentemente espiritual, para bien de las almas. Hoy podemos constatar que efectivamente ha sido así, y que si en todos los rincones del mundo ha sido recordado con la prensa, la radio y la palabra viva; con congresos y manifestaciones públicas y privadas; con actos de sencilla piedad y con solemnes homenajes; sin embargo, en todo ello la nota dominante ha sido un verdadero espíritu de renovación interior. Y sois vosotros precisamente, amadísimos hijos de la católica España, los que podéis sernos testigos, puesto que en vuestro país, si no Nos equivocamos, el centenario ha tenido dos puntos culminantes, a saber: los Ejercicios Espirituales a toda la nación por medio de la radio, con tanto provecho seguidos, y el paso de la reliquia del Santo por todas las diócesis españolas, que alguien ha comparado a una gran misión nacional.

1. — Y es que era justo, que la gran patria española mostrase su estima y su afecto a uno de sus más preclaros hijos, en quien ve encarnado lo más escogido de su espíritu y en uno de sus tiempos mejores.

Aquel adolescente apuesto y generoso; aquel joven fuerte, prudente y valeroso, que hasta en sus desviaciones habría de conservar siempre sus aspiraciones hacia lo alto; aquel hombre maduro, animoso y sufrido, de gran corazón y de espíritu naturalmente inclinado a cosas grandes, y, sobre todo, aquel Santo, en cuyo pecho se diría que entraba el mundo entero, encarnaba sin saberlo lo mejor de los valores y de las virtudes de su estirpe y era, como muy bien se ha dicho, "la personificación más viva del espíritu español en su edad de oro", por su nobleza innata, por su magnanimidad, por su tendencia a lo fundamental y a lo esencial, hasta superar las barreras del tiempo y del espacio, sin perder nada de aquella riquísima humanidad, que le hacía vivir y sentir todos los problemas y todas las dificultades de su patria y de su siglo, en el gran cuadro general de la historia de la Iglesia y del mundo.

Lo que maravilla en los arrobos más sublimes de los místicos españoles de su mismo tiempo; lo que se puede admirar en los grandes teólogos que entonces brillaron; lo que encanta en las páginas inmortales de los escritores, que todavía hoy son modelo de una lengua y de un estilo;

lo que tantos gobernantes, políticos y diplomáticos supieron poner al servicio de aquel imperio donde el sol no se ocultaba; de todo ello hay un reflejo en el alma de Ignacio, al servicio de un ideal muy superior, sin que por ello pierda lo que tiene de propio y de característico.

Era, pues, conveniente, que la España de hoy, hija legítima de la España de ayer, aclamara en este momento a uno de los hijos que más la han honrado.

2. — Pero os miramos con los ojos del espíritu, hijos amadísimos, y vemos que con vosotros, católicos españoles, están unidos hoy en persona, y mucho más en espíritu, otros muchos hijos Nuestros de otras naciones, como para proclamar que si Ignacio es honor de su patria, es también, y en un sentido mucho más real, honor de la humanidad y de la Iglesia.

Los Santos son siempre honor de su Madre, la Santa Madre Iglesia; pero en algunos, y precisamente en un tiempo en que esta Madre tenía acaso más necesidad de buenos hijos, se diría que esta nota se ha acentuado de modo peculiar, hasta darles una fisonomía propia. Entre ellos, ninguno delante de Ignacio, que supo edificar su santidad, primero, sobre el amor más puro hacia un Dios, del que "todos los dones y bienes descienden" (Ejerc. Esp. n. 237); luego, sobre este mismo amor hecho servicio incondicional hacia aquel "sumo capitán general de los buenos, (que) es Christo Nuestro Señor" (Ibid. n. 138); y, finalmente, en este mismo servicio hecho obediencia y sumisión perfecta "a la vera sposa de Christo Nuestro Señor, que es la nuestra sancta madre Iglesia hierarchica" (Ibid. n. 353). Se ha fantaseado mucho sobre la dama de los pensamientos del Ignacio caballero, y acaso nunca se llegará a una conclusión definitiva sobre esta cuestión en realidad secundaria. Pero si se quiere decir quién fué la dama a la que él incondicionalmente sirvió desde el momento de su conversión, quién fué aquella para la que soñó las más grandes empresas, quién la que ocupó el primer puesto en su corazón generoso, no hay duda ninguna en afirmar que ella fué la Santa Madre Iglesia, en cuanto Cristo viviente, en cuanto Esposa de Cristo, a la que no se contentó con servir personalmente toda su vida, sino que quiso dejarle su obra fundamental, su Compañía, para perpetuar en ella un espíritu de amor y de servicio, un espíritu de sacrificio en el servicio mismo, que hacen de esta milicia su razón de ser y su característica fundamental.

3. — Pero hubo todavía otro atisbo genial en la santidad de Ignacio, que Nos, indigno Vicario de Cristo en la tierra, de ninguna manera podríamos callar. Porque la santidad de Ignacio pasaba de la gratitud al amor, del amor al servicio de Cristo, del servicio y amor a Cristo al amor y servicio a su Esposa la Iglesia, y del servicio y amor a la Iglesia a la incondicional adhesión filial a Aquel que de la Iglesia es cabeza y fundamento, al Cristo vivo en la tierra, al Romano Pontífice, a cuya disposición ya pensaba ponerse el pequeño grupo de estudiantes de Montmartre, a quien ansiaban consagrar ya su vida los primeros Padres que Ignacio trajo a Roma, y a cuyo servicio debe saber que está consagrado quienquiera "que desee militar por Dios, bajo la bandera de la Cruz y servir solamente al Señor y a la Iglesia su esposa, bajo el Romano Pontífice, Vicario de Cristo en la tierra" *(Litt. Apost. "Exposcit debitum"*, 21 Julii 1550).

Por encima de todos los defectos y todas las sombras que en un tiempo determinado pudieran obscurecer cualquier institución, Ignacio, con los ojos en lo alto, se sintió y se proclamó soldado al servicio del Vicario de Cristo, se ligó a él del modo más estrecho y le consagró su vida toda, todas sus iniciativas, haciendo de esta estrecha unión y sumisión casi el alma misma de la vida de sus hijos que, al servicio del Pontificado Romano y de la Iglesia, han combatido y combaten bajo todos los cielos, sin parar mientes jamás en premios ni en sacrificios. Y bien lo sabéis vosotros, amadísimos hijos de España, cuando en días todavía no demasiado lejanos, pudísteis admirar el ejemplo de cientos y miles de hombres, expulsados de sus habitaciones y de sus casas, despojados de todo y, en buena parte, empujados al destierro; cuando habéis podido admirar no ya el silencio y la paz, sino la

alegría con que lo sufrían todo, precisamente porque la razón principal de tamaña injusticia era su adhesión y su dependencia del Vicario de Cristo.

Figura humana de primera calidad, enriquecida con los carismas de la santidad; buen servidor de la Iglesia, a la que consagró su vida y su obra; soldado fiel del Pontificado, al que ha dejado como herencia preciosa una fidelísima milicia que vive de su espíritu. Luchador incansable y contemplativo altísimo; tenaz en sus propósitos y suave en el modo de tender hacia ellos; religioso en todos sus pensamientos, pero sin destacarse de las realidades que impone la vida; de criterios amplísimos, pero capaz de reducir a reglamento clarísimo el problema más complicado; rígido en los principios y comprensivo con los hombres, a los que se imponía más por sus cualidades morales que por sus dones intelectuales; razonador férreo, que sabía albergar en su corazón todas las delicadezas y todas las ternuras; prudente hasta el último detalle en todas sus cosas, pero al mismo tiempo de confianza sobrenatural en el conseguir lo que se proponía; enamorado de Cristo hasta la locura, modesto, humilde, sacrificado, pobre en su persona y en sus cosas, sólido en sus máximas y en su dirección, unido indisolublemente con su Dios, que sabía ver en todas las cosas. Este fué Ignacio de Loyola, capitán de las milicias de Cristo, soldado del Pontificado y de la Iglesia.

Miradlo, hijos amadísimos; Nos parece verle salir por el arco medio en penumbra de su vieja casa-solar, bajo el escudo rudo que le recuerda las glorias de sus abuelos. Va todavía vestido de caballero, pero con sencillez; lleva vendada una pierna y camina difícilmente hasta ponerse bajo el primer rayo del sol poniente, que le espera en el límite de las sombras; vemos entonces mejor su rostro grave y una extraña luz que le brota de los ojos, como si en ellos se reflejara el cielo. ¿Irá a decir una "Salve", como todas las tardes, a la Virgen de Olaz? Empieza a caminar, cojea un poco, pero hoy no; hoy espacia un momento la mirada por todo el amplio valle, vuelve el rostro a la izquierda y empieza a subir la ladera del Izarráiz Sube, sube, se aleja de la tierra, va dominando las lomas una tras otra y por fin se vuelve a miraros. Contempladle vosotros también, en ese monumento que le quiere dedicar vuestra piedad; sus vestidos de caballero se han convertido en armadura de guerrero, su cuerpo se ha hecho bronce para desafiar los siglos, sus pies descansan sobre una quilla como si quisiera hendir las olas del mundo, todo él ha aumentado, ha crecido hasta dominar la hondonada, hasta asomar a las ventanas del mundo por encima de su valle, por encima de los Pirineos, por encima de su patria, por encima de su siglo. Es el destino de los santos, de las almas grandes que, al contacto con esa lima inexorable y sorda que se llama el tiempo, en vez de desgastarse y menguar hasta desaparecer, aumentan y crecen con la perspectiva de los siglos, como ese monumento vuestro, que visto de cerca, apenas se puede ni discernir lo que es, pero visto de lejos gana constantemente en grandiosidad e imponencia.

Que desde esas alturas, o mejor todavía, desde las alturas del cielo, bendiga él a su tierra natal, que tanto amó, y a toda esa España que tan generosamente honró y sirvió; que siga siempre pidiendo por esta Iglesia, de la que tan profundamente supo sentirse hijo; que con su intercesión y con el servicio de sus celosos hijos, continúe en todos los momentos su labor a las órdenes de los Vicarios de Cristo, que tanto le han distinguido con su amor paternal.

Prenda de todos estos dones y gracias quiere ser la Bendición Nuestra: a Ti, amadísimo Hijo, Legado Nuestro, que tan dignamente Nos has representado, juntamente con Nuestros Hermanos en el Episcopado, sacerdotes y religiosos presentes; al Jefe del Estado español, con todas las autoridades civiles y militares, que con tan edificante piedad han sabido contribuir al mayor esplendor de estas solemnidades; a todos Nuestros hijos ahí presentes; a toda la amadísima Compañía de Jesús; a toda esa región y a toda España, no menos que a cuantos escuchan Nuestra voz llevada por las ondas impalpables.

CASA SEIDEL

JOYAS, PLATERIA FINA,
ARTICULOS PARA REGALOS

EN SU NUEVO LOCAL
MATIAS COUSIÑO 61 — FONO 67116 — SANTIAGO

Uriarte y Garmendia Ltda.

SUCESORES DE REQUENA, URIARTE Y CIA. LTDA.
ABARROTES Y FRUTOS DEL PAIS
Importación - ventas por mayor y menor
FONOS: ALMACEN 92379 — BODEGA 92008 — OFICINA 93335
EXPOSICION 58 - 72

Central de Homeopatía

• HAHNEMANN
Hochstetter y Cía. Ltda.

Santo Domingo 1018-1022
CASILLA 325
FONO 88290
SANTIAGO

SURTIDO COMPLETO DE PRODUCTOS HOMEOPATICOS

ASEGURAUTO

Prevéngase de los accidentes

CONSULTE NUESTRO PLAN COOPERATIVO

HAGASE SOCIO Y APRECIARA LOS BENEFICIOS

EDIFICIO AUTOMOVIL CLUB — OFICINA 301

JARAS Y SOTTA Y CIA.

NEW YORK 63
FONOS: 82995-8

CAMBIOS — PROPIEDADES
ACCIONES — BONOS

Lladrá LA CAMISA DEPORTIVA
QUE DOMINA LA CIUDAD

HUERFANOS 1059 — SAN DIEGO 2060 — SAN DIEGO 2067

JABON SANTA FILOMENA

DA REGALOS — Junte las fichas que vienen en el interior de los panes y canjéelas en Teatinos 20 - 2.º Piso, por dinero efectivo

JABON SANTA FILOMENA — EL UNICO QUE VALE LA PENA

RON BACARDI M. R.

Braun & Braun

Huérfanos 1175 — Tercer piso
Fono 64278/9/0 — Casilla 1598
SANTIAGO

"EL VINO SERVIDO CON MODERACION EN LAS COMIDAS ES SALUDABLE Y DIGESTIVO". "TOMEN EN SU MESA VINOS CHILENOS QUE TIENEN FAMA DE "BUENOS EN EL MUNDO ENTERO".

VINOS UNDURRAGA

Distribuidores para Stgo. y Valparaíso: ESTABLECIMIENTOS NOBIS S. A. I.
y para el resto del país: "IBAÑEZ Y CIA."

GENERAL INSA

FARMACIA "HUERFANOS"

•

HUERFANOS 806 Esq. San Antonio — FONO 32857 — SANTIAGO - CHILE

La Gran Vía

PUENTE Y SAN PABLO

(Frente al Mercado Central)

FABRICA DE CONFECCIONES PARA CABALLEROS Y NIÑOS

Vuele por "ALA"

VIAJE DIARIO ENTRE SANTIAGO, ARICA Y CONEXIONES PARA EL SUR, CENTRO Y NORTE AMERICA

INFORMES Y RESERVAS

SANTIAGO, CHILE
ALA
Teatinos 304
Tel: 69660 - 60160 - 60169

ANTOFAGASTA, CHILE
ALA
Prat 343 — 344
Tel: 1453

IQUIQUE, CHILE
ALA
Ramírez 555
Tel: 53 y 24

ARICA, CHILE
ALA
Colón 398
Tel: 1044

VIÑA DEL MAR, CHILE
c/o Copil
Ecuador 111
Tel: 8165

NEW YORK CITY
c/o Guest Airways Mexico
60 East 42nd Street
TEL: MUrray Hill 2-7461

CHICAGO
c/o Brazilian International Airlines
20 E. Jackson Boulevard
Tel: WA 2-1981

WASHINGTON
c/o Brazilian International Airlines
1025 Vermont Ave., N. W.
Tel: Metropolitan 8-6543

PANAMA, R. P.
c/o Panama Airways
Calle B El Cangrejo
Tel: 3-1057, 3-1698

MEXICO CITY, MEXICO
c/o Aerovias Guest
Paseo de la Reforma N.° 95
Tel: 36-78-40

DETROIT, MICHIGAN
c/o Guest Airways Mexico
350 Book Building
Tel: WO 3-6448, WO 3-6449

MIAMI, FLORIDA
c/o Panama Airways
32 Biscayne Boulevard
Tel: NE 5-6977

HAVANA, CUBA
c/o Guest Airways Mexico
Prado 301
Tel: W-4692

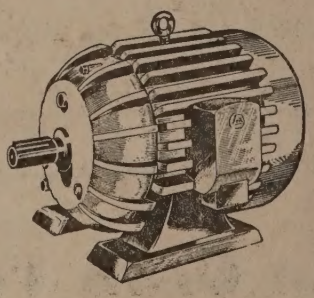
BUENOS AIRES, ARGENTINA
c/o Cyrasa
Viamonte 502
Tel: TE32-6438 — 6043S-7929

MONTEVIDEO
Noe Pérez-Gomar
José Martí 3329

MOTORES
ELECTRICOS

RADE KONČAR

La fábrica Rade Koncar tiene 51 años de existencia
4.000 obreros
80.000 K. W. de producción anuales
GARANTIA: sirve a 17 naciones
NORMAS: V. D. E. alemanas.



ENTREGA INMEDIATA

H. BRIONES Y CIA. Ltda.
INGENIEROS
BANDERA 52 CASILLA 1213
TELEFONOS 63285 - 63286

Escuela Tipográfica Salesiana